# NATIVOS



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

# BIBLIOTECA ARTIGAS

Art 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COMISION EDITORA



---

COLECCION DE CLASICOS URUGUAYOS

Vol 34

SANTIAGO MACIEL

# NATIVOS

Preparación del texto a cargo de
ANGEL RAMA y ANTONIO PRADERIO

SANTIAGO MACIEL

# NATIVOS

*Prólogo de*
*JORGE ALBISTUR*

MONTEVIDEO
1961

# PRÓLOGO

En 1894, Gómez Carrillo publicó, en París, una antología de cuentistas hispanoamericanos, en la que Uruguay no estaba representado. Con la pretensión de que nuestro país podía formar, por sí sólo, un libro "mayor y relativamente más valioso", Benjamín Fernández y Medina reune producciones de los narradores uruguayos y da a la prensa la primera antología de la narrativa nacional.

Este libro aparece en 1895. "Nace con buena estrella", al decir de su autor, y para revelar "un verdadero tesoro de la joven literatura del Uruguay". Figuran en él autores de tendencias opuestas, como Manuel Bernárdez y Roberto de las Carreras, autores de la jerarquía de Eduardo Acevedo Díaz y Carlos Reyles junto a otros, que no han merecido la estimación crítica, figuran también ensayistas —y algunos simplemente periodistas— que sólo ocasionalmente se acercaron a la narrativa, como Daniel Muñoz y Carlos María Maeso.

Pese a las diversidades, Medina considera a la antología como representación de una escuela, cuyos cultivadores han comenzado a escribir en 1890, que intenta arribar a una narrativa de temas nacionales

A su juicio, *Caramurú,* novela de Magariños Cervantes, es la obra que puede tomarse como iniciación de esta escuela. Cabe decir, aún reconociendo a Magariños como el antecedente de la tendencia que media una gran distancia entre *Caramuru* y las narraciones recogidas por Medina, así como las suyas propias. En *Caramurú,* los rasgos de la vida nacional son demasiado simples, los caracteres esquemáticos, adulterados por constituirse unilateralmente en la virtud o en la bajeza, los paisajes descritos de acuerdo con moldes en uso, sin color ni sensacion profunda de la naturaleza: paisajes de "utilería teatral", los llama Zum Felde. Mayor observación, mayor acercamiento a la realidad, sobre todo en el estudio de las costumbres, que en las obras de Magariños son "de ópera italiana" —tambien según Zum Felde—, darán autenticidad a esta escuela narrativa de asuntos nacionales, nacida con tan escasa fortuna.

El tema nacional, en casi todos los cuentos que recoge Medina, es la vida en la campaña uruguaya, el alma nacional, la del gaucho, ese extraño producto social, generador de una leyenda negra y una leyenda blanca, igualmente explotadas en nuestra narrativa. Aunque algunos de los cuentos escapen a esta temática común, importa señalar que la tendencia se mueve dentro de ella, persiste en esa línea y por ella pesa en nuestra narrativa.

En 1901, en el mismo año en que Viana publica *Gurí y otras novelas,* aparece en Buenos Aires *Nativos,* de Santiago Maciel. Como casi todos los autores de la epoca, Maciel se inició en las letras a través del periodismo. Publicó poemas y trabajos en prosa que le valieron cierta difusión en Buenos Aires y, según informa el prologuista de *Nativos* en su primera

edición, algunas de sus composiciones poéticas aparecieron en la prensa de Perú y Colombia Con notoria tendencia romántica, liberado de todo embrujo del triunfante modernismo por la influencia de Víctor Hugo, publicó dos libros de poemas *Auras primaverales* y *Flor de trébol* Esta última obra es un canto a la patria en sus tiempos épicos y responde ya a la dirección definitiva de Santiago Maciel, que tomará forma en su labor narrativa el nativismo [1]

Bastaría reseñar los temas que aborda Maciel en el volumen que se prologa, para advertir hasta qué punto está emparentado con los narradores recogidos en la antología de Fernández y Medina De haber sido anterior la publicación de *Nativos,* alguno de sus cuentos hubiera podido merecer la inclusión en aquel libro Maciel tiene de común con los otros narradores nativistas un idéntico enfoque de la realidad de nuestra campaña, con la elección de los mismos tipos —el comisario, el caudillo, el pulpero, el payador—, de los mismos elementos costumbristas un rodeo una yerra, con la consiguiente castración salvaje, una trilla en que no falta la "china" que acarrea el mate, mientras escucha, entre huraña y gozosa, las bromas de algún paisano decidor

Es tal la persistencia de ciertos motivos en la literatura referente a la vida en nuestros campos, que ellos llegan a hacerse tópicos, y se encuentran a veces relaciones curiosas Por ejemplo, el primer cuento de Maciel, "La querencia", presenta un problema análogo al que Sánchez, con más talento, hará vivir

1 Muchas discusiones se han suscitado en torno al término nativismo Aquí se utiliza la palabra en su más amplio sentido, como sinónimo de criollismo

más tarde a Don Zoilo en las tablas el drama de un paisano instalado en campos que han sido de sus padres y de sus abuelos, suyos en virtud de un derecho tradicional que nunca le fue discutido ni consideró jamás discutible, desalojado por la ley de reivindicación de propiedades

Con la obra de Javier de Viana, los "tipos" recibirán un exhaustivo análisis psicologico y las escenas costumbristas serán parte de un empeñoso estudio sociológico

En su narrativa, como en su obra poetica, Maciel tiene las características de un romántico Es uno de los últimos romanticos Roxlo, en su *Historia crítica de la literatura uruguaya* lo considera en capítulo aparte, junto a Rafael Fragueiro y Víctor Arreguine Nada tiene de extraño que, siendo romántico, Maciel realice su obra guiado por el anhelo de lograr una literatura nacional Esta direccion tomaron nuestros postreros románticos y el propio Arreguine, en la *Antología del cuento uruguayo* de Alberto Lasplaces, está representado por un cuento —inverosímil y defectuoso, por cierto— que demuestra la misma inclinacion Es que Victor Hugo, explica Carlos Roxlo, va hacia lo regional

En *Nativos* hay una multitud de rasgos románticos desde el amor imposible, platónico, que enciende en el corazon de un gaucho payador una mujer celestializada por la distancia ("Rudecindo Amores") hasta una minuciosidad en la pintura de los paisajes que nace con el lejano romanticismo de Chateaubriand y que se observa, por ejemplo, en nuestro *Tabaré* Claro está que, a veces, como no podía suceder de otra manera en estos acercamientos a una materia nueva, caracteres y paisajes se deforman por

lo que tienen de literarios, por cuanto son el transporte del romanticismo europeo —en sus aspectos más imitables y por tanto menos originales— a nuestro medio Así Rudecindo Amores, un gaucho que logra el llanto de las bordonas con la misma facilidad que la sonrisa de las chinas, es gaucho por lo exterior por su lenguaje, por su guitarra y su vida errante de rancho en rancho, pero tiene el alma y la sensibilidad de un personaje de Lamartine También puede ocurrir que el celo en la pintura de un paisaje termine por falsearlo He aquí un ejemplo señalado por Carlos Roxlo en "Montaraz" se pinta un bosque virgen, junto al arroyo Rosario, en el que tiene su rancho un paisano solitario Es un bosque de Hoffmann, dice Maciel Y luego enumera las especies de árboles que allí se alzan el molle, el urunday, el ñandubay, el quebracho, el canelón, el sombra de toro, el espinillo, el coronilla, el tala y así prosigue minuciosamente, de modo que el monte no parece ya natural, sino un prodigioso resumen de nuestra riqueza forestal

Como romantico, y como intelectual americano de fines del siglo pasado, Maciel tiene una cultura literaria preferentemente francesa, según ocurre en las narraciones nacionales de esta época —y también en las de Viana, naturalmente— son frecuentes las citas de autores europeos Las narraciones incluídas en la antologia de Fernández y Medina están precedidas por un breve apunte literario Es sintomático que allí, el colector busque la filiacion europea del narrador que presenta En el prologo, por otra parte, se dan varios nombres Tolstoi, Turguenef, Gogol, Bret Harte, Maupassant

La formación literaria suele ser un refugio de Santiago Maciel. Se enfrenta a nuestra realidad con los ojos vírgenes de ella y allí donde su talento de observador resulta insuficiente o queda corta su capacidad imaginativa, la literatura sustituye a la realidad. El autor visita a un viejo caudillo que consume sus últimos años en un trozo de campo fiscal, viejo león ya impotente cuya casi única ocupación es narrar en relatos interminables sus hazañas revolucionarias, "sin pensar acaso que la historia de la patria tenía algo que ver con alguna de sus gloriosas cicatrices". En el techo del rancho, clavada a lo largo de la cumbrera, está la lanza y Maciel, al verla, recuerda "el sable gigantesco de aquellos guerreros sajones, que cita Walter Scott".

Alguna vez, la relación es lejana e impropia: resulta difícil aceptar el "coro wagneriano de los batracios cantores". Alguna otra vez, la cultura irrumpe para provocar una relación que es establecida con buen humor: un joven poeta "maturrango" cruza las sierras de Mal Abrigo, doloridos los pies y las articulaciones, herido por las espinas de la cruz, "esta sierra diabólica era tan áspera como un verso decadente".

No solamente la cercanía de las fechas de publicación de las obras de uno y otro, sino la proximidad de temas y enfoques, sugiere algunas consideraciones comparativas sobre la obra de Maciel y la de Javier de Viana.

Se puede decir que Viana es la culminación de la corriente nativista que muestra la antología de Fernández y Medina, con la cual hemos relacionado a Maciel —aunque *Nativos* sea posterior a 1895— y que tiene remotos orígenes en *Caramurú*. Esta corriente culmina en Viana no solo artísticamente,

sino, por decirlo así, históricamente[2] Por un lado, Viana es el talento superior que recoge los tipos, las costumbres, el mundo en fin que presentaron los nativistas anteriores y, dueño de mayor fuerza narrativa, dramatica y hasta poética, los realiza plenamente en el sentido estético Por otro lado, Viana es el intérprete que rubrica la visión de la realidad de nuestros campos el psicólogo y el sociólogo, como hemos dicho

La obra de Javier de Viana se puede considerar como una enérgica denuncia de los problemas sociales de nuestra campaña, en una época en que "aquella raza que tuvo la grandeza destructora de los huracanes, duerme entre las ruinas, agotándose, consumiéndose y soñando con púrpuras de auroras que no han de lucir para ella" En la obra de Maciel es mucho mas tenue el drama social Por lo pronto, está reducido al plano personal, al de algunos hombres enfrentados a la sociedad, no a grupos sociales algún viejo caudillo que ve nostálgicamente el paso del ferrocarril, intuyendo que la máquina se lleva tras de sí los tiempos en que la vida tenía sentido y alegrías para el, un ser aislado que vive en los montes y muere al verlos caer bajo los golpes del hacha, el patriarca de larga familia desalojado de sus campos por la

---

2 Con posterioridad a Javier de Viana, otros narradores cultivaron temas de la vida rural El hecho de que señalemos una culminacion del nativismo en la obra de Viana, no implica que en la evolución de esta corriente, los narradores posteriores marquen un descenso Viana es la culminacion de un enfoque, de una vision de nuestra campaña Los narradores que aparecen luego están situados en una optica próxima, pero diferente encaran la misma realidad desde otros puntos de vista

reivindicación de propiedad "Las madres" y "La azotea de Manduca", de Javier de Viana, son, en cambio, verdaderos alegatos y en muchas otras amargas páginas se ve la miseria de nuestra campaña baste pensar que Zoilo, el hosco habitante del bañado, incapaz para toda comunicación humana, es considerado como "tipo" de la raza

"La lira silvestre", página inicial de *Nativos,* obra como introduccion general del libro Es testimonio del sentimiento de la naturaleza en la obra de Maciel En el curso de las narraciones, la agreste naturaleza aquí descrita explicará por lo menos en cierto sentido, la vida de los hombres que en ella se mueven En la soledad de los campos, donde "el silencio se oye", en un rancho que destaca en la altura, como si quisiera aportar a la cuchilla, con su rústica personalidad, el calor del hogar humano, "la trova pastoril surge espontánea, como el sonido de la flauta pánica y la vista busca ansiosa, en las taperas abandonadas, entre los terrones reverdecidos, las leyendas de los idilios fantásticos o el madrigal de los amores primitivos" El contacto con la naturaleza no es ocasion solamente de contemplación estética, sino tambien fecundación poderosa de emociones nuevas, monotonía necesaria en la verdadera vida del espíritu, que enfrenta al hombre consigo mismo y proporciona salud moral "El espíritu, engañado por las agitaciones de la ciudad, empieza recien a darse cuenta, de que tiene cuerdas ocultas que no han vibrado, y siente, con extrañeza una predisposición hacia las cosas grandes, el deseo de demostrar benevolencia y generosidad, aún con los más crasos errores, con el más feo de los delitos" Y sobre todo, la naturaleza es fuente de una verdad eterna, superior a especulaciones y

doctrinas, una verdad esencial que el hombre olvida en los sobresaltos de la acción, en el constante mimetismo que provocan las novedades, y restablecida en el contemplador extasiado del igual suceder de alboradas y crepúsculos

No todos los títulos de este volumen corresponden a otros tantos cuentos, si atendemos a lo que estrictamente ha de entenderse por este género literario Hay algunas estampas, simples escenas de la vida en la campaña "Peñascos arriba", por ejemplo, es el relato de una cacería de mulitas y peludos, "Volátil" narra una cacería de martinetas en las bocas del Rosario En algunos cuentos, la línea argumental es muy débil y constituye el marco de cuadros costumbristas en "Campo" se relata el viaje que realiza el autor, acompañado por un "baquiano", a una estancia en la que se celebran, simultáneamente, una boda y una trilla Ello da ocasión para mostrar escenas típicas el baile, la trilla, el regocijo de los paisanos y las bromas que sugiere el "schnaps", la nostalgia del ganado que rodea los ranchos mugiendo en la tarde que cae, como si lamentase la muerte de una res recién carneada. Y las escenas costumbristas están protagonizadas por una verdadera galería de personajes típicos, definidos con pocos rasgos pero particularmente precisos un español enriquecido mediante la curandería, sus hijas, "una especie de preservativo contra el matrimonio", un comisario semigaucho que se mantiene lo más tieso posible, un paisano ignorante, personaje central de anécdotas cómicas cuando "bajó" a Montevideo Quizá sea lo mejor de todo el volumen, estas estampas, en las que el autor se coloca a sí mismo como forastero, como viajero inexperto

y curioso, que recorre la campaña ávido de hallar lo pintoresco de la vida rural

Aparte estas exposiciones de costumbres, hay también retratos, páginas que no podemos en rigor considerar como cuentos, ya que son la presentación de un personaje a través de episodios de su vida Es el caso de "Los centauros", "El último caudillo" y "El comisario del pago"

En los dos primeros retratos, el personaje es el gaucho envejecido luego de una vida de lucha y acción, arriesgada en batallas donde se peleaba por vocación y por instinto En ambos se muestra la misma posición del gaucho viejo ante el progreso, que aparece como invencible enemigo el último caudillo, consumido por la enfermedad, que no le deja sino "aguaitar los días lindos pa salir al patio a calentarme los guesos", tiene todavía fuerzas para el asombro y la cólera al ver que "estos gauchos degeneraos ya ni enseñan a sus guachos pa el campo los hacen dotores" [3]

"El comisario del pago" es testimonio histórico del desamparo en que vivió nuestra campaña, cuando el orden era impuesto por hombres despóticos cuya justicia era la fuerza Muestra la lucha sorda entre un comisario vengativo y sanguinario, amparado por el prestigio que le dan sus crímenes y un juez de paz astuto e intrigante

---

[3] Dos años después de escritas estas palabras se estrenaba *M'hijo el dotor*, obra en que se desarrolla el conflicto que Maciel parece prever aquí Por otra parte, uno de los cuentos de *Nativos* — El degenerao — presenta el choque entre un viejo paisano aferrado a sus tradiciones y su hijo, que se aviene a nuevas ideas y costumbres, transformado por el influjo de la vida en la capital

Los cuentos completan el volumen El lector verá por sí mismo la relativa amplitud de motivos y advertirá también las limitaciones Algunos argumentos son endebles, algunos caracteres son incompletos y dejan la impresión de que viven solamente para la situacion en que están colocados, sin otra verdad que la necesaria para sustentar la anecdota Pero en general, hay elementos positivos en todas las narraciones y si Maciel no es lo bastante agudo en la creación de psicologías, acierta en cambio creando el clima conveniente para sus cuentos

En la evolucion de nuestra narrativa, la obra de Santiago Maciel representa una transicion, no un logro definitivo En la historia de nuestra literatura su importancia es, si se quiere, documental Con tal criterio se publica esta segunda edición de *Nativos* La obra, en conjunto, puede muy bien ser considerada como expresion de una medianía, en la que ocupan su lugar muchos cuentistas olvidados de la epoca que tienen, ellos tambien, su participacion lejana e indirecta en la gestacion de los logros perdurables de nuestra narrativa Maciel, como Bernárdez o el propio Fernández y Medina, puede incluso ser considerado como un ejemplo del fracaso dentro de una tendencia orientada en su justa dirección Pero pensemos cuanto trabajo en vano, cuantos pensamientos y emociones verdaderas, nacidos en almas que no tuvieron el privilegio del talento, están detrás de cada conquista literaria Junto a las grandes obras, cubiertas de gloria esta siempre el esfuerzo que el tiempo hace anonimo, y el tambien merece silencioso respeto

JORGE ALBISTUR

## CRITERIO DE LA EDICIÓN

*Nativos* se publica por segunda vez, siendo la primera edición la de Buenos Aires, Biblioteca de 'La Nación', 1901 Vol 7 Se ha modernizado el texto de conformidad con las nuevas disposiciones sobre acentuación, pero se mantiene la puntuacion del original

A. R. y A. P

# NATIVOS

## *SANTIAGO MACIEL*

Nace en Montevideo en 1865 y desde muy joven se consagro a las letras, alternando su actividad con el cargo de Secretario de la Camara de Diputados y su intervencion en la politica

Publica en 1881 el poema *La agonia del poeta* y colabora en la Revista de la Sociedad Universitaria y en los 'Anales del Ateneo En 1882 edita el folleto *La noche del 11 de junio Detalles sobre el desastre de la Logia Garibaldi*, y en 1884 *Auras primaverales*, donde recoge poesias publicados con anterioridad en las revistas citadas Hacia 1893, da a la estampa el poema *Flor de trébol*

Pasa luego a Buenos Aires, donde colabora en La nacion , publica en 1901 *Nativos* ocupa la corresponsalia de Caras y Caretas en Montevideo y viaja a París hacia 1910 A su regreso edita *La estirpe brava* Buenos Aires, 1922, y *Cuentos del viejo Quilques*, Buenos Aires, 1928 Deja en preparacion *Campo afuera* El 22 de agosto de 1931 fallecio en la ciudad de Buenos Aires

# LA LIRA SILVESTRE

*Desde mi rancho*

Se me ha brindado con tanta solicitud este albergue, se me han dispensado tantas atenciones en él, que a fuerza de oir repetir a su dueño "esta casa es suya", he llegado a creer que realmente me pertenecía. Después de todo, un rancho no es un palacio, aunque a juzgar por la tranquilidad y la dicha que imperan dentro de sus muros, nadie sería capaz de sostener, que en este pedazo de tierra no debió construirse un edificio suntuoso. ¿Será que la felicidad es la sencillez de la vida? ¿una vida sin complicaciones y sin cadenas? Los formulismos sociales reducidos a la simplicidad más encantadora, la alegría, reina de todas las almas, y el sol, alma de todas las alegrías. Aquí, "lejos del mundanal ruido", "el silencio se oye" como dice Balzac. El espíritu, engañado por las agitaciones de la ciudad, empieza recién a darse cuenta, de que tiene cuerdas ocultas que no han vibrado, y siente, con extrañeza, una predisposición hacia las cosas grandes, el deseo de demostrar benevolencia y generosidad, aun con los más crasos errores, con el más feo de los delitos. La máxima de madame De Stael triunfante: "comprenderlo todo, es perdonarlo todo". En este paraje abrupto, junto al río que se

encrespa bajo el aletazo del viento sur, o que se duerme sin rumores en el alveo de sus arenas, cercado por médanos de sílex, lucientes como chispas, desaparece la fatiga, conjuntamente con la idea de que hay partes del mundo, conmovidas por la explosión de las pasiones humanas, donde los hombres azorados por la ley de Hobbes, se devoran como lobos carniceros Las teorías de Schopenhauer que someten la vida de los seres al imperio del "genio de la especie" y las de Max Nordau, a una especulacion, sin vinculos y sin ideales, resultan inconcebibles, como si la Naturaleza, superior a todas las reflexiones y a todas las doctrinas, quisiera restablecer la verdad, unica y noble, abriéndonos el secreto de los moviles, mas puros y más buenos que lo que supone la filosofía de los escepticos Al pensar así, ¿me siento impelido por mi temperamento, que ha encontrado su ambiente propicio, bajo la influencia del medio sonando como un arpa eólica, al soplo de rafagas lamartineanas? La trova pastoril surge espontanea, como el sonido de la flauta pánica y la vista busca ansiosa, en las taperas abandonadas, entre los terrones reverdecidos, las leyendas de los idilios fantásticos o el madrigal de los amores primitivos El panorama los provoca y la imaginación les da formas impresionables Es que difícilmente habrá otro paisaje, ni tan silvestre, ni tan romantico, ni tan humano al mismo tiempo, como este El rancho se levanta sobre una colina, dominando la llanura infinita Es un asilo cubierto de verdores, porque hasta la paja mansa del techo, ha perdido la señal de las quinchas, bajo las enredaderas de ñapindá florecidas Los adobes del muro se visten tambien al calor primaveral que todo lo fecunda, asomando por las junturas los tiernos

brotes humedecidos por el relente, y hasta en el horno, que muestra por la boca los terrones ennegrecidos, brota la borraja cimarrona, adornada de florecillas celestes Bajando la cuesta, se ven los tajamares encajonados entre las colinas turgentes, dormidos y silenciosos, respetados por el viento que barre las cumbres y dobla los arbustos flexibles, y enfrente, el agua de la cañada rumorosa, entre los claros del juncal y las hojas frescas de los camalotes azules A la derecha del rancho estan los medanos dorados, y el monte alto y tupido que los corta para extenderse como una faja ondulante, hasta más alla de la cuchilla, en el ultimo limite del horizonte visible De la parte mas angosta del rio, se desprende un brazo caudaloso, de linfas puras, tambien de margenes frondosas, y de este, un arroyuelo que corre a flor de tierra, ensanchándose en los terrenos llanos, formando el bañado, donde los albardones, mostrando las raices de las plantas raquiticas, dividen la orilla del estero en innumerables charcos, transparentes como *aquariums,* en los que pulula el vivero de los peces minúsculos y de los animalitos invisibles que alegran las noches estivales con sus eternas sonatas, mezcladas al coro wagneriano de los batracios cantores

En un recodo, el tupido pajonal amarillea, enredado como melena hirsuta Es la guarida de los seres huraños, predilectos de la sombra Bandadas de pájaros extraños suelen poblarlo en los dias grises, cuando el pampero revuelve la maraña con sus zarpazos de fiera, silbando en el filo de las totoras y aventando los llantenes y los caraguatás recien brotados Los pobres pájaros de manchado plumaje y de canto inarmónico, vuelan con dificultad, empujados por las rachas violentas, buscando el abrigo del nido entre

los matorrales obscuros, que son el monte impenetrable de las aves pequeñas Pero cuando el sol calienta el llano, secando los tallos que humedeció la lluvia, los alados habitantes del estero se desparraman alegres y bullíciosos, en persecución de los insectos nadadores, de los aguaciles de ojos opalinos y alas tornasoladas, de las moscas azules del pantano y de los ovarios lechosos de las hormigas coloradas El estero se prolonga hasta la misma falda de la cuchilla, inmovil y aparentemente sin vida Pero penetrando en él, aquella agua estancada se agita y mil seres, casi invisibles, se dispersan al rumor de mis pasos Los viscosos saguaypés se escurren, ocultándose bajo la miserable vegetación, blanda y gomosa, los renacuajos saltan, zabulléndose en el charco, el apereá huye rápidamente por entre las pajas buscando la cueva, mil bichitos cascarudos se deslizan, escondiéndose en las grietas del albardon mojado, en tanto que de un rincon donde el pasto es más abundante, se levantan las becacinas, describiendo espirales, para volver a posarse cerca del lugar de donde salieron, y los patos silvestres, de cresta roja y alas de bigua, hienden el espacio, en bandadas obscuras, dirigiendose al tajamar más apartado, o al arroyo de altas barrancas, asilos seguros, en cuyas aguas cristalinas abundan las mojarras de brillantes escamas, y los huevos rosados que adornan el tallo de las achiras siempre verdes Pero el agua mansa, de fondo cenagoso, que durante el verano parece estar cubierta de polvos verdosos, crece y se desborda, cuando las lluvias son torrenciales Entonces el bañado se dilata, agrandando enormemente su imperio, se une al arroyo, que ha salido de cauce para alcanzarle, y éste, a su vez se junta con el río poderoso y rugiente Ya

tiene olas, ya es mar, ya es grande y toma el desquite de su pasada mansedumbre, inundando el campo hasta llegar al mismo rancho, cuyos muros socavados, ceden y se desploman para ser arrebatados por la corriente bravía. Ahora reposa casi exhausto. Su caudal apenas alcanza para mojar las raíces de los laureles blancos y para cubrir el gramillal enano y descolorido. Lo cruza sin temor el charabón recien emplumado y el ternero se interna en el, avido de hierba fresca y jugosa, mientras la tambera lo vigila desde la orilla, rumiando y mugiendo a cada instante. Sobre la inmensa superficie líquida, extendida como lámina transparente, a traves de la cual se ve el pasto marchito, blanquean las osamentas de los animales, caidos en la trampa del tembladeral oculto bajo la hierba. La cigueña, el ave-reina del bañado, enarca su largo cuello, mirando fijamente el charco que tiene delante, y la garza de albo plumaje, ejercita sus alas, calentandose a los ultimos rayos del sol, que desaparece detrás de las lomas azuladas. El calor estival hace fermentar las algas muertas y el agua empozada entre los albardones y en los huecos que ha dejado la pisada del vacuno, adquiere tintes amarillentos. Los juncos secos y fragmentados, cubren los parajes altos, semejando hormigueros gigantescos, y en la orilla se amontona la resaca arrojada por las grandes crecientes del invierno. Todavía la tambera rumia y muge y el ternero aún no satisfecho devora los retoños. La sombra crepuscular baja lentamente de la sierra como telon fantástico, cubriendo el amplio escenario del estero. Una bandada de patos, formados en columna, avanza silenciosa en direccion al tajamar lejano. Otra de chorlos reales, se posa en el bañado diseminándose, y hundiendo en el agua

sus finas zancas Un potrillo penetra a la disparada, levantando al galopar mil gotas que le salpican Llega la hora del reposo para los campos, el estero parece adormecerse, perdiendo el brillo de sus charcos inmoviles Sin embargo, todavia el agua se agita y el pajonal se estremece La sombra estimula el apetito de los animales nocturnos Entre un matorral chispean los ojos de un zorro hambriento, esperando el momento propicio para entregarse al merodeo Una nutria sorprendida, se arroja desde una pequeña barranca al charco más hondo, y el dormilón revuela en continuo giro agachando la cabeza chata en observación de la presa El bañado se esfuma en la obscuridad que cada vez se hace más densa, y comienza a vibrar monótonamente la eterna sonata de los animalitos ocultos que alegran las noches estivales, mezclada al coro wagneriano de los batracios cantores A la distancia brilla una luz Es mi rancho que se ilumina Es la dicha del hogar que me espera

# LA QUERENCIA

De cómo le armaron aquel litigio infame, ni él mismo pudo darse cuenta clara, al cabo de tres años de rodar el expediente por los juzgados de la capital, en manos de abogados, procuradores, escribanos, alguaciles, y de toda la antipática familia grafómana de pleitistas patentados El caso fue que un buen día, don Calixto Martinez, dueño de la "Estancia de los Molles" recibio una notificacion, acompañada de un escrito, en el que se hablaba de "reivindicación de propiedad" y se alegaban derechos sobre aquel pedazo de tierra, que el habia heredado de sus mayores, y que ellos, a su vez, recibieron de sus abuelos

Escrituras, en verdad no las tenía, ni tampoco las necesitaba ¿Para que? Sus padres allí nacieron y sus despojos reposaban en el pobre cementerio de la cuchilla, y el, único hijo, se crió en el mismo rancho, cuidando los animales, que con el campo, constituían el legado paterno ¿No era bastante todo esto? ¿Que mejor escritura de propiedad que la que él presentaba? Todos los vecinos de los alrededores sabían que alli habia envejecido formando su familia, de la que, más que jefe, era patriarca, por su edad, y por el respeto y el cariño que había sabido inspirarle ¿Se-

ría posible, pues, que al llegar al último linde de la vida, cuando pensaba morir tranquilo dejando a sus hijos y a sus nietos aquella posesión que era su orgullo, la justicia humana pudiera despojarlo, arrojándole de su propio hogar como si fuera un intruso, un ladrón, un miserable usurpador de bienes ajenos? No, no se atreverían. ¿Qué tenía que ver él con los fallos condenatorios? Sobre las resoluciones judiciales estaba su conciencia, y ella le decía que el rancho era suyo, y el campo, tan suyo como su corazón, como su cuerpo encorvado por los años.

Él, no hubiera pleiteado, pero su hijo mayor, inducido por un abogado del pueblo, obtuvo su consentimiento para la defensa. Se inició el juicio, y con las primeras providencias, empezaron sus angustias. Todo se volvía en contra suya. La cuestión fue tomando cuerpo y formalizándose, a medida que sus fuerzas flaqueaban. Había sido fuerte, un hombre de campo, ágil y decidido, sano de cuerpo y de alma, pero su vigor desaparecía, quedándole como un resto de energía inquebrantable, su mirada firme y rápida, rayo final de su carácter de acero. Su rostro, sin embargo, acusaba un temperamento apacible. Y era bueno, en realidad. Su compañera, también vigorosa en otro tiempo, entonces enferma, reumática, casi paralítica, apenas podía sentarse en la cama, más decrépita que el por los achaques. Sus seis hijos varones se habían casado y vivían bajo el mismo techo, y sus netezuelos alegraban con sus risas la vida de los octogenarios, haciendo más soportable aquella inmensa desgracia que les había caído como expiación de delitos que nunca cometieron.

El campo era efectivamente hermoso, un campo flor, de abundosos gramillales, regado por dos arro-

yos y cruzado por una cuchilla, cuyos pedregales enormes brillaban al sol de mediodía como si tuvieran incrustaciones de diamantes Don Calixto, desde la puerta de su rancho, contemplaba todas las mañanas el panorama soberbio de su terruño, surgiendo como una tela esmeraldina de entre la sombra, a los primeros resplandores del alba El monte verde obscuro, orillando el arroyo, abriendose en los pasos, donde el agua clara se adormecía en el silencio de los remansos, el *bajo*, lleno de chircales afelpados, el bañado, humedeciendo las faldas, los matorrales, bordeando las barrancas, alisadas por las lluvias que labraban la tierra gredosa de los declives, dejando huellas en forma de ramazones, mas lejos, las estancias de los campos limítrofes, blanqueando entre los sauces y los ombúes que las daban abrigo, los ranchos de los puesteros alzados en las lomas, arrojando por entre las quinchas el humo de los fogones recién encendidos, en todas partes las haciendas hundiendo la cabeza en los tiernos pastizales mojados por el rocío, y las ovejas, siempre reunidas y quejumbrosas, alejándose de las mangueras en dirección a las aguadas Y así pasaba su existencia, sin tropiezos mientras sus hijos, mozos hechos a los trabajos camperos, labraban la chacra, galopaban por la amplia extensión de sus dominios, arriando las tropas para llevarlas al rodeo, o sacando del monte a los toros alzados, a fuerza de lazo y de rebenque Para sus ambiciones todo esto era suficiente Nada más deseaba Ni siquiera le conmovía ya su lanza de caudillo, clavada en la cumbrera del rancho y que en sus mocedades empuñara con arrojo y valentía

Pero lo que más amaba de su campo eran las *islas*, aquellas islas que, como esquifes de verdura se veían

desde la cumbre de un cerro, balanceando las copas frondosas y mojando los ramajes en la espuma. Cuando el sol de la siesta sacaba al lagarto de su cueva y la víbora de coral dormía enroscada cerca del hormiguero, don Calixto, acostado en el pasto, a la sombra que proyectaban los canelones y los molles, tiraba su *aparejo* en la parte más honda del arroyo, en aquel pesquero que tanto conocía y en donde abundaban la lisa bogona, el zurubí de carne amarilla y el *dorado* de escamas relucientes. Mientras su pesca aumentaba, los cardenales azules cantaban invisibles en el follaje la melancólica romanza de los bosques; el martín pescador, de plumaje tornasolado, volaba con rapidez a lo largo de la corriente, en busca de su alimento acuático, los pinos-limones desparramaban en torno suyo las cuentas rojas de sus frutas maduras, y las campánulas moradas adornaban los troncos, sobre la malla de las yedras siempre verdes.

Todavía don Calixto se consideraba dichoso cuando contemplaba la hermosura de sus islas, a pesar de aquel pleito que le iba ennegreciendo los días. No obstante, su ilusiones recibieron un golpe rudo. La intimación de desalojo dentro del término legal, le anonadó completamente. Sus hijos, dispuestos a someterse, le rogaron que abandonara el campo. Laurencio, el mayor, un paisano inteligente, comprendía la situación en que se encontraban. Permanecer allí, obstinándose, era aumentar sus dolores, sin resultado.

—Vámonos, tata, —decía al anciano— ¿Qué hacemos aquí? Esto ya no es de nosotros. Nos echarán a la fuerza, si resistimos.

El viejo se erguía como en los antiguos tiempos y gritaba, sacudiendo su melena blanca:

—De mi rancho naide me saca Esto es mío, y ustedes serán unos cobardes si abandonan a su padre, entregando a esos sarnosos el terrón en que nacieron

La paralítica, sentada en la cama, lloraba en silencio Los hijos, impresionados por la resolución del anciano, no podían ocultar su desesperación No había medio, pues, de reducirle Cuando él decía que no, era inútil tratar de convencerle, bien lo sabían

El pobre viejo acostumbrado a mandar y a ser obedecido, despues de estas escenas que se repetían a menudo, hacia ensillar su ruano, montaba en él y se marchaba *al trotecito* para las islas El caballo, su compañero de dieciocho años, ya conocia el camino y sin que el jinete le guiara, suelto el rendaje, tomaba la senda del pesquero

Entretanto pasaban los meses, y se acercaba la fecha en que debia abandonar el campo Fue un día a la hora del almuerzo Toda la familia rodeaba la mesa Don Calixto, más agobiado y triste que nunca, como si presintiera algún infortunio apoyaba la cabeza entre las manos Las mujeres hablaban en voz baja, para no incomodar al *tata viejo*, mientras la paralitica, casi inconsciente, dormitaba sin probar los alimentos De repente, se sintio tropel de caballos y a los pocos momentos, palmadas y gritos

—¡Ave María! —dijo uno de los jinetes, próximo a la puerta

Todos se sorprendieron Laurencio se levantó y fue a ver quien llamaba Era la policia Un hombre, vestido de gaucho, taloneo su caballo, y se adelanto hablando fuerte, pero los ladridos de los perros, enfurecidos, no dejaban oír nada Hubo que espantarlos a rebencazos Cuando el silencio se restableció, pudo comprenderse todo El hombre vestido de paisano era

el juez de paz, que venía a ejecutar el desalojo en cumplimiento de la ley, y la fuerza armada traía orden de auxiliarle y de proceder sin miramientos

Laurencio volvio a entrar en el rancho y dijo, al sentarse vencido por el desaliento

—Tata, vienen a echarnos

Las pobres mujeres lloraban y hasta los hombres expresaban la profunda emocion que sentían

Don Calixto no pudo contenerse, y se levanto violentamente Desprendió su lanza que estaba clavada en la paja mansa del techo y salio al corral

—Sepanse, señores, —dijo—, que yo no salgo de aqui, porque este campo es mio y naide puede echarme Tengo entuavía juerza bastante pa peliar con cualquiera Mi padre me dio esta choza, y la justicia no es mi padre pa quitarmela

El juez trato de convencerle

—Mire amigo, —le respondio—, uste hace mal en resistirse Esto no tiene guelta Oigame a mi que soy su amigo Si no quiere, lo sacarán por mal y sera pior, creamé don Calixto

Pero el viejo, en un postrer esfuerzo, les atropelló, revoleando el arma herrumbrosa, entre el griterío de las mujeres espantadas Varios soldados se apearon rapidamente, maneando los caballos Rodearon en seguida al agresor, que temblaba sin poder sostenerse ya, y lo desarmaron facilmente Entonces, nada hubo que hacer Se trajeron los bueyes que estaban en el maizal, y los uncieron a la carreta Manuel, el hijo menor, cargo a su madre y la colocó dentro del vehículo, sobre un colchon de paja, donde quedo inmovil como una muerta Luego salieron los demás, unos en la carreta, otros a pie o a caballo, y los perros, con las colas entre las patas, rezongando y re-

celosos, detrás del convoy. Antes de obscurecer todo había terminado. Don Calixto, montado en su ruano, completamente abatido, salio el ultimo, al paso de su caballo, escoltado por los soldados impasibles.

Don Calixto y su familia encontraron hospedaje en la estancia de un pariente. El anciano no hallaba consuelo, y eran inútiles los esfuerzos que los suyos hacían para distraerle. No se le vio reir más. Vivia entregado a su meditación constante, y una profunda melancolía avasallaba su espiritu. La estancia en que fueron recogidos distaba doce leguas de la otra y desde una altura se divisaba el monte y la cuchilla de los enormes pedregales. A ella dirigia don Calixto sus miradas y a ella volaban su corazón y su pensamiento.

Al mes de residir en la estancia nueva, don Calixto desaparecio en su ruano. Se le busco por todas partes, infructuosamente. Laurencio, que conocía el mal incurable de su padre, montó en su caballo y tomó el camino de la Estancia de los Molles, todavía abandonada. Se apeo en las casas. Llamó, buscó. El rancho estaba vacio. Se dirigió a las islas y allí encontro al paisano tendido sobre los mismos gramillales, que eran la alfombra mullida del pesquero. El pobre viejo, sintiendose morir de nostalgia, fue a exhalar el último suspiro, en aquel rincon oculto, casi perdido entre el follaje y la maleza, en donde aún había huellas de su felicidad interrumpida. El fiel parejero, ensillado permanecia junto a su amo, y al sentir el trote del otro caballo, empezo a relinchar, gozoso de encontrarse en la querencia.

# CORAZÓN SILVESTRE

—¡Que cante don Ciriaco! —dijo un paisano que jugaba al truco con el pulpero, ambos sentados en el mostrador, del lado de la trastienda, con las piernas cruzadas, los ponchos arrollados en los hombros y los chambergos en la nuca, sostenidos en la boca por el barbijo

—¡Que cante! —gritó el paisanaje, reunido ese día de fiesta en la casa de negocio de don Ignacio Maya, situada en la costa del Rosario, una modesta pulpería de techo de lata y paredes de terrón, agrietadas por las lluvias, pintadas de blanco las soleras, entre un cerco de duelas, rotas junto a la tranquera, donde los visitantes ataban sus caballos, cuando no cabían en el palenque, lustroso por el frote de los cabestros

Don Ciriaco sentado en el rincón más obscuro del rancho, parecía no oír el vocerío de aquella gente alegre, que vaciaba las botellas de ginebra, entre risas y bromas, y cuyas caras tostadas por la intemperie, manifestaban un estado de espíritu libre de preocupaciones y de tristezas El pobre gaucho, un hombre joven, delgado, de semblante nazareníco, ojos azules, barba poco abundante, nariz pequeña y fren-

te despejada, abstraído en la contemplación de algún fantasma que vagaba en su imaginación, algo excitada por el *schnaps,* dirigía sus miradas hacia un punto fijo, a la estantería, donde algunas botellas, simétricamente colocadas, dejaban al descubierto las telarañas y los terrones del fondo. No eran aquéllas, sin embargo, las que llamaban su atención. Miraba, pero no veía. Su pensamiento había volado a otra parte. Cruzando lomas y llanuras, bañados y pedregales, arroyos y montes, fue a posarse en un ranchito, cuyo techo, cubierto de enredaderas de ñapindá florecido y de matas tiernas y jugosas, semejaba a la distancia, un pedazo de campo reverdecido en el aire. Allí habitaba la linda criolla que le había enloquecido, sin merecer de ella ni una mirada de compasión, ni una caricia de ésas que perfuman las palabras, y que llegan al alma, como los rayos del sol a lo más hondo de las lagunas transparentes.

La quería con un ímpetu pasional digno del medio silvestre que había formado su corazón sencillo y bueno. Por eso, su temperamento, aún alterado por los celos, no podía empujarle a cometer acciones trágicas. Sus ojos azules, si brillaban, tenían el fuego de las luciérnagas que, aunque alumbra, no quema. La linda trigueña se iba a casar muy en breve, precisamente con el hijo del pulpero, un mocetón grueso y petizo, incapaz para todo lo que no fuera despachar bebidas y aumentar las cuentas de los pobres paisanos.

—¡Que cante don Ciriaco, que cante!

El griterío y las carcajadas aumentaban en razón directa de las botellas vacías, el humo de los cigarros flotaba como una niebla y los frascos de licor de rosa se movían con reflejos opalinos. Afuera, el agua

caía mansa, una lluvia que había empezado a la madrugada lavando las gramillas y los espesos trebolares, limpiando las sendas y colgando sus gotas titilantes, como farolitos de cristal encendidos, en los hilos de los alambrados y en las hojas secas de la enramada, donde se guarecían algunos caballos soñolientos mojadas las ancas, gachas las cabezas, lacias las colas, humeantes los cuerpos, mientras el arroyo rebasaba su álveo atronando el espacio en su impetuosa correntada

Adentro, el estrépito era insoportable Los jugadores, apretados por un círculo de mirones, tiraban las cartas, golpeando el mostrador con los dedos para dar más energía a los envites

—¡Truco!

—¡Retruco!

—¡Flor!

—¡Contra flor el resto!

Saltaba otra vez el turbión de las carcajadas y dominando todos los gritos, vibraba el del paisano aficionado al bordoneo

—¡Que cante don Ciriaco!

—Aura va a cantar, —dijo el hijo de don Ignacio, saltando por encima del mostrador, con la guitarra en la mano

Se acercó al pensativo enamorado, todavía sumergido en su divino extasis, y le hablo fuerte, ofreciéndole el instrumento

—No sea tan rogao, aparcero, —le dijo— y toque algo, que el gauchaje tiene hambre de oirlo

Don Ciriaco despertó, miró al hijo del pulpero con ojos de asombro, tomó la guitarra y la templó maquinalmente Al rato empezó a preludiar un acompañamiento melancólico, con muchos gemidos de

bordona y notas fugaces de prima, y a cantar una relacion, triste como sus amores sin fortuna El verso fluía sencillo y conmovedor una mujer adorada hasta el delirio, hermosa como la flor del campo, que tiene aromas para embalsamar las barrancas y las cuchillas, y que al fin se marchita, porque no es capaz de amar, ni de comprender el sufrimiento del que por ella muere olvidado

De pronto, el auditorio lanzo una carcajada Don Ciriaco, no pudiendo contener la emoción que le había producido su propio canto, expresion fiel de sus sentimientos, se echó a llorar, oprimiendo la guitarra contra su pecho, como si fuera el cuerpo de la ingrata ausente Las risas le inmutaron Se levantó avergonzado, dejando la guitarra recostada en el banco que le servía de asiento, y salió de la pulpería sin mirar para atrás Algunos paisanos se asomaron a la puerta para saber que rumbo tomaba, y le divisaron cerca de las mangueras, montado en su flaco tordillo, en direccion al rancho, apretando las riendas con la mano izquierda, mientras que con la otra se limpiaba las lágrimas, bajo la lluvia que le azotaba el rostro y las burlas de sus amigos que le azotaban el alma

# PEÑASCOS ARRIBA

—Pero ¿cuántas leguas hay, don Goyo?

El capataz de la estancia, un paisano entrado en años, pero fuerte todavía, conocedor de aquellos lugares que tantas veces había medido con el galope de su viejo tordillo, reflexionó un momento, y contestó, mientras colocaba en el fogón ardiendo, un tizón que humeaba fuera de las llamas

—Mire si vamos por el camino, hay cuatro leguas largas, pero si acostamos los alambraos, en una guena galopiada nos ponemos en la mesma sierra

Los otros criollos que rodeaban la fogata, esperando el mate, fueron de la misma opinión de don Goyo, de modo, que allí mismo, entre la humareda que llenaba la inmensa cocina, quedó arreglado el viaje Saldríamos al otro día, antes de aclarar, y pasaríamos la noche en la sierra

Esta excursión me encantaba La sierra de Mal Abrigo corta el campo de este a oeste y desde el mirador se la veía enfrente como si estuviera junto a las casas, ostentando los picachos envueltos en la niebla azul de la mañana Me divertía la idea de la cacería proyectada, a la luz de la luna, de peludos y mulitas, habitantes inofensivos de aquellos pedre-

gales, que se derramaban desde la cumbre a la falda, semejando bastiones gigantescos, arrojados por las violencias plutónicas

Mi entusiasmo aumentó cuando empezaron los preparativos de marcha. El capataz encabezaba la partida, siempre silencioso Don Inocencio Benítez, un gaucho alegre, enamorado sempiterno de mi cantimplora, no tanto por el cuerpo como por el espíritu, era el encargado de las provisiones y los perros Julio Herrán, mi compañero de veleidades líricas, poeta de veinte años, vibrante como una prima, rubio como una espiga madura y maturrango como un pueblero, iba a mi lado, todavía con el sueño sobre los parpados, inclinado el cuerpo hacia adelante, perdiendo los estribos a cada rebencazo que daba a su mancarron chacarero Don Fermin Palacios, vecino de la estancia, hombre listo, bromista y servicial, y el resto lo componian peones y puesteros, sin ocupación aquel dia de fiesta, que tantas emociones nos prometía

Hacía largo rato que galopabamos, sin que la luz derramara sobre los campos la dulce alegría de sus resplandores Apenas podíamos distinguirnos en medio de la obscuridad reinante A don Goyo le reconocia por su posicion de baqueano, al poeta, por su ignorancia hipica y a don Inocencio, por el bulto enorme de las maletas, mal arregladas entre las caronas La mañana era fresca Sentiamos en la cara y en las manos el frío de las primeras ráfagas otoñales Todo reposaba a nuestro alrededor El capataz, habitualmente poco comunicativo, esta vez parecia mudo, diez metros a vanguardia se notaba el perfil de su cabeza, sobre el centro luminoso del cigarro encendido Ya, próximos al monte del Rosario, pudimos

ver "la masa informe de la selva espesa", y más adentro el agua del arroyo estancada en el remanso de la ancha laguna. Los caballos, acostumbrados a la tarea, cruzaron el paso, sin apresuramiento, con monótono chapoteo, hasta que al fin subimos, por el lado opuesto, la barranca, cortada a pico, sobre el nivel de la corriente. Frente a nosotros, las vagas tintas de un alba gloriosa, se diluían, abarcando una gran extensión del horizonte plomizo. Blanqueaban a la distancia los tortuosos caminos y se movían en el bajo los tajamares, dibujando pequeñas ondas, rizadas de espuma. Vagidos y cantos estremecían el aire, que se echaba a volar en ráfagas leves, acariciantes y perfumadas, y un raudal de gorjeos de pájaros madrugadores salía del follaje, mientras las ramas tiernas temblaban al golpe de los aletazos de aves invisibles, que despertaban con ansia de ensayar sus cavatinas. ¡Cómo se comunica el regocijo! Nos reíamos bajo el influjo de la luz naciente y hasta teníamos ganas de cantar, también como los pájaros. El poeta, ya despierto, empezó a recitar versos inéditos, unas estrofas aurorales, como él decía, que por su lujo de consonancias y su rara estructura, no encajaban bien en aquel concierto de arpegios sencillos, naturalmente sonoros. Se me antojaba que el bardo era un ave exótica, nacida en otros bosques muy distintos de los que crecen en estas tierras, pues tenía el canto complicado e incomprensible de un pájaro automático. Pero el que se alegró de veras fue don Inocencio. Llevaba consigo un porrón de ginebra, y "a la cuenta" según decía don Fermín, le había *dao* muchos besos en la boca. El hombre se pronunció en milongas y cielitos, en décimas corrosivas de amores pecaminosos, y en un arranque de entusiasmo erótico, las

pobres maletas comenzaron a sentir también sus líricos arrebatos, agitandose como alas, al galope del malacara rabicano

¡Que galopada! Todavía al pensarlo me duelen los huesos Pero todo tiene su fin y nosotros llegamos a la sierra Establecimos nuestra tienda al abrigo de las rocas, y nos diseminamos, provistos de escopetas, a cazar palomas torcaces, aguilas y cuervos, a coger marcela y manzanilla, a comer higos tunos, rojos y raquiticos Fatigados y maltrechos regresamos cerca de mediodía El inspirado vate daba lastima Él, se imagino que aquellos bultos informes que se veían a lo lejos, eran nubes o copos de algodon, blandos y muelles, pero la realidad le resulto abrumante ¡Caramba! ¡Como le dolian las plantas de los pies, las articulaciones y sobre todo, las heridas que le habían hecho en la fina piel, las malditas espinas de la cruz! Esta sierra diabolica era tan áspera como un verso decadente

También ¡canejo! decia don Fermin, a naide se le ocurre bailar el pericon entre las piedras con zapatos de charol ¡Ah, mulita!

Resolvimos permanecer quietos y esperar la noche

Llego esta tan clara que no habia resquicio obscuro, ni árbol que no pareciera de plata Un resplandor plácido y sedante que tranquilizaba nuestros nervios, inundaba las alturas ¡Como aparecia, entonces, imponente y majestuoso el panorama, en la soledad de aquellos pedregales derrumbados que formaban hondas grutas, donde el misterio se recogia solemnemente mudo!

El capataz y don Fermín habian salido con los perros y ya se sentian los ladridos, señal evidente de cercana presa Corrimos los demás, orientándonos por

los gritos, y llegamos a tiempo para prestar nuestra importante cooperación de espectadores. Unas cuantas mulitas huían con velocidad, arrastrando la negra caparazón, mientras los paisanos las cercaban, tapándoles las cuevas. Era curioso verlas deslizándose rápidamente, moviendo las pequeñas patas, con la cabeza diminuta y puntiaguda y la cola fina y anillosa siempre recta. Don Fermín las calificó, con propiedad, empleando un símil criollo.

—Mire, amigo, —me decía—, estos animales son las pulgas de la sierra.

El capataz callaba y guardaba las mulitas, que pataleaban en el fondo de la bolsa de arpillera, en tanto que los perros ladraban sin cesar, dando el alerta a los cazadores, y las aves de rapiña, sorprendidas por el ruido, huían sacudiendo recios aletazos sobre las piedras iluminadas.

Vencidos por el cansancio volvimos, muy avanzada la noche, a nuestro campamento. Hacía mucho frío. El céfiro otoñal *cortaba* las carnes. Nos arrebujamos en los ponchos, mientras la fogata, avivada por don Goyo, tomaba proporciones de incendio, produciendo el chisperío alegre de la charamusca que ardía.

De pronto, en el silencio, sonó la voz estentórea de don Fermín Palacios.

—¡Un peludo, un peludo!

Todos nos paramos, casi simultáneamente.

—¡Al fin uno!— exclamamos entusiasmados.

Don Fermín que seguía gritando y riendo, al mismo tiempo, nos señaló un lugar próximo a nosotros.

—¿Dónde, dónde? —le preguntamos con ansiedad.

—Allí, —nos respondió—, don Inocencio lo ha agarrao.

Miramos a don Inocencio, que acababa de despertarse. El pobre paisano había *agarrao,* efectivamente, el más grande de los *peludos* conocidos, pues al querer incorporarse, volvió a caer en el mismo sitio en que estaba y a roncar de un modo significativo, mientras las llamas de la fogata le alumbraban la cara enrojecida.

—¡Lo pesco lindo!— dijo un paisano.

—¡Con caña! —agregó don Fermín, regocijado por la broma, que nosotros festejamos estrepitosamente.

Pronto el sueño se fue apoderando de todos, y bajo la suave claridad dormían también los picachos, el agua de los remansos y los árboles sin hojas.

# LOS CENTAUROS

Cuando yo le conocí no parecía viejo ¿Qué edad tenía? Nadie lo sabía de una manera exacta En cuanto a el, declaraba con toda franqueza que lo ignoraba en absoluto, y si alguno trataba de investigar, sentabase para empezar la ardua tarea, entornaba los parpados rugosos y *echaba* sus cuentas —un balance interminable—, que ordenaba a su modo, haciendo el recuento de los dias y de los meses, por las peleas en que se había encontrado, y por las heridas que había recibido en las batallas Es claro que sus operaciones aritméticas salian erradas, porque como tenia pretensiones de ser joven, le quedaba siempre un sobrante de cicatrices Paisano más original que este, difícilmente se encontrará, y eso que la historia de las revoluciones presenta abundantes ejemplares de estos tipos extraños, que parecen haber sido construídos con huesos y músculos distintos de los que usan los demás hombres El comandante Rojas, del ejército oriental era en el trato un paisano agradable, que se afanaba por parecer inofensivo No era corpulento, ni tampoco de pequeña talla Mas bien resultaba un poco bajo, porque la vida sedentaria que no cuadraba a su carácter, ni a sus nervios, acostumbrados

a vibrar constantemente, le había aumentado el tejido adiposo, ensanchado la espalda y la cintura, su cintura, hecha de alambre maravillosamente flexible, cuando el brazo se estiraba, en movimiento rápido, para clavar la lanza hasta la media luna, en el pecho de su contrario Su cara de fuertes mandíbulas y pómulos salientes, de boca grande y carnosa, de ojos pequeños y vivos, que él achicaba mas, cuando alguna mala intención le pinchaba por dentro, ayudando al gesto, con un fruncimiento de cejas bien significativo, tenía, no obstante estos detalles, una expresión de llaneza y lealtad que no estaba en armonia con el resto de su persona Hablaba pausadamente, con una cachaza desesperante, como si en la maquinaria de su cerebro hubiera alguna rueda que no girase bien, retardándole la concepción de las ideas Cuando se cuadraba para saludar, sacandose el kepis de visera corta y paño granate, con anchos galones que fueron de oro, sus piernas combadas, semejaban un paréntesis Usaba el pelo corto que era duro como crin, y de una negrura reluciente Al caminar, notábase que estaba más habituado al caballo que a andar a pie y su cuerpo se balanceaba levemente, guardando la vertical, gracias al lastre de sus enormes botas Tenía cierta gracia para narrar los acontecimientos de su vida y su conversacion pintoresca no dejaba de ser interesante

Sus peripecias, contadas por él iban siempre acompañadas de gestos y gritos onomatopéyicos y cuando se refería a una de las tantas peleas que había tenido a lanza y cuerpo a cuerpo, se transformaba Las pupilas se le dilataban, como si estuvieran bajo la acción de la atropina, el coraje que pone al descubierto la

dentadura y crispa los músculos, se apoderaba de todo su cuerpo, y el oyente, atemorizado, arrojaba una mirada a la puerta, para huir, en caso necesario, o levantaba el brazo a la altura de la cara, a fin de parar el golpe Después que concluía de hablar, o más bien dicho, de rugir, se tranquilizaba, y remataba el relato con una *ocurrencia* criolla, que obraba como sedante en los nervios conmovidos

Su infancia fue digno prologo de su historia, como en la sinfonía, que en las obras musicales indica lo que será la partitura

Era muchacho, cuando su madre le mando a la proxima pulpería a comprar una arroba de azúcar Tomó las maletas, monto en pelo en su gateado y se lanzo al galope por el camino vecinal, blanco y tortuoso como una senda de hormigas Cuando se aproximo a la casa de negocio, vio en la puerta a un grupo de paisanos que se preparaba para asistir a unas carreras ¿En que paraje se correrian? Eso era lo que menos le preocupaba Los paisanos se alejaron y Rojas detrás de ellos, hasta que al cabo de cinco dias de trote y galope, llegaron a su destino Presencio la carrera, se hizo de amigos, y de rancho en rancho, de pulpería en pulperia, carneando vacas que en esa epoca como no había alambrados, pertenecian al primero que las *pialaba*, tabeando con los criollos, bailando pericon con relaciones y haciendo, a veces, vida de matrero en los montes del Arapey, de lo que menos se acordo el hombre fue del encargo de la pobre vieja A los tres años, le vino a la memoria y sin decir nada a sus compañeros, ensillo su pingo y le cerro piernas en dirección al pago Era de noche, y una luz que oscilaba en las sombras, le indico la querencia Se apeó y golpeo las manos Salió una

mujer Él la reconoció y antes de pedirle la bendición le entregó las maletas diciendole

—Madre, aquí tiene l'azúcar

La guerra civil le encontró mocetón y fornido, y al revés de Juan Moreira, sirvió a la autoridad En la pelea fue un centauro, porque en las cargas, revoleando su lanza, atropellando en lo mas reñido del entrevero, parecia adherido a su caballo, y no hubo ni pechada que le moviera, ni encontron que le sacara de los estribos Su valor era igual cuando luchaba con un hombre solo o con toda una partida Las empresas más arriesgadas no le causaron pavor, y no se conoce el caso de que haya provocado a nadie para pelear por puro lujo Siendo mozo, en pleno vigor de juventud, ya era reflexivo, y las mentas de su *guapeza* se habian extendido por todas partes

Una vez, entro en una casa de negocio, donde el paisanaje se reunía los domingos, para jugar a la taba, beber y armar algunas pollas que se corrían en el camino real En el corral, cerca del horno, numerosos gauchos presenciaban una riña de gallos, otros, sentados en el mostrador de la trastienda, jugaban al truco, mientras que rodeados por unos cuantos admiradores, algo ebrio, como de costumbre, con una copa de Snap en la mano, peroraba el pardo Maya, taita ensoberbecido y respetado, cuyos golpes de mano eran asombro del rancherío Rojas se sento en un banco de ceibo entreteniéndose en armar un cigarrillo de tabaco negro Pero apenas le vio Maya, gritó al mozo de la pulpería

—Déle un vaso de cisnape al amigo Rojas

—Gracias, no tomo

—¿Cómo no ha e tomar, si yo lo mando?

—Aunque usté lo mande es lo mesmo

—¡Canejo! que está rogao. Con menos cogote se hace un puchero.

—No es orgullo, amigo, es que no tengo ganas.

—Pues, aunque no tenga, chupará a la juerza.

Y acompañando el hecho a las palabras, acercó su copa a los labios de Rojas. Este la apartó con un movimiento rápido, pero el otro dominado por la cólera, le arrojó el líquido a la cara.

Rojas sin levantarse, se secó con la punta del poncho y dirigiéndose al pardo le dijo:

—Usté me provoca, pero yo no he venido a peliar con naide. Sepaselo.

—¡Ah, zotreta! Has aflojado la prima, pero si sos perro ovejero, como a perro vi a tratarte.

Y sin que Rojas pudiera evitarlo, simultáneamente con la amenaza, sintió el fuego de la lonja en la cabeza y la tibia humedad de la sangre en el cuello.

Entonces se irguió con bravío ademán, pero bien se notaba que su rabia tenía freno. El *gauchaje*, que presintiendo la escena dejara sus diversiones, rodeó a los adversarios, tratando de separarlos.

—Mozo —gritó Rojas—, traiga dos pañuelos de los juertes y a ver si hay aquí alguno que sepa hacer un nudo. Y aura, —continuó—, ustedes, señores, serán testigos de que el dijunto tuvo la culpa.

Salió al patio, se hizo atar a su rival, pierna con pierna y brazo con brazo, dejando las diestras libres, y apenas comenzó la lucha, el pardo Maya soltó el cuchillo, inclinó la cabeza y quedó colgando. Estaba muerto.

En la guerra, Rojas fue siempre el promotor de los entreveros, sintiendo un placer salvaje al verse en medio de la matanza. El fusil en sus manos era un arma inservible, y los hombres que mandaba, elegidos

entre los más bravos y *crudos,* no parecían seres humanos, sino fieras, como Han de Islandia de Hugo Su instrumento de combate era la lanza, de hoja ondulada como una llama, la que esgrimida al sol producía reflejos de oro, que pronto se transformaban en rojos Del vigor de su naturaleza, se dicen cosas que parecen inverosimiles Una partida numerosa de revolucionarios les perseguía tenazmente y mientras la gente huía a la desbandada, buscando un monte en que guarecerse, el se cortó con pocos hombres, y salió al encuentro de sus perseguidores Repentinamente se produjo el choque Peleo y mato, pero al verse cercado y solo, pues sus compañeros habían caido en la pelea, se abrio paso rompiendo el circulo de pechos a punta de lanza, pero no pudo hacerlo tan rápidamente, sin que una arma traidora le partiera la espalda, quedándole clavada la media luna, con el asta rota, saliéndole la punta por delante Así, con la hoja clavada en los pulmones, desangrándose, galopó toda la tarde y la noche, hasta que pudo ganar el monte del río Negro En un gajo de coronilla, enganchó la media luna, tiró y se saco el enorme hierro de la herida Más tarde, debil, casi arrastrandose, monto como pudo en su caballo, y sigilosamente, marchando de noche, ocultandose de dia, llego a un rancho amigo, en donde le cuidaron, y sin curarse del todo, volvió al ejercito, para pelear de nuevo con mas bríos, dominado por el instinto que le empujaba al peligro no encontrando otro lugar más grato a sus deseos, que aquel en que el estruendo de las armas y los alaridos del lancero, apagaran los demás rumores Y cuando la paz arrojaba sus cenizas sobre los odios de los partidos en lucha, el heroe buscaba un lugar solitario, el más agreste, a donde no pudiera llegar el eco de

la voz humana, y así pasaba el tiempo hasta que la guerra volvía a interrumpir el silencio de su retiro Y cuando el monte en que estaba guarecido se poblaba de cuatreros, y entre los pedregales de la sierra blanqueaban las osamentas de las vacas robadas, las ventanas de su nariz se dilataban olfateando la lucha, todo su cuerpo vibraba con movimientos impulsivos, ejercitaba el brazo como el tigre la zarpa, para convencerse de que la inacción no había destemplado el acero de sus músculos, aguzaba la punta de su lanza en las piedras de afilar de la cuchilla, componía las riendas de su caballo hechas de cuero crudo, viejo pero resistente como la piel de su cuerpo, y una alegría caníbal sacaba chispas de sus ojos montaraces y ronquidos de su garganta, modelada para los gritos de pelea Sin embargo, este guerrillero temible era capaz de hilar como Hercules, a los pies de cualquier Onfala peinada de trenzas y vestida de percalina color de rosa La paz le transformaba Una profunda melancolía, una extraña nostalgia le invadía por algún tiempo, hasta que concluía por adaptarse al nuevo sistema de vida ¿Adaptarse? No es esa la palabra Se resignaba, se sometía, ocultando su secreto, la esperanza de que pronto escucharía otra vez la clarinada, el himno de guerra, cuyas vibraciones mas que en sus oídos, repercutían en su corazon como un repique de campanas, como el aleluya de la felicidad suprema Poco después de una campaña en la que el había tomado parte, el Ministro de la Guerra, que le quería mucho le hizo ir a su despacho El salon tenía bastante luz, pero el comandante Rojas penetro en el sin ver a nadie

El ministro le preguntó, sonriendo

—¿Que es eso, comandante, ya esta corto de vista?

—No, Escelencia, —contestó él, volviéndose con rapidez—, es que como vengo de ajuera y en el campo se ve tan lejos me quedé como encandilao

Los años pasaron, y la guerra también La paz había hecho crecer la hierba, ocultando las cureñas rotas y los fragmentos de lanzas En el alma de los cañones, los pájaros fabricaban sus nidos y los pobres paisanos, vueltos al hogar, reconstruían el rancho, casi convertido en tapera, hachaban el abrojal, y desarraigaban la borraja cimarrona y las ortigas que poblaban la chacra El comandante Rojas se atenuaba, y a semejanza de las ardillas de Darwin el nuevo ambiente y demas necesidades imperiosas, le desarrollaron facultades que él nunca se imaginó poseer Levantó su rancho sobre una loma siempre verde y no muy distante del monte El rumor de las hojas y la fragancia de las trepadoras en flor, le hablaban de momentos felices, haciendo desfilar en su memoria todo un escuadrón de recuerdos Pocas veces habitaba su choza Su gusto era dormir bajo un tala corpulento, cuyos gajos parecían instrumentos musicales al venir la madrugada Solamente ocupaba el rancho cuando el invierno escarchaba la llanura, y convertía en vidrio el agua de los charcos Entonces sus viejas articulaciones, sus cartígalos distendidos, funcionaban trabajosamente y se veía obligado a guarecerse bajo techo El calor de la fogata le reanimaba, y le volvía por un tiempo la agilidad interrumpida Una cosa le molestaba grandemente el ferrocarril, cuyos rieles cortaban el campo, a pequeña distancia de su vivienda Había que verle, cuando el tren pasaba, produciendo dentro de los cuartos un ruido ensordecedor y espantando con silbidos estridentes a los carneros,

que se entretenían en comer el pasto jugoso de los desmontes Se ponía impaciente, no pudiendo reprimir su rabia, aunque no mostraba los puños como los labriegos de Zola Tenia el presentimiento de que el ferrocarril era un símbolo la vida nueva latiendo sobre los escombros de lo pasado De seguro que si la locomotora hubiera sido de carne y hueso, habría salido al camino para pelearla, hiriendola en los émbolos, y deteniendola a botes de lanza

Hacia mucho tiempo que no le veía, pero una tarde pasando cerca de su rancho, fui a hacerle una visita Le encontré sentado en el umbral enjugándose el sudor de la frente, con un pañuelo multicolor de area inconmensurable Un facon de mango de bronce, empapado en un líquido verdoso, estaba caido sobre una mata de verdolaga y enfrente de el formaban pirámide una porcion de plantas recién cortadas Se levantó para saludarme y me apretó la diestra con su manaza formidable Sufrí con estoico valor su expresiva demostracion de aprecio y cuando se me hubo pasado la emocion le pregunté lo mas naturalmente que pude

—¿Y como le va, comandante, con el nuevo oficio?

—¿Como quiere que me vaya? Mal, no más Vea si no aré la tierra, la rastrié a mi gusto y sembré unas semillas que me vendio un chacarero y ¿sabe lo que dieron? ¡cardos! De rabia los corte a machetazos Cuando uno se pone bichoco, hasta los gringos lo pitan

Me acerque al montón y examine las plantas

—Pero amigo, —le dije—, ¡si son alcauciles!

Él se rio con incredulidad, y como yo insistiera, termino diciendo

—N importa, todos han de ser de la manada

Ocupaba un pedazo de campo fiscal que el gobierno le había dado para que lo cuidase A la derecha del rancho se hallaba la chacra, alambrada hasta la mitad Algunas hortalizas manchaban de verde brillante la tierra recien labrada, y entre un zapallar estaba volcado un arado de sistema antiguo con la reja limpia y lustrosa Bajo la enramada se veía un carrito de dos ruedas echado sobre el pertigo Algunas gallinas escarbaban la tierra removida de un cantero y dos patos marruecos se bañaban en un charco de agua barrosa, agitando, después de zabullirse, las alas tornasoladas

Me invitó a entrar y asi lo hice agachándome un poco para no lastimarme en el dintel de la puerta, me hizo pasar a la primera pieza que hacia de sala, dándome la mejor silla de asiento imposible, con el respaldo de caoba carcomido por la polilla Las paredes de terron blanqueadas, mostraban las negras junturas de los adobes y la paja brava del techo estaba diestramente quinchada La luz penetraba en el cuarto por una ventana sin vidrios Él se sentó también, pero en un banco, y empezó a hablar de lo que le preocupaba todos los momentos, de sus heroicas hazañas que repetia hasta el cansancio, sin desfigurarlas, sin decir una sola mentira Como hiciera referencia a su lanza, en el mismo instante en que yo estaba mirando una, clavada en el techo a lo largo de la cumbrera, le pregunte señalándola

—¿Es ésa?

—La mesma, —dijo, y se fue a desprenderla, trayéndola en seguida

Casi no cabía en el cuarto Era larga, con el asta negra, muy pulida, la hoja ondulada y la media luna ancha y filosa Pesaba enormemente, trayéndome a la memoria el sable gigantesco de aquellos guerreros sajones, que cita Walter Scott

Como le hiciera notar una melladura en la punta, me dijo

—A la cuenta toco en algún gueso

¡Ah pobre veterano —pensaba yo— tu tambien, como tu lanza, estás mellado y para siempre, como ella eres un instrumento de combate, completamente anacronico!

No tengo duda de que con esa penetración del gaucho vivo leyó mi pensamiento, porque siguio diciendo

—Entuavía puede prestar servicio, no hay más que sacarle punta, pero yo amigazo ni filo Me duelen los caracuces cuando camino y el caballo hincha el lomo cuando lo monto En otro tiempo

Tenía la hoja de lanza entre las manos y me parecio que la acariciaba Era el último agasajo a su vieja amiga, a su compañera inseparable, que en los momentos de peligro, le presto ayuda, para librarle la vida, compañera siempre fiel, que le obedecía, sin doblarse, sin errar el golpe, y que interpretaba su voluntad, clavándose en los corazones, o partiendo pechos a su antojo Se quedó un rato silencioso No lloró, porque esa gente no llora, pero oí algo así como un ronquido sordo, que le salía seguramente de las entrañas Tal vez era que las lágrimas, no pu-

diendo subir hasta los ojos, se le derramaban adentro Me despedí de el con respeto Era la edad de hierro de la guerra, lo que allí quedaba El vestigio de una generación de centauros de carne y hueso, que habían paseado triunfalmente la campaña, imponiendo el derecho de los fuertes, extinguiendo vidas para salvar la propia, sin pensar acaso que la historia de la patria tenía algo que ver con alguna de sus gloriosas cicatrices

¿Vive el viejo veterano? Lo ignoro Pero si ha muerto, debe colocarse como elocuente epitafio sobre su tumba, aquella lanza de mellada punta, que tantas veces hizo brillar, en el torbellino de las cargas, como un relámpago arrojado por sus puños.

# CAMPO

—Buen día.

—Ustedes le tengan gueno. Apéense.

—Gracias, señora. ¿Podría indicarnos la estancia de don Domingo Ferreyro?

—¡Como no! ¡Si esta muy cerquita! No tiene más que agarrar esta senda y al salir del alambrao, tuercen a la izquierda. Caminan siempre derechito y van costeando el monte. ¿Ven aquel tala en lo más alto de la loma? Gueno: enderezan pa lla y en cuanto bajen la cuchilla, se topan con las casas.

Nos despedimos, pensando que con señas tan precisas era imposible equivocarse. La informante se quedo en la puerta, con el mate vacio en la mano, gritando a los perros que corrian tras de los caballos, ladrando enfurecidos, y emprendimos el galope, buscando orientacion en aquel laberinto de caminos vecinales en que nos habíamos metido como buenos puebleros maturrangos. Por fin, después de dar vueltas y revueltas, tomamos rumbo, orillando el monte, cuyas copas reflejaban oro bajo la luz quemante de aquel sol de estio que se espaciaba en la inmensa llanura. ¡Linda jornada! Habíamos salido del pueblo antes de amanecer, cuando las estrellas empezaban a

desvanecerse, y después de dos horas de marcha, todavía nos faltaba mucho para llegar al fin de nuestro viaje. Al principio, tanteábamos en la sombra, avanzando con precaución, para no llevarnos una esquina por delante. El pueblo dormía —duerme siempre— pero a esa hora, nos parecía que cruzábamos el camposanto, pues la impresión funeral resultaba completa. Luego, en el ejido, el agua del bañado nos incomodaba, salpicándonos el rostro, y tuvimos que andar al tranco gran trecho. El olor a campo vino con la primera ráfaga fresca, y el molino y el monte surgieron de pronto, vagamente destacados, a pesar de que estábamos sobre ellos. El estrépito de la cascada artificial, aumentaba, a medida que nos acercábamos y al azotarnos al paso, bastante crecido, distinguíamos la masa de agua, poco espumosa, que caía en el remanso, estremeciendo las compuertas.

La arboleda se prolongaba siguiendo las tortuosidades del Canelón Chico y en las curvas, las anchas lagunas inmóviles, parecían reposar aún, bajo el imperio de la sombra. ¡Campo! Entonces, —no obstante la obscuridad indecisa que borraba el contorno de las cosas—, la mirada pudo dilatarse soberana en la extensa planicie, cortada a lo lejos por una elevación de tierra, que iba creciendo gradualmente hasta formar los primeros montículos de la cuchilla, cuyas faldas ascendían como nacimientos de turgentes senos. Los ranchos semejaban animales monstruosos echados en el pasto. En uno solo, junto al camino, apareció una llama, y una columna de humo que se filtraba por las quinchas, probablemente, algún chacarero madrugador que preparaba el desayuno. A no ser por algunos rumores —balidos de ovejas todavía encerradas en las "mangueras", cantos de gallos, re-

petidos en diferentes tonos, débiles gorjeos de pájaros insomnes—, nadie hubiera creído que dentro de breves instantes iba a despertar el día, y mientras mi acompañante hablaba, refiriendome anécdotas y frases de individuos que íbamos a encontrar en la estancia, me dedique a observar la mutación teatral que se operaba a nuestra vista Quería sorprender el momento preciso en que la noche descorre su telon de boca salpicado de chispas, descubriendo el amplio escenario de la naturaleza, con decoraciones de prodigiosos bosques, corrientes rumorosas y bambalinas de cúmulos bermejos Pero el cambio fue tan suave, que sin advertirlo, la luz se hizo en gradaciones sucesivas, de la sombra a la penumbra, de la penumbra a la claridad, primero con palidez de crepúsculo, luego diafana, después intensamente luminosa

—Bueno, este doctor Ferreyro, no es doctor

—Ya sé, es curandero

Y mi acompañante, Gerardo López, excelente mozo decidor y alegre, un tanto mordaz para juzgar a sus conocidos, como buen hijo de aldea, me hizo la historia de todo el mundo

El *dotor* como le llamaban los paisanos, era un gallego listo, ex dependiente de farmacia en sus mocedades, que se había radicado en el pago y en donde había hecho fortuna en breve tiempo, él no sabia curar, ¡que iba a saber! pero en las operaciones que se relacionaban con sus intereses, no existía cirujano que le aventajase Su principal sistema era el de la dieta, porque, en general, sus clientes, después de una asistencia rigurosa, se quedaban sin tener qué echar al estómago, y en cuanto a sus hijas, dos muchachas feotas y desgarbadas, eran una especie de preserva-

tivo contra el matrimonio Sin embargo, ese día se casaba una, la más difícil de pasar, pero probablemente el padre se la endosaba al amartelado galan, emulsionada con dote Y él, el *dotor,* era hombre simpático, muy bien parecido, con una cara rozagante, adornada por una pera algo canosa Su amor propio científico daba risa Delante de los pobres gauchos desplegaba su talento medical, aturdiéndoles con terminos que ni él mismo entendía, y los pobres le pagaban sus afanes, con sus bienes o con la vida, comunmente con las dos clases de moneda ¡Hombre bárbaro! De su *clínica,* habían salido cosas que parecen inverosímiles La mayor parte de los dolientes, previo examen minucioso, resultaban tener la *paletilla caida,* y con toda prosopopeya, les ingería unas pócimas, hechas con jugos de raices y otras mixturas infames Su fama era *universal* y el paisanaje le reverenciaba Sólo uno podía vanagloriarse de haberle faltado al respeto Era éste un gaucho teru-teru, que de rabia, por haberle dejado el *dotor* más enfermo de lo que estaba, después de explotarle miserablemente, se presentó cierto día en casa de este —en compañía de un amigo y compadre— arreando un hermoso cerdo, que de bien cebado se había transformado en una esfera de magras

—Señor dotor, —dijo el paisano—, aquí le traigo mi chancho, pa que me haga el favor de ricitarle algún brebaje, porque hace mas de diez dias que el pobre animalito no come, lo mesmo que si hubiera hecho promesa

El *dotor* al verse *agredido* de ese modo, iba a protestar indignado, pero de pronto, cambió el gesto y pareció preocuparse del nuevo cliente, examinándole con mucho cuidado, en tanto que el porcino gruñía al

sentir las cosquillas que le hacía en el lomo. Don Domingo dijo, después, con toda naturalidad

—Si el animal no come y está jordo, su mal debe ser grave Pur lu menus, se trata de una hidrupesía jalupante Para observarle bien, entrelu y lu dega cuatru dias en aquel chiqueru

El paisano, que no quería descubrir el juego y algo desorientado por el giro que tomaba el asunto, pues él esperaba un diluvio de agravios, dejó el cerdo, creyendo realmente que el *dotor* se ocuparia del *caso* Al salir, se junto con su compadre diciendole

—¡Pucha gallego bruto! ¿Quedrá creer que ni ha orejiao siquiera? Me lo ha hecho dejar pa saminarlo, y mire, compadre, Dios me perdone, pero creo que el hombre ha venido al mundo pa curar chanchos

Y se reian, comentando la broma, que pronto circulo entre el vecindario, propalada por ellos mismos A los cuatro dias volvieron y cuál no sería el asombro de ambos, cuando el *dotor* les dijo, que el cerdo habia estallado como una bomba, que tuvo que hacerle la autopsia, encontrando que el mal de que padecia era muy contagioso, por cuyo motivo se vio en la necesidad de quemar al difunto Y no hubo forma de averiguacion, porque aquel *clinico,* era contundente en sus diagnósticos El paisano se retiro consternado Mucho tiempo después supo que, lo de la autopsia era verdad, porque el enfermo quedó convertido en jamones

¡Lengua viperina! Mi acompañante siguio detallando, con su habitual chismografía También me iba a encontrar en la estancia de don Domingo Ferreyro, con un gaucho "riquísimo", no tanto por la fortuna, como por lo ignorante Un alma "primitiva", candorosamente animal Inofensivo, como bes-

tia mansa, un objeto de burla Era un hombre de regular estatura, picado de viruelas, piernas combadas, ojos claros, recia dentadura y muy risueño Se reía por cualquier friolera, sobre todo bajo la acción estimulante del *schnaps* Hablaba nasalmente, con una voz gangosa de fonógrafo, y las palabras le salían de la nariz lentas y sin vibraciones, acaso por el cambio de rumbo que experimentaban Se llamaba Silvestre López, y por sobrenombre *El Ñato* a causa de su enorme protuberancia olfatoria En cierta ocasión que visitó la ciudad, el hombre se quedo admirado ante una casa de cinco pisos, elevacion estupenda, que nunca pudo concebir su rastrera fantasía

—¡Páese mentira —exclamó— que la tierra sea capaz de aguantar tanto peso!

Otra vez, la familia de la casa donde se hospedaba, tratando de divertirle, le llevo al teatro Se cantaba *Lohengrin* Al principio, le entretenía el Caballero del Graal, "retobao" en plata, como el decía, y el cisne que tiraba del "pértigo" "con más baquia que un guey delantero" Pero al rato, la emocion artística se marchito en su alma estéril como tierra gredosa, y el hombre se quedo dormido en la butaca Su vecino de asiento, —un melomano empedernido— le sacudió fuertemente, despertandole

—Pero amigo, —le dijo— ¿cómo puede usted dormir cuando se da una ópera tan sublime como ésta?

Y él le contesto

—Pa icirle la verdá, amigazo, me gusta más el riñidero

Cómica era la anecdota, pero esta otra la superaba a la vuelta del teatro, don Silvestre se fue a

acostar Eran las tres de la madrugada y el dueño de casa se hallaba intrigado con la profusa iluminación que había en el cuarto del huésped Temeroso de un incendio, entreabrió la puerta, y se encontró con el paisano en traje ligero, muy atareado en soplar el gas con intención de apagarle Transpiraba abundantemente y tenía el rostro congestionado por los esfuerzos

—Pero ¿qué hace, López?

—Déjeme, amigo, que no sé qué tiene esta maldita candileja que no se apaga

El dueño de casa le enseñó el procedimiento, y el, víctima del asombro, murmuró

—¡Bendito sea Dios, ya he visto tuito lo que tenía que ver nada menos que arder el aire!

Entretenidos con los "cuentos" nos íbamos acercando a la estancia El sol "picaba", el horizonte limpio de nubes, y los campos resplandecientes, parecian pintados a la acuarela Se anunciaba un espléndido dia, aunque bastante caluroso, porque de los charcos y matorrales surgía ese rumor de violines desafinados que producen los elitros Al bajar la cuchilla, vimos las "casas" y a poca distancia de ellas, la parva de trigo, con el palo en el medio, largo como un asta, y las yeguas girando en derredor encerradas en un cerco de troncos La trilla estaba en su apogeo Los gritos de los peones vibraban estridentemente, como alaridos de indiada, y en el patio se notaba inusitado movimiento, un ir y venir de hombres y mujeres, llevando y trayendo, todos algun objeto, que no se distinguía bien a la distancia Pero lo que predominaba era el bullicio atronador, constante que aquella gente hacía, como si todos se hubieran propuesto aturdirse recíprocamente Nadie no-

to nuestra presencia, ocupados como se hallaban en la complicada faena, y eso, que la perrada nos salió al encuentro, formando una verdadera escala cromática de ladridos, desde la nota grave del mastin ovejero, hasta la aguda del "cuzco , perseguidor de vizcachas y comadrejas Mi amigo, espantando a rebencazos la jauría, se interno sin pedir permiso y yo caminaba siguiendole, cuando cerca de la cocina tropezamos con el capataz, que salía en ese momento, ocupado en desenredar un sobeo Era un pardo de talla gigantesca, cabeza grande, pomulos salientes, nariz chata y ojos pequeños Vestía chiripá de merino azul y llevaba botas largas de tropero Estaba en mangas de camisa y lucía un facón descomunal atravesado en el cinto El aspecto del coloso me impresiono mal, pero en seguida quede tranquilo, porque nos saludó amablemente, particularizándose con Gerardo, principal invitado a la fiesta Fui presentado con toda solemnidad y sufri los agasajos de estilo, alegre al verme ileso, aunque con el cuerpo acalambrado por el galope Nos dijo con voz fuerte y sonora

—Dentren, amigos y esten como en su casa ¿Y los caballos?

—Allí están, en el palenque, —le contestamos, indicándoselos

—Los voy a largar en el potrero pa que se revuelquen

Le preguntamos por don Domingo, extrañando no verle y nos respondio

—Aurita no más ha de llegar con la comitiva, pues de madrugada salieron tuitos pal pueblo donde se casa la hija del patron

Entonces nos acordamos de que había nupcias, además de la trilla, y del baile ¡vaya un holgorio!

La cocina echaba humo, por la negra chimenea, por las rendijas de las paredes, por la puerta, por los cimientos, y se oia una trepidacion de motores, las marmitas colosales atestadas hasta la boca de carnes diversas El vapor estremecía las tapas con un repiqueteo significativo, y era de ver el aspecto de los pinches improvisados, contraídos exclusivamente al trabajo, como si ejercieran funciones trascendentales Algunas criollas pasaron junto a nosotros, cargando pasteles de fuente, con muchos adornos de hojaldres y flores exóticas de masa embadurnada de azucar y huevo Una moza bastante simpática, regordeta, de pelo lustroso muy bien trenzado y frescachona, nos miró insistentemente, pero sin malicia, algo cohibida, al encontrarse de improviso con dos forasteros Entraban al comedor, y volvían a salir, metiendose en la cocina, de donde regresaban, limpiandose los ojos irritados por el humo del coronilla De un cuarto proximo surgían conversaciones y risas Terminando una carcajada, aparecio un paisanito, enarbolando una guitarra, empavesada con cintas de raso multicolores, muy ufano y orgulloso, pues era la persona más interesante del pago Le conocí inmediatamente Él me vio y se vino derecho a saludarme Era un mocetón bien plantado flaco y nervioso, de ojos celestes y pelo castaño

—Tanto gueno puaquí, —me dijo, apretándome la mano y el brazo

—Que tal amigo, —le pregunté, esquivando la demostración efusiva—, ¿cómo anda esa musa?

Él replico

—Bien, no más, compañero— (casi me dijo colega)

Era payador y guitarrero de fama, un *pichón* de Santos Vega, que estaba emplumando al calor de las rancherías Y sus canciones improvisadas eran repetidas como las rapsodias de Homero En esto, se nos arrimo otro personaje, de mala catadura, un ejemplar del semigaucho tanto en las costumbres como en la indumentaria Su cara aindiada, no resultaba repulsiva, con todo pues los ojos negros dábanle cierta expresion de franqueza ¡Enigmas del rostro! Su bombacha era amplia con una franja color lacre desvanecido, llevaba saco, pañuelo celeste agolillado al pescuezo y rebenque en la mano izquierda Sus botas de charol, con pespunte blanco en las cañas, se le habían plegado, por efecto de su misma gravedad, en forma de acordeon Rudecindo Amores el payador, nos le presento, mirandonos fijamente para observar el efecto que nos producía

—Comisario, —dijo—, vi a presentarle dos amigos

El otro nos saludó sin inclinarse (la autoridad debe permanecer lo mas tiesa posible) y nos dio la mano, pero sin estrechar las nuestras En el cuarto de enfrente, aumentaba el rumor de las risas y de las conversaciones A veces se oia que raspaban algo a cuchillo Era el lugar donde se efectuaba el amasijo y la batea se *quejaba* crujiendo a los golpes de la masa A un costado del rancho, una nube inconmensurable se levantaba, ondeando, como una tromba marina, y debajo de ella, asomaba a ratos una llama de incendio Era el horno que se caldeaba Un paisano viejo, sucio y desaliñado, revolvia las astillas de leña ya encendidas, con un palo en cuyo extremo habia un arco de hierro, y al removerlas, con la llama que lamía la boca, se esparcia un chisperio perma-

nente de fragua. El hombre sudaba copiosamente, mostrando por la pechera de la camisa el esternón cubierto de pelos, como un Vulcano silvestre. Agachábase para recoger los tizones humeantes que caían a sus pies quemándole los tamangos, y los volvía a arrojar a la hoguera, en un trajín afanoso, empeñado en acelerar el caldeo pues ya era tarde, y el horno, humedecido por las lluvias, empezaba a echar pequeños copos de vapor por las junturas del revoque.

Los perros, impulsados también por el flujo y reflujo de la concurrencia, andaban de un lado para otro, con ganas de dormir, pues todos habían madrugado aquel día, de modo que en cuanto veían un rincón desocupado se echaban, estirando las patas, con los ojos soñolientos y los belfos caídos, pero poco les duraba la siesta, pues el patio estaba convertido en un jubileo y no faltaba alguien que pasara precipitadamente, espantándoles. Para aumentar el ruido, una punta de ganado se había aproximado a las casas mugiendo lastimosamente ante los despojos de la res carneada poco antes, cuya panza voluminosa estaba tirada en el pasto, entre un charco de sangre coagulada. Era la única nota melancólica que alteraba el deleite uniforme de la fiesta, y los pobres animales prolongaban el coro de mugidos, mirándose con ojos que ya no tenían sueños de hierba fresca, según la frase del novelista francés, sino la impresión del espanto. La extraña música habría continuado en el mismo tono quejumbroso, si un paisano no hubiera azuzado a los perros, que se abalanzaron sobre los vacunos, prendiéndoseles de los hocicos, de las colas y de los garrones, hasta conseguir la dispersión de los plañideros. Atraídos por el estrépito, nos acercamos a la era para presenciar la trilla. Allí

tambien se reía ¡pero de que modo! La infeliz china que acarreaba el mate, cada vez que se acercaba a un grupo, era victima de todo genero de bromas Con su nariz fina y extremosamente larga, y su cara de feto, parecía un ave de bañado Ella soportaba las groserías con paciencia

—Ña Toribia, no cebe el mate con agua tibia, —decia un paisano

Don Silvestre, el del reñidero, tambien se había puesto chusco, y el *schnaps* se manifestaba francamente en su boca abierta por la risa Estaba sentado en un alambre del cerco y fumaba concienzudamente Se paró con trabajo para hablarnos, diciendo con voz gangosa

—La trilla esta guena, hay mas gente que chimangos

Efectivamente El paisanaje afluia cada vez en mayor número, y por el camino se veían llegar otros grupos, al galope, entre nubes de polvo El sol caia a plomo, sofocante como el calor del horno que el viento traia en bocanadas con olor a pasteles, en tanto que la operación de la trilla continuaba con gran actividad Las yeguas giraban, giraban siempre, unas detras de otras, atropellándose, tropezando en los montones de paja hundiendo las patas en el trigo desgranado, sudando espumosamente, impelidas por los gritos de los peones y por los arreadorazos que un individuo, fuera de la empalizada, las aplicaba en los costillares y en las ancas, ensañándose con las rezagadas, que aflojaban el trote vencidas por el cansancio, mientras que desde lo alto de la parva, un hombre arrojaba mies a la era con una horquilla de rama cortada en el monte Luego, el griterío debilitado, recrudecía con más violencia, a medida que la

tropilla hacía visible el movimiento de rotación. Sonaba el cencerro, chasqueaban los rebenques, volaban las briznas, resplandeciendo al sol intenso de aquella mañana, en olas de polvo de oro, y sobre todos los ruidos, repetidos con monótona insistencia, vibraba el estribillo usual como un ritornello: "A la yegua, a la yegua, a la yegua madrina!" ... De pronto, se sintió un tropel de caballos: era la comitiva que regresaba de la iglesia. La novia venía en medio del grupo, apareada al novio. Él era un paisano bastante maduro, de ojos lánguidos, con cara de inocente, muy bien empilchado; y ella, con su traje nupcial, ajustado exageradamente al cuerpo, morena y flaca, parecía una cigüeña con velo y coronas de azahares. Sus ojos revelaban miedo, lo que provocaba hilaridad en el gauchaje, dando lugar a bromas inconvenientes. En cambio, el cónyuge estaba risueño, como hombre acostumbrado a reincidir, pues era dos veces viudo, y el resto de la escolta hacía ostentación de su alegría, como si todos fueran recién casados. Don Domingo daba la nota festiva, haciendo rayar su lobuno en medio del patio, a fuerza de castigo, y antes de que se apearan, se produjo un tumulto espantoso; estallaban los cohetes de la India, los peones daban vivas, gritando hasta ponerse roncos, el payador, con la guitarra terciada, cantaba una décima epitalámica, con voz de falsete, que parecía una congoja, los perros, metidos en danza, unían sus ladridos a las demostraciones de regocijo general, don Silvestre, convertido en galante caballero, con una rodilla en tierra, servía de escabel a la desposada, en tanto que de la era llegaba la voz estridente del dueño de la tropilla y resonaba con más vigor que

antes, el estribillo "A la yegua, a la yegua, a la yegua madrina"

Mi compañero y yo nos creimos obligados a felicitar al padre, a la hija y al novio, por tan fausto acontecimiento Ella nos miro con ojos de espanto, y no acerto a darnos las gracias, aunque quiso decir algo y el doctor expresonos su tristeza por tener que separarse de una criatura tan buena y tan hacendosa elogios que oia don Silvestre, riendose a carcajadas, con imprudencia de borracho Al fin, no pudiendo contenerse, expreso su brutal pensamiento

—¡Qui ha de sentir cumpa, si estaba rabiando por largarla!

El otro, sin darse por ofendido, hizo alusion al estado de don Silvestre, y nos llevo al comedor, donde el estrepito resultaba insoportable La suerte nos favorecio (¡egoismo humano!), pues antes de terminar el banquete, la novia fuertemente conmovida, tuvo que retirarse, saliendo tras ella el padre y el novio, y nosotros, aprovechando el momento propicio, nos escabullimos sin ser notados En el patio no había nadie Solamente un perro flaco y lanudo mascaba un hueso enorme, apretandolo con las muelas y cerrando los ojos a cada esfuerzo que hacia Aun la cocina echaba humo, pero en menor cantidad Por la puerta se veia el piso cubierto de cenizas y marlos quemados, y en un costado de la casa, ensartado en un gajo de tala, se asaba a fuego lento un costillar con cuero manchando la gramilla verde con el jugo sanguinolento que chorreaba

A la tarde, ya fatigados, emprendimos el regreso, no sin antes despedirnos amablemente de don Domingo, que había vuelto a recobrar su gravedad

científica, y del payador, quien nos abrazó contento por el triunfo que había obtenido, improvisando versos y cantandolos

El comisario se digno ofrecernos su oficina, lo que agradecimos con algún escrúpulo Don Silvestre, todo desconsolado, se acercó a mi amigo Gerardo y le habló en secreto, pues eran viejos camaradas Yo estaba algo distante y no pude oir bien lo que le decía, pero mi compañero, al darle la mano, le repitió en voz alta

—Ahora, no hay remedio, amigo, aguante la parada

Él se quedó caviloso, con su cara ridicula de sátiro afligido

Ya en camino pregunté a Gerardo

—¿Qué le ha pasado a don Silvestre?

—Que ha hecho otra barbaridad Figúrese que el hombre estimulado por el *snape* y el entusiasmo del casorio, se ha apersonado a don Domingo y le ha pedido seriamente la otra hija en matrimonio

—Y el se la ha negado —dije yo, para terminar la frase

—Al contrario, se la ha concedido, y en voz alta, delante de toda la concurrencia, como para asegurar el cumplimiento del contrato

Nos reímos de veras El sol se ponía triunfante, prolongando las sombras de los árboles y de los ranchos, y hasta nosotros, ya lejos, llegaban distintamente los mugidos que lanzaban los vacunos ante los despojos de la res, cuya panza estaba tirada en el pasto, entre un charco de sangre coagulada

# EL ÚLTIMO CAUDILLO

En su piel rugosa y dura como la corteza del quebracho, las medias-lunas habían dejado huellas de cicatrices, y las viejas heridas, curadas sin puntos de sutura, jamás le produjeron dolor alguno, y eso que su osamenta recibió más de una vez, la impresión de las hojas dentadas por los choques, pero su cuerpo, forjado quién sabe en qué fragua, —montada para fabricar las piezas orgánicas de estos guerreros apocalípticos—, había empezado a aflojar en los últimos tiempos. Experimentaba algo parecido a un descoyuntamiento general, cual si el engranaje de su formidable maquinaria no ajustase lo bastante, entorpeciéndole intermitentemente el funcionamiento de la vida. Sentía que la sangre se le detenía en las arterias, para circular luego con violencia inusitada, lo mismo que la corriente, cuando encuentra un obstáculo, que se para, y salta después con más fuerza, entre turbiones de espuma. Pero ¡ay! el río continuaría eternamente su curso, mientras que él se agotaba sin remedio, sin esperanza de recobrar el vigor de otros días. Las extremidades inferiores apenas le obedecían, como si estuvieran anquilosadas, y en muchas ocasiones, sintió cruzar por ellas, a

manera de un dolor fulgurante, que le obligaba a cerrar los ojos y a apretar las mandíbulas, rechinando los dientes. Sobre todo, lo que más le angustiaba, era el estado de su brazo derecho, inútil para el trabajo, quedándole, después de un esfuerzo, inerte y caído a lo largo del cuerpo. No, ya no servía. A su pesar se reconocía impotente para luchar con aquel enemigo invisible que le hachaba la vida con insistencia implacable, y que concluiría por tumbarle, como el, en su juventud, solía derribar al ñandubay de tronco de hierro, a los golpes de su corvo sable. No obstante su convencimiento, había momentos en que no podía contener su fiereza. ¡Sería posible —exclamaba— que él, el coronel Laguna, que nadie pudo doblar, ni menos vencer, curado por los puntazos que había recibido en los combates, fuera a sucumbir en una cama como un paisano cualquiera! ¡Todavía, si pudiera morir en su ley! Pero esto no sucedería, porque ya no se peleaba. Ahora iban los hombres a la guerra para robar novillos orejanos, cobardes renegados de su raza, que han trocado la lanza por el cuchillo, y que no saben matar sino por la espalda, lamiendo, como perros mansos, la mano que les castiga.

Después de un acceso de rabia, se calmaba gradualmente, terminando por decir:

—Al ñudo me desespero, los gatos monteses no paren tigres, aunque son de la misma laya, y estos gauchos degeneraos ya ni enseñan sus guachos pa el campo: los hacen dotores.

Su mujer, una criolla vieja y achacosa sometida enteramente a su voluntad, le escuchaba con respeto y a veces con temor de que le tocara un chispazo de aquella tempestad que tan cerca se desenca-

denaba Por lo demás, ni a ella misma se quejaba de sus dolencias Acostumbrado al sufrimiento, el y el dolor eran camaradas antiguos Al verle andar penosamente, inclinado hacia adelante, arrastrando sus largas tibias, se reconocía el poder demoledor del tiempo, que mina los organismos y ablanda las carnaduras, disgregando sus moléculas Cuando tenia que dar un tranco decia

—Jue pucha, si páese que piso lana

Entonces, aplastado por su situación presente, encontraba más facilidad para tranquear hacia lo pasado, y removia los hechos casi legendarios de su existencia, tumultuosa, pero llena de encantos, sintiendose moralmente rejuvenecido, al pensar en los sucesos de sus primeros años, cuando sus articulaciones eran flexibles y elasticos todos los goznes de su cuerpo, cuando su brazo, hoy tullido y pesado como el plomo, tenia la resistencia y hasta la vibración del acero Y empezaban a desfilar por su imaginación, convertida en campo de maniobras, los acontecimientos grandes y chicos de las guerras en que él había tenido que actuar en primera fila, como caudillo de fama marchando a la cabeza de sus huestes, despreciando los peligros, iniciando las peleas, sin mirar para atras, porque sabía que sus muchachos le seguirian haciendo flamear las purpúreas banderolas como simbolos regios de la sangre Toda su vida de montonero surgia clara y distinta en su memoria porque a medida que su carne se aniquilaba, afluía a su cerebro una claridad extrema que fijaba con exactitud el relieve de los recuerdos Ahora veía con perfecta lucidez aquellos encuentros en que él se cortaba solo, abriéndose cancha con su lanza enorme, siempre segura, empa-

pada en sangre hasta el regatón, y cuando salía al otro lado de la muralla de cuerpos, a la carrera vertiginosa de su caballo, dando vuelta y cargando de nuevo, como quien traza una senda en el monte, cortando las ramas que le obstruyen el paso. Con el poncho en jirones, el pelo acrinado revuelto, el sombrero en la nuca, sostenido en la boca por el *barbijo,* rojas las manos, volaba, entonces, como la imagen del escarmiento en persecución de sus enemigos, hasta que les daba alcance, y les peleaba de frente, perdonándoles la vida si se rendían, castigando a sus soldados si les sorprendía ultimando a los heridos o carchando a los muertos. Por eso, cuando empezaban a circular rumores de revolución, al primero que vigilaba el gobierno, era al coronel Laguna, pues sabía que una vez alzado en armas, era imposible tomarle prisionero, porque si entraba en la refriega, su triunfo era seguro, y si huía, ¿qué gaucho iba a ser tan baquiano para dar con el rastro de aquel hombre, que llevaba en su imaginación el plano de la República, y en él señalados los montes más espesos en que poder guarecerse, las picadas más recónditas que le daban acceso fácil, cuando sus perseguidores creían tenerle cercado, y las grutas talladas por la naturaleza en las rocas vivas de la sierra, para que pernocte, sin ser hallados jamás, los matreros y los bandidos temorosos de la justicia? Y él nunca equivocaba los rumbos, sucediendo que mientras sus enemigos estaban seguros de haberle cortado la retirada, aparecía, de repente, muchas leguas atrás, peleando con una partida que había sorprendido durmiendo al calor de los fogones.

Pedí que me presentaran a él, pues deseaba conocerle personalmente, atraído por la leyenda de sus

hazañas y por mi aficion a estudiar estos ejemplares de una raza extinguida, que confunde la observación común, creyendo que todos se parecen, sin pensar que el valor temerario tiene sus manifestaciones distintas, y es sublime o vulgar, según el corazón de los heroes Ya estaba muy enfermo, pues le costaba mantenerse en pie, resistiendose sin embargo, a guardar cama Su cara aindiada había tomado un color cetrino, y sus ojos brillaban con sigular fulgor, como si en ellos se hubiera guarecido la poca vida que le quedaba En los últimos dias, se afanaba en hacer cuidar su viejo lobuno, veterano como él, con más jeroglificos en los costillares que un zocalo egipcio Le tenia atado próximo al rancho por largo maneador de trenza

Allí cerca, en el monte, pululaba el *matreraje*, pues la guerra había vuelto a talar los campos Conocía muy bien aquello la tapera negreando en la loma llenandose de ortigas, con la puerta de cuero volcada, el rastrojo amarilleando a lo lejos, ni un pedazo de tierra arada manchando la llanura, ni un vacuno pastando en los bajos, las mangueras destruídas, desmoronados los tajamares, por todas partes la esterilidad y el abandono

Le encontre sentado en un banco de madera lustrado por el uso, colocado en el patio a la puerta de la cocina Era una mañana de otoño, algo fresca, pero la luz inundaba las cumbres y las laderas, irradiando en las briznas de las parvas, y en los remansos tranquilos, como si les hubieran dado pinceladas de oro Después de atar nuestros caballos en el palenque, nos acercamos a saludarle Mi compañero me presentó a él diciendo

—Coronel, el señor es un pueblero que tenia ganas de tratarlo, por saber si era de carne como nosotros

Se quiso levantar pero no pudo y me estrecho la mano debilmente, diciendome

—Disculpe, amigo si no me paro, pero este mal endiablao, me tiene medio culeco

Se mostro un poco reservado al principio de la conversación, pero despues, hablo sin reticencias, contandonos anecdotas de su vida silvestre

—Y aura ¿qui hace?—le pregunto mi acompañante

—¿Que quiere que haga? Aguaitar los dias lindos, pa salir al patio a calentarme los guesos El sol, como dicen, es el poncho de los pobres

Desde mi asiento examinaba el fondo del cuadro Un perro lanudo tomaba tambien el solcito Se conocia que era muy viejo, porque le blanqueaba el hocico y al abrir la boca para bostezar, mostraba los colmillos gastados En aquella casa no habia nada que no estuviera pasado de uso los dueños, el rancho el perro y hasta el asistente, un paisano cambueta de cara redonda, tatuada por los chirlos, con un corpachón sanchesco, desarrollado tanto en longitud como en latitud, de cuyos extremos le salian los brazos, semejando patas de tortuga

Cebaba el cimarron para su jefe, sin cansarse, como en las batallas, donde mataba automáticamente, con cuerda para muchas horas En las casas no podía evitar la impulsion del brazo, que se le iba muy a menudo dedicandose para despuntar el vicio, a la degollación y desuello de los santos corderos, sin que nadie le aventajara en hacer una sangria operación que siempre le salia algo grande, impelido por la

costumbre de cortar de abajo a arriba de una sola cuchillada

En cuanto coligió que eramos visitas se vino derecho a nosotros, apuntándonos con el mate, con una cara de risa que parecia el sol caricaturado, y allí no mas, mientras mi compañero succionaba en la bombilla de hojalata, el se cuadro, a su modo, levantando a la altura de la frente la manaza cuarteada como piel de lagarto

—Pues amigo, como l'iba diciendo, —continuo el coronel, dirigiendose a mi—, esta perra enfermeda me ha puesto maceta y hay dias en que me quedo en el banco como clavao Es una disgracia pa un hombre como yo, vivir a estaca lo mesmo que guey maicero

Trate de darle esperanza, diciendole que pronto se curaria Él me miro sonriendo pero con una risa tan rara, que si alguna vez tenia que llorar, lo cual era muy dificil, se reiria seguramente de esa manera

—No, amigazo —agrego— aunque me retoben de nuevo será pu ajuera, porque adentro el rancho está carunchao y aura vivo por milagro, hasta que Dios quiera cortarme el lazo

Luego, como si su enfermedad no fuera su principal preocupacion, me pregunto

—¿Y qué mienten por el pueblo, de la regulución?

—Alla —le conteste— creen que usted tomara parte en ella y que espera solamente que salgan todos sus hombres de los ranchos para capitanearlos Sin embargo, algunos diarios afirman que usted se quedara en su casa porque esta enfermo

—Aunque no estuviera, amigo ¿Qué quiere que yo haga en el campamento, si en estas peleas de aura

no hay entreveros, si el remitón es el que canta y la lanza es un estrumento que ya no mata? Y vea, si no, cuñao —continuó, encarandose con mi presentador— pasan pu aquí los soldados del gobierno, persiguiendo al enemigo, que es una lastima, escuadrones de maturrangos que disparan los jusiles, acostaos, a más de treinta cuadras, y se esconden como mulitas, detrás de las piedras, de miedo a que les aujereen el pellejo

Comprendi el despecho del hombre y me imagine lo que opinaría de los cañones modernos, el inventor de la catapulta Haces bien, pobre caudillo —pense — en no abrigar ilusiones ya sobre el poder de tus armas favoritas Los criollos saben mejor que tú, que las boleadoras no sirven ni para cazar avestruces, y que las lanzas, temibles elementos de guerra en otros tiempos, hoy son casi un símbolo de paz, sosteniendo las banderas blancas y azules que aletean acariciando las astas, como viejas compañeras de gloria

Viéndole fatigado, nos levantamos para despedirnos Yo le apreté la mano, diciendole

—Hasta pronto, coronel

Él volvió a sonreirse como al principio, pues demasiado sabía que aquello era realmente una despedida Intentó pararse haciendo un esfuerzo, como quien desencaja raíces, y logro dar un paso inseguro, vacilante, lo mismo que si caminara con zancos, no pudo mantenerse en pie y otra vez se sento, resignado, dándose por satisfecho con sentir el calor de aquel buen sol que reverberaba en los caminos resecos y que obraba en los tejidos musculares de su cuerpo, como una inyección hipodérmica de vida La vieja, salio al patio a despedirnos, y el asistente, con el mate casi perdido en el hueco insondable de su

mano izquierda —pues no se veía de el más que la bombilla— se creyó en el deber de cuadrarse, sonriendo, como de costumbre, mostrando la recia dentadura de indio crudo, amarillenta como buen mascador de tabaco El perro se había despertado y rezongaba en un rincon, quien sabe que amenaza, la mujer lo espanto, para que no atropellara nuestros caballos, mordiéndoles los garrones, y partimos a galope tendido Ya lejos, dimos vuelta la cabeza el caudillo seguia sentado, solo, como tigre enfermo, que mira el desierto a un paso, desde la jaula en que está prisionero

Poco despues me dieron noticia de su muerte Su vida había librado una batalla para extinguirse ¡Estaba tan arraigada en aquel cuerpo musculoso! La enfermedad, ya muy avanzada, le había reducido a un estado de consunción deplorable pues no podia tomar alimentos Su mujer le encontro una tarde caido junto al banco en que siempre se sentaba Estaba casi frio y tenía las manos crispadas Le llevaron a la cama y parecio reanimarse, pero pronto se convencieron todos de que aquello concluia Vivió algunos dias más En el ultimo paso una cosa extraña le creían muerto, y se preparaban a vestirle, cuando de pronto le vieron incorporarse y estirar el brazo, casi rígido con los ojos abiertos e inmoviles las mandíbulas apretadas y los dientes al descubierto Parecía que su pensamiento volaba tras una vision que debía ser muy poderosa para mover aquella ruina En el silencio que el espanto produjo, se escucho el eco lejano de una marcha de clarines y apagados redobles de tambores, probablemente era gente armada que

desfilaba del otro lado de la sierra El caudillo permanecio asi y algunos notaron que hablo algo, pero la frase no fue comprendida Cuando quisieron acostarle, no pudieron Estaba agarrotado en aquella posición, como la estatua de un guerrero que llevara sus huestes al combate, señalándoles el lugar de la victoria

# VOLÁTIL

El dueño de casa, —un paisano amable y obsequioso, que a cada instante me decía, mirándome fijamente, como para que no dudara de su buena voluntad ¿Se le ofrece algo, amigo? y después sonriendo pida sin vergüenza— nos ayudaba en la tarea de preparar nuestra excursión cinegética del día siguiente, a la costa del Rosario, en el paraje donde este arroyo caudaloso, de impetuosa correntada, se junta con el Río de la Plata, en cuyo seno cae rebotando desde unas peñas, produciendo un chisperío de gotas irisadas, al sol intenso que inunda la comarca, semejando la fragua en que los genios marinos golpearan el hierro de sus tridentes Mis compañeros de cacería, subordinados por influencia natural a mi voluntad, como autoridad en la materia, me dejaban hacer y ordenar a mi antojo El capataz de la estancia, un gaucho de mirada perspicaz, era nuestro guía, porque había que galopar largo y tendido y cruzar la sierra de Mal Abrigo, nombre extraño que preocupaba mucho a mi buen amigo Modesto Góngora, —poeta de veinte años del género decadente, como él mismo se titulaba—, con una imaginación en la que los matices y las ideas se habían revuelto de

tal modo, que no parecía sino que este muchacho doraba a fuego las palabras, dejándolas brillantes, como si las hubiera dado un esmalte diabólico

Pero el que me intrigaba de veras era don Floro García, paisano socarrón, gran fumador de cigarrillos negros, siempre sonriente, con una sonrisa irónica, que le arrugaba la nariz y le entornaba los parpados ¡Vaya un gaucho alegre! Contrastaba con el capataz don Goyo, serio, reservado, y cuya conversacion parecia salir medida y pesada, como si sometiera sus ideas al fiel de una balanza interna Tambien iba con nosotros un paisanito bien plantado que parecia vivir enamorado de su guitarra y de su caballo, un picazo algo cebruno a causa de la intemperie, de cuello elegante, finos jarretes, crin tusada, y cola abundosa, bien ensillado, con un *apero* flamante de cuero *crudo* adornado con virolas y pasadores de platina Pero la peculiaridad del mozo no consistía ni en su lindo caballo, ni en sus ojos azules, ni en el aspecto romantico de toda su persona, se le tenía por *payador* y al decir del paisanaje, el muchacho iba a dar cola y luz al *mesmo* Vega, el cantor de las llanuras, el que supo interpretar la musica religiosa de los crepúsculos pampeanos Entretanto, la esposa del dueño de casa activa infatigable, revolvia los armarios y alacenas, sacando de ellos los utensilios, que necesitábamos, porque el gaucho, con el cuchillo y un buen costillar está contento, pero nosotros los *puebleros*, acostumbrados a las cosas superfluas, exigíamos otras comodidades Sobre la mesa de pino, formaban pirámides los *salames* y las cajas de sardinas y *mortadella*, mezcladas con las botellas de vino, el pan casero y las imprescindibles cantimploras Pronto estuvieron listas las maletas, unas conteniendo los manjares, y

otras, los cartuchos para las escopetas, que ya armadas y limpias, se veían en un rincón del rancho, y junto a ellas, los perros, descansando con las cabezas entre las patas, vigilantes, esperando el momento de la partida, para salir delante de nosotros a correr vertiginosamente por los caminos, olfateando los pastos húmedos y perdiéndose en los cardales, donde al ruido, vuelan las palomas torcaces, todavía entumecidas por el frío de las mañanas

¡Una cacería de martinetas! Para un aficionado de ley ¿hay nada mas emocionante? Era la primera vez que iba a cazar estas hermosas y suculentas aves Ya estaba cansado de matar perdices chicas, del movimiento mecánico de su volido, en línea recta, de blanco seguro ¿Patos? No hay caza mas simple y vulgar Todo se reduce a tener paciencia, buenas botas y saber pisar en los albardones, evitando el agua Han caído a los tiros de mi escopeta, desde el picazo de cresta roja, hasta el blanco, de alas tornasoladas, raro ejemplar que nada aguas adentro, en los parajes mas agrestes, oculto en las lagunas de altas barrancas, circundadas por tupidos juncales Antiguos conocidos son tambien las becacinas, los chorlos reales, los batitús y toda la chusma volatil de los esteros o de los montes ¡Solamente no había cazado martinetas! Mi ansiedad era, pues, natural Por eso, aún no había amanecido cuando ya estaba levantado, observando el cielo que a esa hora aparecía limpio de nubes, profundamente obscuro, floreciendo chispas, como decía mi amigo Gongora La madrugada se presentaba fresca No había viento, pero la brisa invernal cristalizaba el trébol y endurecía las espinas de las *cepas de caballo,* que crecían lozanas junto a las soleras del rancho, enredadas como melena hirsuta

Pero nada me arredraba y salí al patio a golpear puertas para despertar a la gente, haciendo un ruido tan grande, que hasta los *teru-terus* del bañado empezaron a dar gritos estridentes El que me dio trabajo fue el poeta decadente ¡Qué modo de dormir! Le sacudia, le zamarreaba y seguía roncando Probablemente estaba componiendo en sueños "La canción auroral de los trópicos" o cosa así Pero al fin se desperto con una cara de espanto que daba risa Otra empresa formidable fue la de ensillar Por más que se arregle el día antes, siempre queda algo por hacer en el ultimo momento Mi peón, un hijo del chacarero, cazador de nutrias y pescador de anguilas, no encontraba el freno El pobre Laurencio, con su facha de tano que se había *boliao*, como decía el capataz, pues no acertaba en el arreglo de las pilchas y en balde le gritaba don Floro —Movete, che, que pareces la dona inmovile El aludido, ofuscado por las chanzas, erraba las lazadas y no podia apretar bien los nudos de las garras que le servían de riendas Gracias a una *manito* que le echó un paisano, pudo terminar su guerra con los tientos, y logramos despues ponernos en camino, al trote, enfilados, arrojando humo por boca y narices, silenciosos, con las manos escondidas en los pliegues de los ponchos A ratos, las escopetas sonaban al chocar en los recados, y los perros aparecían y desaparecian dando carreras, contentos al *pensar* (me remito a Alle Martín) en la *carga* que iban a llevar a sus enemigas las perdices El camino ondulaba y se perdía a la izquierda, apenas visible en medio de las sombras, cuando al dar vuelta un recodo, nos encontramos enfrente de la sierra Empezaba a aclarar Era una de esas mañanas de invierno,

tantas veces descriptas y pintadas, pero siempre diferentes Alba triste, porque el frío hacía enmudecer al coro de cantores y la selva parecía deshabitada Solamente se oía, a la distancia, el rumor del agua golpeando en los troncos de los sarandíes centenarios Nos internamos en la sierra por una senda angosta, poblada de espinas de la cruz Subimos, bajamos, volvimos a subir, a dar vueltas y revueltas Tan pronto nos encontrabamos sobre un pico desde donde se divisaba la inmensa llanura, aún velada por la bruma matinal, como descendiamos a la ladera encajonándonos entre dos murallas formadas por rocas salientes, que dejaban al descubierto alla arriba, un retazo de cielo, con media docena de estrellas, casi desvanecidas en la luz naciente, y un pedazo de nube *drapeada* de rosa La marcha fue lenta y fatigosa Por fin, llegamos a la falda y entramos de lleno al camino amplio, a la luz plena que inundaba los campos y resplandecia en los anchos tajamares

—Que tal, amigo Gongora que me cuenta del paisaje, —dije al poeta, cuya cabalgadura sofrenada, levantaba la cabeza, y galopaba fuertemente, haciendo saltar al jinete

Me contestó en verso

*Ya se pierde, ya se pierde la legión de niveas garzas*
*Ya se ocultan presurosas, sin herirse entre las zarzas*

Mire hacia el arroyo y sólo vi a un misero biguá, que pescaba muy campante en un remanso El payador pegó la sentada y se quedó contemplando impertinentemente al poeta, como si tratara de penetrar sus intenciones Decididamente, detras del pareado,

había algo que él no comprendía. Don Floro, por su parte, le observaba curiosamente, con su eterna y punzante sonrisa. Apuré la marcha y todos hicieron lo mismo. Al mucho tiempo, llegamos a nuestro destino. Allí estaba el Rosario, rugiente, ostentando sus márgenes frondosas, y como a una legua, el Plata con su playa de arenas doradas, desiertas y brillantes. Los chircales se extendían hasta el monte, y los pajonales amarilleaban, cubriendo parte del estero. En la arena, arraigaba una vegetación enana y descolorida resaltando el verde obscuro de aquel monte lujurioso en cuyo seno prosperan las trepadoras y viven los seres huraños, predilectos de la sombra.

Nos apeamos, arreglamos las escopetas, nos pusimos los morrales, llamamos a los perros que retozaban a nuestro alrededor y dejamos los caballos al cuidado de los peones. ¡Qué alegría me andaba por dentro!

Allí cerca, el perro empezó a rastrear, empeñosamente.

—¡Milord, despacio!

Parecía no oirme y seguía olfateando, con la cabeza levantada, resollando apenas, andando con lentitud, deteniéndose en ocasiones, corriendo a veces precipitadamente, para volver a pararse. Yo seguía tranquilo, sin temor de que se le escapara la pieza. De pronto se quedó inmóvil, como clavado en el suelo, con el cuello estirado, la cola erecta y la pata izquierda encogida.

—¡Busca, Milord!

Tuve que tocarlo con la punta del pie. Avanzó un poco y sentí entonces el ruido de las alas. No disparé. Era una perdiz chica. ¡Animal insignificante, que no

vale un cartucho! En esto llego don Goyo a caballo, y de lejos le pregunte

—¿Qué hay, amigo?

—Hay, que aquí no va a encontrar perdices grandes

—¿En donde, pues?

—Allí, en el chircal, —me dijo, apuntando con el dedo

—Pero eso es muy alto

—No importa, allí están

Dudando, me dirigí a ese lado del potrero, y apenas había llegado a la orilla, cuando el perro rastreó de nuevo Pero esta vez bien se conocía, por su modo de olfatear, que había algo extraño

Cautelosamente se deslizo, sin rozar las chircas se estiró, hasta me parece que se le alargo el hocico ¡Qué emoción experimentaba yo! Me detuve a ver si me tranquilizaba, pero no pude conseguirlo Empuje al perro, y de entre un matorral vi salir un bulto, casi en línea vertical haciendo un ruido formidable ¡Qué volido estrepitoso! ¿Apunte? Me parece que no, al menos, no lo recuerdo bien Creo que hasta se me escapó el tiro, pero la pieza cayo a dos metros de distancia, muerta bien muerta ¡Soberbio! La martineta colgaba, apretada entre las fauces del perro Tenía el cráneo destrozado La tome por una ala y extendió la otra Era grande, enorme y pesada Mire a todos lados y solo vi a mi peon, que venia corriendo

—Agarra, — le dije orgullosamente

El muy cretino guardo la pieza con indiferencia

Así es el mundo

Entonces, volví a la carga, más tranquilo, posesionado de mi misión exterminadora, y empecé a matar perdices grandes, hasta cansarme. Cuando hube dado la vuelta, me encontré con mis compañeros, que también habían cazado algo. El poeta perdido en el chircal, hacía una guerrilla espantosa. ¡Qué modo de tirar! Parecía un ejercicio de fuego. Al rato se presentó. Venía rojo por la fatiga, acribillado de abrojos. Todos dirigimos la mirada a su morral. Verdeaba entre las mallas un pichón de cotorra y una lechuza herida, que revolvía los ojos amarillos y se prendía a los hilos, apretando las garras.

Don Floro trató de felicitarle.

El poeta se excusó, diciendo que sin perro no podía cazar nada.

—Pero amigo, —le dije—, su caza es simbólica.

—¿Cómo?

—Es claro, pues. En el morral tiene usted dos consonantes decadentes.

—Y le ha costao cazarlos, —dijo el payador.

El poeta le miró desdeñosamente contestándole:

—Lo desafío a quien los *cace* con más facilidad.

Yo intervine:

—Amigo, —le dije al payador—. ¿Usted no sabe, que el diccionario de la rima es un potrero reservado, donde están los consonantes en *rodeo*?

—¿El señor entonces, —dijo señalando a Góngora—, los agarra a lazo?

—En eso, me diferencio de usted, —replicó el poeta.

—¿En qué?

—En que usted los *agarra* de la pata.

Nos reímos con circunspección, para no herir susceptibilidades.

Cerca del monte subía una columna de humo Era el costillar que se asaba a fuego lento Solo entonces noté que tenía apetito ¡Lo que es el entusiasmo!

De repente, sonó un tiro a quemarropa

Sorprendidos por la detonación miramos a todos lados y vimos que la escopeta de Góngora echaba humo, una escopeta de calibre doce, cuyo estruendo era ensordecedor El poeta arrojó el arma y corrió, volviendo pocos momentos después con una martineta, viva aún No dijo nada Reventaba de orgullo La tiró al montón donde estaban las otras y recogió su escopeta tranquilamente

El payador y don Floro se miraban riendo

—¿De qué se ríen? —les pregunté algo intrigado

—De nada, —dijo el payador—, es que el señor —y señaló a don Floro— puso una perdiz herida entre las matas y es la mesma que ha casao don Modesto

# LA TAPERA

El ejército acampó al anochecer en la falda de la sierra La gente, rendida por las marchas y contramarchas, apenas vibró el toque de clarín deseado, experimento inusitada alegría y de todas partes surgieron rumores de risas y conversaciones Un día entero de trote y galope a través de las llanuras, internándose en los montes inextricables, atravesando las picadas y los pasos de los grandes arroyos en persecucion de aquellos revolucionarios que se desvanecian como soldados-fantasmas, no dejando otras señales de su existencia que los humeantes fogones y la carne soasada, que no tuvieron tiempo de aprovechar, hostigados por el enemigo implacable, despues la lluvia que caía desde la madrugada,—lenta, como todas las lluvias largas—, les tenia maltrechos y calados Por eso, cuando se dio la orden de desensillar, los pobres milicos se apearon de un golpe torciendo los ponchos —que le pesaban enormemente sobre las espaldas—, de cuyos extremos chorreaba el turbio líquido coloreado por el tinte de la baveta Los caballos ávidos de hierba fresca y jugosa, sacudieron las crines al sentirse libertados de las cinchas y las caronas, echando vapor al quitarles las bajeras, embarradas las co-

las, sumidos los ijares. Algunos se revolcaron sobre el trébol entre cuyos tallos el agua resplandecía, otros permanecieron inmoviles, con las cabezas gachas y lánguidos los ojos, aplastados por la debilidad y el trabajo, y no eran pocos los que devoraban el pasto, arrancándole de raíz con feroces dentelladas. En la penumbra, se percibio el resplandor de los fogones un llamear rojo, vacilante, que se extendía como un collar de fuego, rodeando la garganta de la sierra. Pronto el humo de la leña mojada se esparcio como una inmensa nube gris que flotaba sobre el campamento, llenando hasta los intersticios de las rocas. Era un ejercito disciplinado a la antigua usanza, compuesto por elementos de todas las cataduras, en su mayor parte paisanos arrancados a viva fuerza del hogar, chacareros refractarios a la milicia, y objeto de constante vigilancia, sometidos aparentemente a su destino, pero siempre en acechanza del momento oportuno para huir hacia el monte o en direccion al *pago* a fin de ver, aunque por breves instantes, a sus familias, terminando por ocultarse en sitios seguros a donde no pudiera llegar el olfato de los cazadores de hombres.

Entre los más perseguidos, se hallaba Nazario Zerpa, gaucho joven, de aspecto agradable, de alta estatura y bien conformado. Sus cabellos obscuros y lacios y su barba puntiaguda le daban el aire de un pueblero en traje de campo. Era nervioso y resuelto, a pesar de la expresión melancolica de sus ojos. Hacía un año que se había casado cuando estallo la revolucion. Poseía un pedazo de campo, media suerte y alguna hacienda mestiza. Él mismo construyó el rancho en que habitaba y alambro la chacra. Su compañera, una excelente muchacha, muy simpática y

activa, le ayudaba en la formación de aquel nido, realmente feliz, porque ambos se querían y además ninguno de los dos era ambicioso ¿Qué otra cosa podrían desear si ya lo tenían todo? El amor y el bienestar idealizan la vida, cuando menos suavizan sus asperezas, y Nazario, fortalecido por su dicha, no tuvo jamás temor al trabajo porque sabía que su afán encontraría suficiente recompensa Aquella linda criolla no conocía el refinamiento de las caricias pero ¿quién podrá sostener que el oro deja de ser un metal precioso porque no se ha purificado en el crisol? Era huerfana, nacida en parajes muy lejanos Nazario la conoció en casa de una parienta a cuyo lado se crió desde niña, y se unió a ella, trayendola a sus pagos Tenían un hijo, complemento o acaso plenitud de su alegría Pronto, las mentas de aquel matrimonio dichoso, se difundieron, y la prosperidad de que disfrutaban, no dejó de incomodar a mas de un vecino envidioso, porque aunque los ranchos esten separados por muchas leguas, el gaucho sabe lo que pasa en cada uno de ellos

Mientras los soldados elegían los mejores lugares para resguardarse de la lluvia, Nazario permaneció al abrigo de un peñasco indiferente a todo, porque se hallaba tan desalentado que no se preocupaba ya de atenuar las contrariedades de su vida Su obsesion permanente, era volver al rancho, atacado del mal de la querencia Había desertado dos veces sin exito, pues le alcanzaron en mitad del camino aplicándole despues humillantes castigos, que sufrió, rechinando los dientes, transformado en una bestia salvaje De su mujer nada sabía Hacía un año que lo habían separado de ella y solo tuvo noticias por intermedio de

un "bombero" que pasó cerca de su estancia El ejercito se alejo a mas de treinta y cinco leguas del paraje, y era locura, según su expresion, hacer indagaciones al respecto

Bajo la fina lluvia de aquel crepusculo invernal, sus tristezas aumentaron, y el cuadro de su felicidad interrumpida, se revelo distintamente en su memoria Recordo la consternacion de su mujer y el llanto de su hijo, cuando le obligaron a marchar, montándole violentamente en el caballo, arreandole, como si fuera un malvado, a él que no tenia ni opiniones politicas Pero lo primero que hizo el coronel Maya caudillejo local, torpe y vengativo apenas le dieron mando, fue sacarle de su casa "pa que sirviese a la causa como tuitos"

—Se ha creido este gaucho, —decía—, que porque está enrialao va a andar cuerpeándole al peligro? Lo he de crestiar en cuanto hinche el lomo

Nazario, aunque comprendio la inutilidad de toda resistencia, se dispuso a no entregarse, diciendo

—Al que me toque, le vi a hacer un ojal en el cuero, pa que sepan respetar al hombre de trabajo Uste coronel, lo que quiere son mis vacas Puede llevárselas, no ande con tantos rodeos pa cumplir sus mañas

No habia concluído de hablar cuando se sintio apretado por la espalda y atado codo con codo, luego lo treparon en el caballo y el sargento Nemesio Nieves, un gaucho de cara felina deformada por los tajos, tomo las riendas y arrastro al animal, llevándole de tiro, mientras un soldado le aplicaba rebencazos en las ancas Al bajar la cuesta, Nazario miró hacia atrás, y vio a su pobre mujer llorando y abra-

zada al pequeñuelo Un dolor infinito que no pudo reprimir, humedecio sus ojos, y lloro también, como hombre, ahogando los gemidos, aunque sin ocultar su desesperacion y su rabia Maya, profiriendo amenazas, mandó a su gente que le siguiera y cruzo el campo al galope tendido, cortando los alambres que se le oponían al paso, buscando su incorporacion al ejercito

Despues de varios dias de marcha, dio orden de desatar al preso, colocándole en medio del escuadron para que no se escapase, pero esta medida no dio resultado, porque una mañana, al pasar el río Negro, un grupo revolucionario sorprendió a la columna, la que viendose atacada tan inesperadamente, se disperso en todas direcciones Zerpa aprovecho la ocasion y se dirigio al monte En el se quedo durante algunas horas, y cuando llego la noche salio de su escondrijo sigilosamente, pero antes de aclarar se encontro con algunos dispersos Reconocieronle en seguida y le prendieron El capitanejo del piquete le apostrofo, escarneciendole con palabras hirientes, haciendo mofa de su amor a la familia y para divertir a la soldadesca, le dijo riendose

—No pene tanto, amigazo, por su china porque si es fiel ha de estar con otro

Zerpa, dominando la algazara que produjo la broma, grito indignado

—Miente trompeta Mi mujer no es rejugada como la suya

Este acto de rebelion estimuló la oficiosidad del gauchaje, pronta a manifestarse en favor del jefe, y el prisionero fue agredido a planchazos

En otra ocasion, durante un "entrevero" mientras los soldados lanceaban y eran lanceados, Zerpa dis-

paro a la vista de todos, pero como no le quitaban los ojos de encima, le hicieron volver cara obligándole a que pelease contra su voluntad, a ver si así le mataban. De ese modo no daría más trabajo. Él, completamente descorazonado, al ver frustrado su intento, seguro de que aquellos desalmados no le dejarían nunca libre, atropelló, poniendo su cuerpo al alcance de las puntas y de los filos, deseando morir cuanto antes, pues creía que solo de esa manera podría substraerse a su interminable agonía. Pero, aunque se obstinó, las medias lunas le respetaron, y apenas sacó de la refriega algunas heridas leves y desgarrones en las ropas.

—Dios quiere que siga sufriendo, —exclamó—, hasta que yo mesmo me corte el ñudo. ¡Suerte perra!

Para aquella gente, que guerreaba por inclinación de temperamento o por hábito más que por amor a la divisa partidaria, el gauchito desertor era un renegao de la patria, indigno de toda consideración, y hasta le tenían por cobarde, porque no le habían visto acometer ninguna empresa arriesgada, y por el contrario únicamente tomaba parte en la lucha, cuando ellos le impelían, envolviéndole en las cargas, cuando los lanceros cruzaban raudos el campo de pelea, estremeciéndolo con el tropel de sus bridones y haciendo flamear las banderolas fuertemente prendidas a las astas. Solo así él, aflojaba las riendas, sin temor a la muerte, y sin ánimo de herir a nadie, traído y llevado en el turbión de jinetes, como un gajo marchito que arrastra la corriente impetuosa, sin poder oponerse a la ley fatal que le empuja. El general en jefe del ejército, un militar ignorante, con fama de *guapo,* gordo, petizo, semipaisano, a quien

Nazario se presentó un día, protestando del mal trato que le daban, contestóle en breves palabras

—No me venga con quejas Uste mesmo tiene la culpa, porque anda siempre retobao y mascando el freno

¡Que responder! Comprendía que su reputación de mal soldado se había extendido como si el pretendiera sentar plaza de milico, como si lo que quería, lo que era un sueño de todas las horas, no fuese regresar a su rancho, como si lo que buscara fueran glorias militares, ni nombre de valiente! Su familia, su pedazo de tierra labrada, eran parte constitutiva de su felicidad, y hasta que su deseo no se realizase no habría resolución bastante poderosa para dominar los impulsos de su corazón y para doblegar su voluntad de hierro Sabía que se le consideraba como un elemento perturbador en el seno de aquel montón humano, que estaba unido por el vínculo de sus tendencias destructoras movido por el afán de matar, blandos al capricho del caudillejo que les mandaba con imperio y que les había despojado de todo sentimiento, de toda afición a la vida del hogar y del trabajo Enhorabuena que practicaran lo que se les antojase, pero ¿por que le habían de imponer a el el gusto de los otros? No quería servir a nadie, para eso era hombre libre Estaba resuelto a que su situación cambiara, y a pesar de todo, se desertaría nuevamente, aunque le matasen en el camino, cosa que harían, sin duda, porque el jefe se lo había advertido, y era un tigre que no perdonaba

Dominado por estas ideas cuando el ejército se detuvo para acampar, experimentó profundo desconsuelo, porque se hizo cargo de la inmensa distancia que le separaba de su choza Además la lluvia que

continuaba cayendo y que probablemente seguiria, multiplicaba los obstáculos Los campos estaban inundados Los ríos y los arroyos crecidos, no darian paso y tendria que atravesarlos a nado, exponiendose a que la correntada le estrellase en los troncos de los árboles caidos Y mientras la gente preparaba el rancho y extendía los recados en los rincones mas secos de los altos pedregales, él proseguia meditando su plan de evasion El cabo de su compañia, un paisano conversador, para quien la guerra tenia atractivos irreemplazables, ya que como *entenao* de la fortuna no esperaba poseer otro bien que el campo raso, ni más ganado que las vacas ajenas, al tiempo de encender las charamuscas que amontonara entre el hueco de dos piedras, le dijo entre serio y alegre

—Mire, amigo Zerpa, hace mal en andar alzao Hay que agacharse a la suerte y estirarse hasta ande le llegan las cubijas ¿Se ha figurao que yo he sido siempre Juan sin Patria? Un tiempo jui como uste, pero el destino me guasquio de lo lindo, y aura he criao cáscara nueva Si en esta no me aujerean el pellejo, de juro me morire, pero siempre soldao

Nazario oia la retahila del cabo, sin poner mayor atención ¿Para que iba a replicar, si el otro no le entenderia? Se limito, pues, a decirle, por no ser descomedido

—¡Qué quiere, cabo, cada uno es como su madre lo ha hecho!

La lluvia habia disminuido un poco y el viento arreciaba, barriendo los densos nubarrones, y silbando en las aristas de las piedras que como bastiones en ruinas, llenaban los declives La humareda del campamento, se arremolineaba, desgarrandose en las ramas de los mataojos corpulentos A lo lejos, osci-

laba la luz de un fogón, recien encendido, y de un recodo de la cuchilla, venía un rumor permanente de agua, como si el caudal chocara al caer, en los *blocks* gigantescos de granito La noche era muy obscura, por cuyo motivo resultaba dificultoso el tránsito entre aquellas sendas, cubiertas de maraña, donde la espina de la cruz teje su red erizada de puas, y el musgo verdoso cubre totalmente las rocas Zerpa podria esconderse en alguna de aquellas grutas laberínticas, madrigueras de animales nocturnos, cuevas tenebrosas cuyas aberturas el conocia, apenas disimuladas por los matorrales hirsutos y ralos que arraigan en las grietas, entrelazados a la marcela dorada, enredados a las tunas raquíticas, pero su propósito no era ocultarse sino irse definitivamente Él sabia que un hombre podia pasar su vida entera pernoctando en las quebradas, en los antros de piedras grandes como casas, por entre cuyas gargantas el agua corre con el fragor de un torrente, a veces sin que nadie atine a saber por dónde se precipita ni en que lugar misterioso se halla la fuente de donde mana, pero el no era ni matrero, ni forajido Para quedarse allí, preferia seguir en el ejercito De modo que a eso de la media noche, cuando calculó que la soldadesca, vencida por el cansancio, dormía profundamente se levanto con cuidado y antes de moverse observo atentamente a su alrededor En la lobreguez de las sombras, su mirada no alcanzo a gran distancia, pero le parecio que por esa vez, sus cuidadores se habían olvidado de vigilarle Algunos fogones semiapagados, brillaban de vez en cuando en medio de la espesa obscuridad De un rancho distante llegaba el eco de un ladrido insistente y un caballo suelto relinchó a pocos pasos A su espalda se empinaba la inmensa mole de la sierra, al

parecer inaccesible, silenciosa como si estuviera deshabitada Una piedra colosal casi suspendida en el aire le produjo una impresion de frío, pues no sería extraño que el huracán la precipitase desde aquella altura despertando a todo el ejercito con el estrepito espantoso de su caída Al fin se movio con lentitud y piso la primera senda que penetraba en el corazón de las rocas Subio despacio tanteando escrupulosamente el camino, cuidando de no tropezar con un pedrusco Al dar vuelta un picacho, se quedo inmovil El viento pampero que soplaba con verdadero empuje, rugiendo como una fiera en los acantilados y en la boca de los precipicios, entreabrio en ese instante el toldo de nubes, y la luz de la luna ilumino las rocas con un resplandor de fuego de Bengala Aquella aglomeracion de puntas, de cerros, de pedregales, tenía el aspecto de un vasto cementerio, cuyas lapidas habian caido dejando al descubierto los huecos de las tumbas vacías Los arbustos enanos proyectaban sombras alargadas, semejando pequeños fantasmas que arrastrasen sudarios andrajosos Instantáneamente desaparecio la claridad del satelite, y Zerpa se puso en movimiento Delante de el, creyo ver algunos bultos que huian y oyo el rumor de carreras precipitadas Su poncho se enredo en un gajo de laurel blanco y al desprenderse el cimbronazo espanto a un aguila que reposaba en su nido Sintio los recios aletazos al nivel de su cabeza, y volvio a tener miedo de que alguien pudiera sorprenderle En un recodo centelleaban las pupilas de un gato montes como dos ascuas en las tinieblas, mientras que a intervalos, cuando el pampero se calmaba, se oian aquellos ladridos que venían del rancho, como nuncio fatidico de inevitables infortunios Ya había caminado gran

trecho, cuando se detuvo otra vez. Casi tropezó con un hombre acostado en la senda angosta. Dio un pequeño rodeo y salvo el obstáculo. Agazapado detrás de unos matorrales se quedó un rato, para investigar la causa de un ruido y descubrio parte de la caballada encerrada en una meseta. Era lo que el buscaba, no habiendo equivocado el rumbo, pues bien habia presenciado la operacion del encierro mientras conversaba con el cabo. Allí, cerca de la mano, tenia un caballo, atado por el cabestro a una estaca clavada en una rajadura de la roca. Se deslizo y desató al animal acariciándole el lomo para no asustarle y le llevo consigo, haciendo milagros de patinacion sobre las hendiduras, sobre las pendientes, orientándose en aquellos lugares abruptos, cortados por barrancas o por desviaciones de las piedras removidas. Mas de dos horas empleó en esta cruenta jornada, hasta que al fin, casi vencido por la fatiga, llenas de punzaduras las carnes, cubierto de espinas, pudo llegar al otro lado de la sierra. Lo que se vio en la falda, sobre el pasto muelle y tupido, le pareció que se había salvado de una gran desgracia y cobró ánimo para seguir ejecutando su resolucion. Ahora debía galopar costeando la cuchilla, para volver a pasarla, dos o tres leguas mas arriba, y entonces, marcharia en direccion a su querencia, buscando los caminos menos transitados, internandose en los montes si le perseguian, porque esto tenia que suceder infaliblemente en cuanto notaran su ausencia. Monto a caballo, en pelo y sin riendas, haciendo un medio bocado del maneador para suplir al freno, y rumbio al tranco hasta pasar la sierra. En el camino no oyo otro ruido que el del viento sacudiendo las ramas y los cardales escuetos. El aullido de un zorro le parecio un grito humano,

al pasar un cañadon sintio el golpe de una nutria que se arrojaba desde la orilla, viendola despues nadar con el hocico fuera del agua en dirección a la barranca. Le tenían tan hostigado, que el rumor de las hojas, un aletazo, el chirrido de una lechuza, un choque cualquiera, le hacían palpitar el corazon aceleradamente. Tenia miedo, miedo cerval de ser descubierto. Ya habia galopado mas de diez leguas, cuando se paro de pronto para que su pingo resollara. No era propiamente la madrugada, porque aun las tinieblas imperaban sobre los campos, pero era esa hora indecisa entre la noche y el alba, en que la tenue claridad parece mancharse en la impureza de las sombras. Proximo a el se hallaba el rio Negro, y el fragor de la correntada le infundio un pavor invencible. ¿Como lo pasaria? Maquinalmente hizo andar al caballo, y al penetrar en el monte pareciole que la noche empezaba de nuevo. No obstante su apuro, quiso esperar un rato a fin de distinguir mejor la playa del vado. Un canelon centenario que había volcado el huracán, saltaba como un fragmento de corteza a los azotes del agua, y en torno de el se formaba un turbion de rabiosas espumas. Un bulto informe, que parecia un caballo muerto, paso rápidamente girando bajo la accion de un remolino, y en las margenes el agua entraba hasta la mitad del bosque, cubriendo los troncos de los arboles mas altos. A la derecha, en medio de la obscuridad, se veia un claro, como una calle entre el ramaje: era la boca de salida, por donde se filtraba escasamente el resplandor de la mañana.

En un arranque de impaciencia Nazario se arrojo al rio, perdiendo pie, pero el caballo era muy bueno, y aunque con grandes dificultades, logró salvar aque-

lla anchura hirviente, gracias a su baquía, saliendo por una picada distante del paso, pues la violencia de la masa líquida le empujó, desviándole de su ruta. Del otro lado, se olvidó del peligro en que estuvo y emprendió el galope, con el intento de llegar a su casa esa misma noche. Pero no había recorrido una legua, cuando al bajar una loma estuvo a punto de tropezar con una partida de lanceros que avanzaba al galope. Por el color de las banderolas, comprendió que aquellos hombres pertenecían a los montoneros, y como él llevaba puesto el traje de soldado del gobierno, retrocedió disparando. Los otros, al verle dar vuelta, le corrieron, y gracias al monte, que en aquel paraje formaba una ondulación, pudo salvarse escondiéndose en él. Sus perseguidores, burlados, emprendieron la marcha, y él, cuando les perdió de vista, salió del escondite, tratando de apresurarse para recobrar el tiempo perdido, pero de seguro, por más que se apresurase, no podría llegar antes de la madrugada. Entonces, sin poder explicárselo se sintió invadido por una tristeza indefinible. No tenía sino motivos para alegrarse porque a cada brazada de su flete el camino disminuía. Pero no lo podía remediar. De improviso, le asaltaron los recuerdos de otros días venturosos, y esto contribuyó a aumentar su melancolía. Necesariamente, estaba condenado a pasar una vida de perros, huyendo de la gente del gobierno y expuesto a morir en manos de los revoltosos.

—Soy un hombre disgraciao —dijo— pero hay que poner pecho al destino.

Y un acceso de coraje, le hizo apretar las riendas, porque cuando se desesperaba, le venían ganas de matar, como si de súbito, debilitados instintos de raza, se posesionaran de todo su ser. Luego, pasada la

cólera, pensó en que hacía un año que ignoraba la suerte de su mujer, de su hijo, de su pobre vivienda El estado de su ánimo, exacerbado por tantas contrariedades y disgustos, se manifestaba accesible a todas las impresiones Así, pasaba del enojo a la mansedumbre, de la esperanza a la perdida total de sus ilusiones, a medida que su pensamiento era optimista o se ennegrecia a fuerza de reflexiones y cavilosidades Junto al Yí, le sorprendió la tarde, una tarde brumosa sin un solo atractivo, pues ni el mismo campo ofrecía el aspecto alegre de otros dias, en que los pastizales ondulan como un mar de esmeraldas, y los chispazos del sol en las aristas del pedregal, desbordan una cascada de topacios, zafiros y rubies Cesaba de llover en ocasiones, para caer el agua con más fuerza en recios chubascos, en los parajes bajos la inundacion habia *ganado* campo afuera, y por casualidad se veía un vacuno, que el hambre echaba de la barranca, devorando aquel pasto mojado y sin jugo El cielo estaba totalmente encapotado y en las regiones bajas de la atmosfera se deslizaban nubarrones lívidos, como andrajos descoloridos por las lluvias El ancho río, menos temible que el Negro, corria con un rumor monotono, como si las espumas alborotadas, rezongaran amenazas incomprensibles, al ser disueltas en los raigones de las orillas El remanso, adormecido en los dias luminosos, ahora estaba convertido en un hervidero, porque en el entraban las ondas enloquecidas, sin poder serenarse Aún Nazario no habia llegado a la otra margen, cuando la noche cayo más negra que nunca

Su caballo empezaba a aflojar, cuando creyó reconocer la zona en que se hallaba su campo Era ella Allí, estaba la pulpería de lata, las mangueras casi

vacias y el ombu junto a la cocina, extendiendo sus raíces en el patio La emocion le ahogaba Mas allá, descubriria el rancho de don Juan el Zurdo, un vasco viejo, que vivia como ermitaño, sin otros amigos que su caballo y su perro Notó la ausencia de algunos ranchos y la presencia de otros de reciente construccion La luz difusa de un alba triste, empezó a clarear en el horizonte poblado de nubes Al dar vuelta por el camino real, se encontró con el alambrado de su estancia Éste se hallaba destruido en su mayor parte, quedando solamente los horcones Entro en su campo y de pronto se quedo perplejo, como si estuviese desorientado ¿Y su rancho? No le descubria en ninguna parte Allí donde creia encontrarle, solo habia un lienzo de pared, cubierto de ortigas y un monton de adobes desleídos por las lluvias Los cardales invadian todos los rincones, y el abrojal crecia soberano tapando los albardones de la chacra Al debil fulgor de la mañana, pudo observar el conmovedor espectaculo Se habia detenido junto a las ruinas, y a unos pasos, descubrio un mazo de totora y algunas tijeras quemadas Dudando aun, miro a su alrededor, y comprendio que aquel era el sitio donde estuvo su estancia Sintio un vertigo como si hubiera recibido un golpe en la cabeza, y necesito un gran rato, para tener otra vez conciencia de su infortunio ¿Que habia sucedido? Estaba anonadado y aunque lo deseaba, no acertaba a tomar una iniciativa Por ultimo, movio al caballo y partio, en una carrera vertiginosa Cuando se aproximó al rancho del vasco, se dio cuenta del objeto que le llevaba, se apeo y golpeo la puerta de la choza hasta que se la abrieron De boca de aquel extraño campesino, lo supo todo Una partida de revolucionarios habia atacado al rancho incendián-

dolo, y robando la poca hacienda que quedaba en los potreros. Su mujer y su hijo, sosprendidos por las llamas, no tuvieron tiempo de huir y perecieron. Esa era la historia. Zerpa experimentó desesperación, angustia y rabia. Silencioso, con el rostro alterado por el dolor, se dirigió a la tapera, resuelto a morir cerca de aquellas ruinas, que no eran sin embargo, tan lastimosas como las que tenía en el alma. Poco antes de apearse, oyó un tropel de caballos. Reconoció a los jinetes, pero ahora nada le importaba que vinieran. Que lo mataran. ¡Para qué iba a vivir! Sentado en los terrones esperó a sus enemigos implacables. No se dejaría llevar otra vez al ejército. Se resistiría para que le hiriesen. Si no lo hacían, les rogaría que lo ultimasen. Pero no tuvo que pedirles tanta conmiseración. Era desertor reincidente, y además, ladrón del parejero del general, de modo que en cuanto le vieron, le atropellaron, sin desmontarse, como si no mereciera el honor de ningún sacrificio. Él, ni se movió. En el instante de ser herido sus ojos estaban nublados por el llanto, y cuando cayó exánime, de espaldas, parecía que las lágrimas se le habían cristalizado en las mejillas.

## ÁNIMAS

Regresaba de un viaje al río Negro, distante unas veinte leguas del lugar en donde yo residía Era una tarde estival de calor sofocante Mi peon, un paisano viejo, muy conversador, alegre a menudo, buen campero, a pesar de su corpulencia y de su aficion a la haraganería, que había empezado a pronunciarse conjuntamente con su obesidad, victima principal de la alta temperatura, transpiraba copiosamente, lo mismo que el caballo que montaba, un tubiano sillon, maula, como todos los de su pelo Impasible a los rebencazos, el bruto parecia estar conforme con la suerte que el destino le habia deparado, que consistía en cargar permanentemente con el peso colosal de su dueño, y por eso, cada vez que el jinete hacia silbar la trenza en sus ancas, el mancarron bajaba la cabeza, como si quisiera significar que los palos no conseguirian modificar, en lo mínimo su heroica resolución, y si mucho le apuraban, aflojaba el paso y tropezaba intermitentemente, demostrando que había peligro en castigarle con tanto empeño Pero don Romualdo Trelles no se dejaba convencer por la elocuencia de su pingo, y en seguida de un tropezon, le pegaba un sofrenazo, levantándole las patas a una cuarta del

suelo, al mismo tiempo que le quemaba las orejas de un lonjazo Este trajin constante, aumentaba el sofocón del hombre, sin obtener ningún resultado, pues a pesar de todos los esfuerzos, no llegaba a aparearse a mi picazo, ligero, seguro de manos y blando de boca Para hacer menos aburrida la marcha, puse mi caballo al paso y empecé a conversar con mi acompañante, diciendole

—¿Se le cansó el tubiano, amigo?

Y él me contesto, visiblemente fatigado

—Es un rejugao que nunca sale del tranco, lo mesmo que si las patas, entre ellas, se pidieran permiso pa moverse

Y agregó en tono de convencimiento

—Mire, amigo, si los zotretas corriesen, este le daba cola y luz a cualquiera, porque a sinverguenza naide le gana

—¿Y por qué no lo echa al campo? —le pregunte

—No lo echo, —contestome— porque me ha acompañao muchos años y me lo regalo el finao mi padre, que si no hace tiempo que lo había acostao de un mangazo

Miré por curiosidad al matungo y confieso que le di la razón, porque a no dudarlo, entre cien tropillas, no habia lomo bastante resistente para soportar, sin protesta, el peso que éste llevaba encima Se necesitaba tener osamenta dura, para no cimbrarse y crujir bajo la presión de aquel bulto

—No lo castigue tanto, —dijele, impulsado por un sentimiento caritativo—, ¿no ve que de ese modo no va a tener caballo para llegar al pueblo?

—De tuitos modos, no llegaremos, —me contes-

to—, porque aurita no más se nos va a venir el tiempo malo y entuavia nos faltan diez leguas

Efectivamente, la tormenta se formalizaba, truenos sordos, como si detonasen en algún subterráneo, repecutían a la distancia, prolongando el estampido al pasar por las concavidades de la sierra

El sol poniente daba un color azufrado a las nubes, que se embolsaban y movían de un lado para otro, impelidas por el viento, que en las regiones superiores formaba verdaderos remolinos De subito, la obscuridad se condenso de tal modo, que se borraron los caminos, y el monte desapareció casi por completo, destacándose como una mancha sobre el fondo barroso del horizonte Las descargas electricas arreciaron, cayendo las primeras gotas, como si los negros vapores crepitasen al abrirse, derramando el liquido que guardaban en su seno A la luz de un relampago, divisamos la barranca por donde teníamos que pasar, pues el camino la cruzaba en un declive difícil Era como el grande alveo de un arroyo extinguido, solamente en lo más profundo, corria un hilo de agua, sin rumores por un lecho de guijarros Bajamos por la senda labrada entre las rocas, y volvimos a subir con trabajo, nuestros caballos tropezaban a cada instante temerosos de afirmar los cascos sin herraduras en aquel terreno escabroso El camino en esa parte trazaba una curva, orillando la falda de un cerro y cerca de éste, a la claridad difusa, pude ver que todo el promontorio estaba sembrado de cruces

—¿Que es esto? —pregunte a mi peon

—Un camposanto —me contesto

Era uno de esos cementerios que todavia se ven en algunos parajes de la campaña, donde los pobres paisanos hallan reposo bajo la misma tierra que tantas

veces hollaron, en sus marchas cotidianas a través de la inmensa llanura, realizándose lo que expresa el verso popular, impregnado de inocente poesia

*Entiérreme en campo verde*
*donde me pise el ganado*

Al fugitivo resplandor pude distinguir algunos cajones deshechos, asomando por los huecos de los pedregales, barridos por el viento, y arrojados fuera de su sitio La tempestad estallo entonces con toda su violencia, y la sombra tenia negruras caoticas La lluvia cayo sobre las piedras con rumor de granizo y en breve oimos el estrepito del agua que se desbordaba en la hendidura barrancosa Alzando la voz para sobrepasar el fragor de la tormenta, dije a mi guia, inclinándome a su oido

—¿Que hacemos don Romualdo?

—Podemos guarecernos aqui, —respondio—, hasta que pase el agua Yo conozco este paraje como a mis manos Alli en la puntita del cerro, hay una cueva, en la que pueden caber holgaos cuatro o cinco hombres Si ustc quiere, vamos a apiarnos y nos metemos dejando los mancarrones acollarados

No había mas remedio que tomar ese partido Yo tenía el poncho mojado y por el sombrero me caía en la cara un torrente, a pesar de haberle bajado las alas, de modo que, aunque no me halagaba mucho pernoctar en la cueva, que yo imaginaba un sepulcro vacio, allí nos introducimos agazapandonos, para no lastimarnos en las aristas La gruta era espaciosa, labrada en la roca viva, y el suelo estaba cubierto de resaca y de huesos vacunos Prendimos nuestros cigarros, y mientras afuera la lluvia golpeaba las piedras,

y los truenos recorrían toda la escala de los sonidos estridentes, don Romualdo, después de una pitada fuerte, que le alumbro el rostro humedecido y las barbas llenas de gotas me dijo

—Vea, este camposanto tiene una historia

—Cuentela, amigo, —le interrumpí, pensando que la tal historia, se reduciría a un cuento fantástico de confeccion silvestre

—Pues, —empezo el gaucho—, hace muchos años, cuando la Guerra Grande, habia por estos pagos un paisanito, que se metio a matrero Las gentes que le conocieron, dicen que era un guen hombre, aunque otros sostienen, que como forajido y malevo, no habia otro cristiano con quien hacer comparancia Creo que se llamaba, si no miento, Rudecindo Lares El caso es que el hombre tenía una china a quien quería con el alma, y un hijito, que era su vivo retrato, porque asigún cuentan, tanto ella, la china, como el gaucho eran dos mozos bien plantaos, su rancho, estaba aqui cerca, a la vera de la cuchilla, y eran más pobres que los lagartos, que se abrigan con el sol y no tienen más ropa que el cuero Gueno de juro, que si estaban cortaos de riales, de algo se habian de alimentar, y Lares, como en ese entonces no habian alambraos salia a correr campo, volviendo siempre con una vaca orejana por delante Las mentas de estos robos, se esparcieron por tuitas las rancherias y el paisanaje principio a orejiar y a vegilar los animales, pero al cuete porque el hombre era como bala pa refalar la hacienda ajena. A los criollos entuavía, no les hacia cavilar mucho el uñateo, pero los gringos no pudieron aguantarse y comenzaron a gritar, dando parte al consul de su nacion De suerte que la polecia agarro al mozo y lo metio preso Cuando lo

soltaron, como el hombre no olvida mañas, siguió haciendo de las suyas. Lo persiguieron, no dejandolo ni a sol ni a sombra. Por tuitos estos lugares, se veían partidas de milicos, que iban en persecucion del malevo. Pero cuando los soldaos creiban haberlo rodeao completamente, Lares salia disparando a tuito lo que daba su parejero, robao también, y les golpeaba la boca por burlarse de ellos. Sucedio que una noche, sabiendo que el pajaro estaba en el nido, el comisario atropelló el rancho y mientras la milicada apuñaleaba a la china y a su hijo, el de atrás cuando menos lo esperaban, les ataco, dejando mucha gente acostada, huyendo pal monte dispues. A los tres días, cuando coligio que naide lo aguaitaba enderezó p'al rancho ya medio tapera. Aquellos barbaros, ni siquiera habian enterrao a los dijuntos. Cargó a su mujer y al muchacho y los trajo aqui mesmo dándoles sepoltura. Dispues se hizo matrero. Peliaba con tuito el mundo y cualquier asesinato que cometian los otros, se lo achacaban a el. La autorida andaba como loca, atrás del alzao pero el se escurría como la luz mala. Aparecía en el poblao y el paisanaje se espantaba, en las pulperias no se hablaba de otra cosa que de sus hazañas, y aunque entonces, la regolución ardía, y los muertos no extrañaban a naide, este maldito cristiano, parecía que a tuitos los que mataba les dejaba su rúbrica pa que supiesen que él les habia quitao la vida. Asi, en cuanto encontraban un finao reyuno ya sabian que el facon de Lares había pasao por la oreja. El disgracio perseguido, si se atiende a las circunstancias, no era malo, que malo lo hicieron, los que dieron en corretearlo, porque si el robaba vacas, era por mantener su familia, que no iba a dejarla perecer de necesidad, y si

se alega que en vez de agarrar lo ajeno, debía trabajar pa comer, no salgan con esa plepa, porque hoy mesmo, no trabaja el que quiere sino el que puede, y el que no tiene padrino, es como entenao de la suerte.

Interrumpí al narrador, preguntándole:

—¿Y cómo conoce usted esos detalles, si estos sucesos acaecieron en época tan remota?

—¡Pero cómo no los vi a saber, —respondió— si no hay gaucho de po aquí, veinte leguas a la redonda, que no esté enterao de esta historia! Yo era charabón cuando la oí contar a mi agüelo, con tuitos los pelos y señales con que yo se la repito, y crea que es tan verdá, como que aura está cayendo agua del cielo, porque aunque yo no lo vi, mi padre me dijo que él mesmo lo presenció, como otros que entuavía viven en el pago.

—Siga, —le dije—, para cortar la digresión, que se iba haciendo larga.

—Gueno, —prosiguió Trelles— de tuitos los que ayudaron al comisario a matar a la china y a su hijo, no quedó uno solo pa remedio, y jueron desapareciendo tuitos. las chinas y los hijos. Al comisario, lo encontraron un día, con la panza verdiando entre una zanja, que a la cuenta, era esta mesma, que nosotros hemos pasao, y le faltaba una oreja, como a los otros que el matrero sacrificaba. De repente, con la muerte de sus dueños, se quemaban el monte, las pirvas y los ranchos y no quedaba animal que no saliera chamuscao de la fogata. Y tuito se lo achacaban al infeliz matrero. Pasó mucho tiempo, y ya se había dejao de mentar las peleas de Lares, cuando el vecindario, —como las ovejas, que donde va una van las demás—, le tomó gusto a la cuchillita, y a tuito el que se moría

lo enterraban en este sitio De modo que en pocos años, el cerro se lleno de cruces Pero sucedió una cosa extraña y jue, que los primeros dijuntos que sepultaban, a los pocos dias los encontraban desenterrados, y las sepolturas escarbadas como si hubiera una mano que lo hiciera por pura diversion pero no a todas les pasaba lo mesmo que las que encerraban los cuerpos de la china y el hijo de Lares esa, estaban corforme el matrero las habia dejao, de donde tuitos sacaron la consecuencia de que era el mesmo gaucho el autor de la fechoria En las rancherias dentró el miedo, y los mas guapos se amaularon Corrian historias de tuitas layas Decian que de noche, la china muerta por el comisario salia de su hoyo y arrastraba a los dijuntos echándolos a rodar barranca abajo, y estos cuentos se enrabaron autros sobre aparición de luces y quejidos de ánimas en penas, que imitaban el balido de los corderitos rezagaos pa que sus dueños juesen a campearlos, y si alguno, engañao con la aparencia se acercaba al pedregal, no salia nunca jamas de estos lugares ni se encontraba tampoco su osamenta como si se hubiera hundido en alguna cueva sin fondo

Y vea, —continuo Trelles—, lo que llamo en de veras la atencion hasta de la autorida, jue, que tuitos los años, justamente el dos de noviembre, que es el día de ánimas, dende la madrugada aparecia en la cruz hecha de dos gajos de coronilla y clavada en la tumba de la mujer y el hijo de Lares, una corona fresquita de claveles del aire y margaritas blancas El nuevo comisario, que tenia unas entrañas de cimarrón, y que habia estao juntando rabia, porque el matrero la gambeteaba de lo lindo, hizo guardia una noche entera, la víspera del dia de dijuntos, pa ver si

atrapaba al hombre, pero por más que espero, armao hasta los dientes, y acompañao de mucha milicada, que puso de centinela en tuitos los caminos, picadas y pasos, no vio ni rastros del matrero, pero eso sí, tempranito, como de costumbre, la corona estaba en su lugar, mas fresquita que nunca. De juro que aquello no era obra de alma viviente, sino de algún pantasma. El comisario, dispués que se le paso el miedo, juro que se había de vengar, y enfurecido, atropelló a la cruz y la rompio a machetazos, ordenando que naide pusiese ni un cascote en señal de lugar sagrao. Al cuete se empeño el hombre, pues por más que hizo, no consiguio ver nada, y aunque oyó muchos gritos, que al principio se parecian a balidos de oveja, cuando ponia atención le resultaban ladridos de perros, gritos de corujas o canto de chaja. En este afan se pasó otro año y el 1º del mes de noviembre, sin meter ruido y sin que naide supiera, consiguio reunir alguna gente de coraje como el, y se guarecieron en esta mesma cueva en que estamos nosotros, y los demas se escondieron entre esas piedras de pizarra que parecen techos. Aguardaron hasta muy dentrada la noche y cuando ya habían perdido la esperanza de ver al matrero, sintieron un ruidito como de una cosa que refalaba por la pendiente, lo mesmo que cuando el agua corre y trompieza con un gajo. El comisario salio de su escondite y dio un rodeo hasta llegar al punto donde estaba la sepoltura de la china. Allí, sobre la piedra que le servia de tapa, había un hombre hincao, como rezando, y junto a el, un caballo ensillao. El comisario, sin esperar a que concluyera su oracion, le pego un trabucazo por la espalda, y el cuerpo del matrero rodo por el suelo sin dar un quejido. Cuando amanecio tuitos se quedaron

espantaos Encima de la mesma piedra vieron una corona igualita a las que antes encontraron pero esta, estaba señalada en la roca, como si la hubieran labrao a punta de cuchillo

—Pero, —le dije yo, convencido de que el cuento fantástico había terminado— si la corona aparecía grabada en la piedra todavía debe de estar, y si no, amigo Trelles, su historia es una invención de payador antiguo

—Aura la va a ver, —me dijo interrumpiéndome— deje que aclare y pare un poco el agua

La lluvia no caía con tanta fuerza cuando salimos de nuestra guarida Las sombras se esfumaban, y a la mortecina luz de aquel dia pálido echamos a andar, yo detras de mi guia y el rumbeando por entre las sendas angostas, derecho al sitio en que debía encontrarse la corona de piedra Trelles se detuvo y miró a su alrededor, como para orientarse, dio algunos pasos más y me dijo, señalandome una piedra alisada por el roce de las aguas y de los vientos

—Es ésta, ponga atencion y vera que los claveles están bien señalaos

Miré, y vi un círculo, a manera de corona, pero débilmente grabado en el enorme pedregal Solo en un extremo se notaba algo asi como una ramazon, semejante a un manojo de claveles del aire

—Amigo, —dije a Trelles—, de todo esto, lo único real es que ha llovido mucho y el arroyo del Caballero se ha desbordado Mire el agua hasta donde llega Ahora sí que este cementerio va a convertirse en un refugio de ánimas en pena Por si acaso vaya aprontando otra historia

# MONTARAZ

En lo mas intricado de la selva estaba su rancho, de modo que para llegar a el, había que internarse en un laberinto de sendas y atajos que daban vueltas inverosímiles, obstruidas por troncos y mallas de enredaderas, y para que no faltase nada a aquel bosque de Hoffmann, el explorador tenía que sostener, al entrar, una batalla con los mosquitos y jejenes, verdadera nube de bichos famelicos, nostálgicos de sangre. Se necesitaba ser un montara empedernido para vivir allí, sin temor a las alimañas que se arrastran o aletean, impelidas por voracidades extrañas, jamás satisfechas. La afición al retiro, a lindirse en el seno de la naturaleza, podria revelar un carácter huraño, pero se equivocaría quien pensara que don Juan Polonio era un hombre fiera que huía de la luz y de sus congéneres, a imitacion de Segismundo, o un tipo de gaucho nomade, habitante de la gruta, severo y reconcentrado como un burgrave. Todo lo contrario. Se le consideraba un ser hasta cierto punto alegre, aunque indomesticado y de una inocencia candorosa, un compuesto de selva florida a base de zarza. El espinillo, —Cua-

simodo del bosque—, de ramaje negro y retorcido, erizado de púas, ¿no esconde la aspereza de sus espinas bajo ramilletes de aroma? ¿No es un árbol que ríe al contacto de estivales caricias? Y los pinos-limones, esas plantas trepadoras de guías vertebradas, —pólipos vegetales que envuelven los gajos oprimiéndolos, y que salvan el vacío, extendiendose triunfantes sobre las copas— ¿no matizan y adornan el verde con sus frutos bermejos, lisos y brillantes como gotas de lacre? Así era el temperamento de este individuo cultivado en el medio selvático Su progenitor le dejo en herencia con una hermosa fracción de campo, aquella guarida ubicada en la maleza, sobre la margen del Rosario, junto a un remanso, donde una porcion de la corriente, siempre impetuosa, entra para morir en el seno de la linfa estancada A pesar de lo recondito del lugar, no faltaban atractivos al paisaje La humedad del suelo nunca desaparecía, porque aun a la hora en que el sol calcinaba el ramaje, apenas una flecha de claridad mortecina se deslizaba por los intersticios de la fronda, pero en la barranca, donde el monte se abria para dejar espacio al arroyo que rugia espumante al saltar por encima de los troncos volcados, la luz se difundia retozando en brillazones sobre las ondas, chispeando en las arenas de silex, bruñidas por los desgastes del agua Entonces, a la primer rafaga que el verano arrojaba sobre el monte, se producía como un despertar insolito Las cortezas se hinchaban de savia y estallaban en brotes Las viejas películas de los gajos, se desprendían como pieles de viboras, y un barniz untuoso satinaba los troncos y las hojas Las flexibles lianas, ateridas du-

rante el invierno, se vigorizaban de pronto, alargaban sus guías y se enredaban formando una trama de filamentos, moteada de petalos, y no quedaba una misera rama que no se ataviase, ni una planta rastrera que no se alzase ostentando su corona de estío Luego venía la obertura de trinos y arrullos en las alcobas del follaje Éste se movía imperceptiblemente y una cabeza tornasolada asomaba bajo una hoja de laurel Un rumor de notas límpidas vibraba como una escala de risas que parecian gorjeos La rama cimbraba y caía una pareja agitando las alas, saltando sobre la alfombra de trebol salpicadas de gotas, y tornaba a volar ascendiendo otra vez a la espesura, suspendía un momento los cantos para continuar el nupcial alboroza en un *scherzo* muriente

Las crecientes no podian rebasar el álveo y solo por una depresión del terreno, distante del rancho, cuando las lluvias eran torrenciales, el agua se explayaba deteniendose todo el tiempo necesario para ser absorbida o para volver a su cauce La resaca se apilaba en los troncos o subía, quedando prendida en los gajos, y un lodo blando y resbaladizo pegábase al terreno, pudriendo las vegetaciones enanas, transformándolas en fermentos donde procreaban miriadas de insectos voladores que llevan en sus trompas gérmenes palúdicos Se diría que el mismo rancho era un montruoso ejemplar de aquella flora exuberante Las campánulas y las yedras se le habian trepado por la cumbrera, floreciendo allá arriba, hasta cubrir el mojinete Un sarandí le atravesaba los cimientos sacando la punta del gajo por un rincón del techo y los claveles del aire, prendidos unos a otros, formaban guirnaldas que flotaban sobre las paredes

y caían a lo largo de las tijeras La naturaleza que construye las cavernas, encontró aquella en boceto y no tuvo mas trabajo, para concluirla, que darle un pedazo de su manto silvestre Su unico habitante era aquel hombre a quien faltaban escasos atributos para ser un viejo fauno descansando de sus pasadas correrías a través de las planicies y de los bosques Era de elevada estatura, algo enclenque, de piel curtida y amarillenta de ojos claros acostumbrados a reflejar el color esmeralda de la arboleda Su melena recortada a cuchillo, habia empezado a blanquear atacada por los años y la intemperie, y nadie imaginaria que aquel ambiente que dio fiereza al puma, podria resultar impotente para transformar las condiciones virtuales de su carácter porque si bien en el corazon de la maraña era tosco aunque no agresivo, fuera de él, el paisano se tornaba amable, torpe de inocente, manso, sin perder una sola ocasion el buen humor que de adentro le salia, diluido en una eterna sonrisa No tenia caballo, lo cual quitaba gran prestigio a sus cualidades gauchescas, pero el se bastaba para cruzar el llano sin otro auxilio, y para salvar las distancias sin fatigas, porque no habia ningún aliciente bastante poderoso para hacerle cambiar el paso, lento, seguro en el apoyo de sus pies retobados en un par de botas legendarias Su vestimenta como la moderna arquitectura, era una confusion de todos los estilos, pero en un estado tal de ruina que daba lastima ¿Que capricho, o qué causa secreta le obligo a vivir de aquel modo? Pasiones nunca se le conocieron, al menos en el pago, porque desde el Pichinango hasta el Cufre y desde el Rosario hasta las sierras de Mal Abrigo, ninguna criolla podia jactarse de haber merecido sus preferencias Identificado completamente

con la selva, esperaba, quizá, tener vástagos con ella, por generación espontanea Don Anastasio Perdomo, el dueño de la pulpería, a donde el solía concurrir para surtirse, cada vez que le veía, no podía menos que decirle, con sorna

—Pero, amigo don Juan, ¿no piensa ayuntarse? Mire que al fin se va a secar sin dejar semilla Puaqui cerca anda una china, que se ha enamorao del verde Agacheselé

El paisano se reía benevolamente, pues ya conocía al pulpero, bromista con los pobres gauchos, para engatusarlos y dejarlos en cueros, y apresuraba su compra de caña y tabaco en rollo, sin cesar de sonreir, mientras los tertulianos celebraban estrepitosamente la ocurrencia de don Perdomo

Don Juan Polonio se retiraba en seguida sin querer entablar conversacion con nadie, sin manifestar enojo por la chacota que le armaban, diciendo entre dientes

—¡Casarme yo! Aurita nomás vi a cambiar de pilchas Si hay china, que se la larguen autro El monte no se ha hecho pa las ovejas

Y se reía, satisfecho de su resolucion íntima, confiado en la firmeza de su voluntad, tomando el camino de su guarida, en donde entraba, apartando el ramaje con los brazos, desnudos hasta mas arriba de los codos, unos brazos enflaquecidos, pero musculosos, en los que las venas hinchadas, al relieve, parecían ramazones, que se confundían con las otras Luego, se sentaba a la puerta de su choza, con el perro al lado, su último compañero, un ejemplar silvestre que crió de cachorro, encontrado en el monte, hijo de cimarrón, probablemente Allí, con las resacas que recogía, encendía el fuego y calentaba el agua para

matear. Cuando concluía su desayuno, permanecía mucho tiempo acostado en el suelo, mirando por los claros. Su mirada vivaz, muy experta, llegaba a gran distancia: veía lejos según su propia expresión, y percibía los rumores mas sutiles. Un aleteo rapido y sonoro, le revelaba una paloma canela que regresaba al nido; un roce entre las ramas, acompañado de fractura, le indicaba al gato montes persiguiendo a su presa y un frote, un deslizamiento breve entre la hojarasca, a una culebra que abandonaba su madriguera. No confundía el tranco del perro salvaje, acompasado y torpe, que atropellaba impulsado por la rabia, con el del carpincho que en dos saltos se arroja a la laguna desde la orilla donde se agazapa, al sol, entre las hierbas. Él era el complemento de la selva, y si no se alimentaba de raíces, como el hombre primitivo, las frutas silvestres fueron mas de una vez el unico manjar de sus banquetes frugales. Conocía aquella riqueza de alimentacion que los demás ignoraban. Las frutas rojas y almibaradas del chalchal y ñangapire, las amarillas, en forma de peras diminutas, del quebracho, las *chauchas* lustrosas del algarrobo, constituían el postre obligado, que caía al alcance de su mano, con rumor de lluvia, como si fuera el maná de la fronda. Se encontraba tan a gusto en aquel rincon penumbroso, que no lo hubiera trocado por ningún lugar de la tierra. Era su paraíso, su imperio selvatico. Allí cerca sus amigos le reverenciaban. El molle de cascara negra, que se desprende sola cuando el calor avanza, el urunday, el ñandubay y el quebracho de maderas resistentes como el hierro, en cuyas carnes fibrosas, el hacha se mella y se perfuma, el canelon, el arbol simpatico que abre su ramaje, esparciendo las hojas para tejer los tapices del

bosque, el sombra de toro, espeso y redondeado, en cuya copa, que es un misterio de sombra, el zorzal se oculta, para afinar su cavatina armoniosa, el espinillo, que se cubre de botones de oro, un oro impregnado de fragancias, el coronilla, de corteza blanda, invadida por vegetaciones parásitas, el tala y el tembetarí, los dos hijos pródigos de la selva, que brotan en las abras, con ansia de luz y de calor, el sauce, cuyas guirnaldas ondulantes besan las barrancas y caen sobre el remanso simbolizando las nostalgias, el curupí, de hoja fina y prolongada, el laurel mini, cuyos frutos aceitunados caen en el otoño, matizando la hojarasca, el sarandí, el árbol regio, alto y coposo, que rompe la tierra con sus poderosas raices, lavandolas en el turbión de la corriente, al que parece querer detener poniéndole diques, que solamente sirven para acrecentar su colera de espumas Luego toda esa vegetacion gigantesca, que se apiña y se enreda, que entrelaza su ramaje y se besa con las hojas, que trenza sus raíces a flor de tierra y todavía las junta bajo el suelo, como si el contacto permanente, el eterno rozamiento, uniera con vinculo indisoluble al vegetal, a diferencia de los hombres, que necesitan de la ausencia para amarse apenas pasaba el soplo cálido que llegaba del estero, sentian bullir la savia dentro de las rugosas cortezas y era de ver como de aquellos troncos centenarios empezaban a salir vástagos tiernos que tapaban las cicatrices de la cascara y los muñones que dejaron los hachazos Había más frondosidad y más transparencia al mismo tiempo Amarilleaba el rama negra como si estuviese salpicado de ocre, el arrayán y el blanquillo se coronaban, el árbol de la cruz aguzaba las espinas de sus hojas, y como si la selva celebrara tambien su fiesta del

*primrose*, se multiplicaban las florescencias, se esparcían los aromas en sutiles emanaciones, como beleños que embargaban los sentidos Habia una confusion encantadora de petalos, en las enredaderas de campanillas moradas, se veian flores de patito de ñapindá y coralina, porque las plantas aunque estén separadas, se envían por medio de las brisas, las antenas y los élitros, el mensaje fecundo de sus amores

Centinela a la entrada de la choza, un robusto lapacho parecía haberse acercado expresamente, para hacer compañía al extraño morador de la selva Entre sus ramas, zumbaban las avispas en torno del camoatí y mucho antes de que el dia se filtrara por las frondosidades, los cardenales azules, las calandrias y los boyeros, se preparaban para dar principio a la *matinée* silvestre Allí parecia estar la dirección de la orquesta y no bien sonaban distintamente las primeras notas del preludio, rompia el concierto en una sinfonía original de variados motivos, como si todos los musicos alados estuvieran prontos para atacar la partitura Se operaba despues una confusión melódica los tonos graves se mezclaban a los agudos Comprendiase que aquello era el himno de la vida agreste, la expansión alegre de pequeños seres que echaban a volar sus trinos, raudos como sus alas Cuando la luz caía a plomo sobre las copas, finalizaba la sinfonía, escuchándose sin embargo gorjeos de musicos rezagados que no pudieron entrar a tiempo por haberse entretenido en otros juegos que son comunes entre los pájaros El lapacho, no obstante su aspecto de cacique del bosque, se animaba igualmente como los demás de su especie y se rejuvenecia bajo la opresion de la yedra En lo más alto, un casal de horneros fabricaba

su deforme nido, y la pava de monte se posaba sin temor, conmoviendo el silencio de la siesta con su graznido melancólico. ¿Cómo no iba a querer el gaucho a ese paraje sombrío? La naturaleza le brindaba generosamente sus dones y no tenía más que inclinarse un poco para gozar de su belleza y de sus ricos presentes. Lo demás, ya nada le importaba. Por eso no le preocupó gran cosa que el pulpero se quedara con su campo a pretexto de deudas que nunca hubo contraído. Obedeciendo a su pereza ingénita, prefirió dejarse robar antes que alegar nada en defensa de sus derechos. Parte del monte, la más hermosa, también había ido a parar a manos de aquel explotador afortunado que siempre encontraba expediente fácil para aprovecharse de su bondad y de su ignorancia.

Entretanto, el campo se transformaba. El alambre lo dividía en potreros. El arado desgarró las planicies convirtiéndolas en manchas obscuras que contrastaban con el verde pálido de las faldas; numerosas haciendas devoraban aquellos pastizales abundosos y por primera vez llegó a sus oídos el rumor de la lucha para arrancar a la tierra los tesoros de fecundidad que hasta entonces ocultaba. Pronto los trigales ondularon como un mar y en los incultos valles, donde el espartillo y la chirca crecían soberanos, no quedó sino el ombú, último vestigio de la vida salvaje, que al mover sus ramas, impelido por el viento, parecía querer pelear con la mies que le cercaba. Pero todavía, el hombre se consideraba dichoso. Su rancho empezaba a florecer. Del mojinete a las soleras se abría un quitasol de lianas, las yedras se abrazaban a los troncos para trepar a los últimos gajos, los helechos arborescentes salían de las barrancas a la luz, incli-

nados sobre el agua siempre herborosa y una multitud de cuadrillos y arizaes de matas olorosas, afiligranaban los declives, poblaban las hendiduras, mientras que en los remansos, las algas tejían sus hilos gomosos y las achiras ganaban la otra orilla de la corriente, entrelazando sus hojas y sus tallos En las noches serenas, latían otras existencias no sospechadas Los astros no podían distinguirse bien por los claros de la floresta, y las copas erguidas solamente disfrutaban de sus encantos pero abajo la sombra semejaba un crespón salpicado de chispas de oro Los insectos luminosos caían del follaje se arremolineaban, surgían de las malezas persiguiéndose confundiendo sus luces, produciendo reflejos momentáneos en los espesos matorrales Mariposas nocturnas libélulas extrañas vagaban sin rumbo aleteando en las hojas Un rumor incesante, un trote de élitros alteraba el silencio del bosque y se prolongaba hasta más allá de la llanura A veces parecía que los árboles conversaban transmitiéndose secretas impresiones, porque se oían como frases entrecortadas y suspiros vagorosos Luego el rugido de las pequeñas fieras dominaba todos los ecos, aplacándolos por un instante, pero continuaban después en el mismo tono, como si aquellos huraños seres tocaran al unísono mil instrumentos monocordes

Todas las mañanas, el viejo montaraz discurría al azar por sus dominios, aspirando el aire saturado de emanaciones aromáticas, de esencias resinosas Hacía su provisión de charamuscas y regresaba con la carga, encendiendo una fogata al pie del lapacho de tronco ennegrecido por el humo Era su tarea habitual que cumplía de un modo instintivo gozoso al verse due-

ño y señor de su retiro, sin que nadie osara disputárselo, porque, ¿quien, a no ser el, podría pernoctar en aquel lugar agreste? ¿El matrero? Un hombre perseguido por enemigos implacables, que se guarece en la espesura para salvar la vida, que acecha la ocasion para poder escapar, ávido de campo raso, atacado por la obsesion de espaciarse en la llanura infinita Él no La necesidad le obligaba a dejar su cueva por breve tiempo, y cuando demoraba mas de lo que tenia por costumbre, apresuraba la marcha, deseoso de llegar cuanto antes, porque el campo sin un árbol le ponia melancólico, nostálgico, enfermo, sentía que sus miembros se aflojaban como si la vejez cayera de súbito sobre sus espaldas Pero así que pisaba la hojarasca, en cuanto sentía el roce de un gajo en la cara, sus tristezas se desvanecian, experimentaba un rejuvenecimiento inexplicable, le venian ganas de reir y brincar como si se hallara en pleno vigor de juventud

Asi transcurrieron los años Una madrugada se despertó sorprendido ¿Quien se atrevia a turbar su reposo? Porque no le quedaban dudas alguien habia tomado posesión del bosque Aquel desgaje, aquel golpear en la madera, no era obra del viento huracanado, puesto que los más recios temporales apenas lograron mecer los mastiles de las copas empinadas El estrepito continuaba, repercutia sonoramente, como si los árboles se quejaran al ser heridos A cada rato se percibía claramente el estruendo de un derrumbe Un ruido de ramajes un crujimiento de astillas, de troncos que se rajaban al caer El paisano salió del rancho para inquirir la causa de aquello, aunque vagamente lo sospechaba Como a una cuadra de su choza, en lo más tupido del monte, donde los

árboles añosos habían formado una muralla, la claridad penetraba como un torrente sin diques, invadiendo aquellos rincones en que nunca se vio más luz que el debil rayo tamizado por las hojas La arboleda habia caido bajo el hacha del leñador y la obra de destrucción seguia empeñosamente, con ímpetu salvaje Los quebrachos y los ñandubayes mellaban los filos, pero al fin caian lo mismo que los otros, desplomándose ruidosamente como gigantes vencidos Perfumes intensos acres, se esparcían, y algunos pájaros posados en los ramajes vecinos, callaban ante aquel ataque llevado a sus viviendas y a sus nidos

De pronto, aparecio el montaraz, ya no sonreía como en sus tiempos felices Temblaba de iracundia como si el recibiera los hachazos pero más que rabia, su semblante demostraba sufrimiento Se encaro con todos aquellos hombres que proseguian, delante de el, su obra de exterminio

—¿Quién les ha dao permiso pa montear? —les pregunto

Uno de ellos el capataz se adelanto con el hacha en la mano y contesto visiblemente contrariado

—Don Perdomo nos ha arrendao el monte pa hacer leña y carbón

—Y ¿quien es el pulpero pa meterse en lo ajeno? Aqui mando yo ¡canejo!, y si no se van aura mesmo, priendo juego al monte pa que arda conmigo

Los otros vacilaron, temerosos de que fuera a cumplir la amenaza, pero instantes después redoblaron el ataque y los golpes volvieron a sonar con violencia ¿Qué hacer? El montaraz se sintió impotente para contrarrestar aquel avance Penso que era inútil evitar

lo que tenía que suceder a la fuerza Le habían despojado del campo y ahora le arrojaban tambien del rincon donde vivía Ignorante de todo lo que no se relacionase con sus hábitos, ni se imagino que habia una justicia que lo amparaba, porque la otra, la que administraba el comisario, nunca le protegeria Su fama de salvaje le había colocado en la condición de un animal selvático sin derechos aunque libre en el seno de la naturaleza Poco a poco fue apaciguándose su cólera y se sintió invadido por una profunda melancolía Le vinieron ganas de llorar y se dio vuelta, sin oir ni pedir más explicaciones, pues tenia vergüenza de que sorprendieran sus lagrimas

Pero cuando estuvo lejos, cuando se convencio de que nadie podía observarle, su llanto brotó abundosamente, experimentando una angustia inexplicable, lo mismo que si hubiera perdido para siempre a los seres de su amor, que fueron el unico deleite de su vida Los golpes de hacha le sonaban adentro, repercutian en su corazon

Ya era mediodía y la tarea parecia no terminar Pronto llegarían a su covacha y entonces ¿que resolucion tomaría? Dejaria hacer todo lo que quisieran solamente les pediria, como limosna, que no volteasen el viejo lapacho, pues deseaba morir bajo sus ramas Cuando ceso el ruido, tuvo la esperanza de que ya no cortarían mas y salió a ver lo que habían hecho Árboles grandes y chicos yacian en el suelo, unos sobre otros aplastadas las copas, destilando resinas por las cortezas lastimadas Las enredaderas de hojas tiernas y sensibles, se marchitaban al calor que entraba con la profusa claridad, desarraigadas al desplomarse con los troncos que las sostenian Ahora se

veía bien todo aquel mundo al descubierto, la hojarasca que esparcieron los otoños, el limo resbaladizo, la aglomeración de raíces a flor de tierra, las vegetaciones microscópicas, invadidas por la clorosis de la eterna penumbra, y las telas de araña, enredadas a los gajos en copos blanquecinos y en hebras sutiles Pero lo que más lo asombraba era la luz que inundaba el inmenso espacio donde pocas horas antes era monte impenetrable Parecía que los rayos solares querían desquitarse de todo el tiempo en que lucharon vanamente por entrar en aquellos pabellones recónditos, en aquellas glorietas de la sombra No obstante, el monte brotaría otra vez, se alzaría sobre la ruina del presente empujado por la fuerza de su savia, pero antes de que eso pudiera suceder, el se habría extinguido, porque era viejo tronco que tenía el corazón enfermo

El corte de los árboles se repitió por muchos días y los monteros parecían incansables, pero poco tiempo después, lo que había sido bosque, estaba convertido en campo liso Grandes montones de astillas se veían en distintos parajes De una pila enorme de ramas subía una columna de humo, y se oía chisporrotear la leña verde Solamente el arroyo, indiferente a la devastación y al exterminio seguía corriendo como siempre, saltando por encima de los troncos volcados, irisando sus espumas bajo la onda de luz que inundaba hasta sus márgenes desiertas

A mediados del siguiente invierno, un paisano que jugaba al truco en la pulpería de don Anastasio Perdomo, dijo, mientras cantaba flor golpeando el mostrador con los dedos

—¿Don Juan Polonio, se habrá caído en alguna vizcachera?

—Y mesmo, —agregó Perdomo—, hace más de dos meses que no se le ve en el pago Puede que esté enfermo

A la tarde, terminadas las libaciones y los juegos, dos paisanos montaron a caballo y se dirigieron a la guarida del montaraz, movidos por un sentimiento de lástima Doblando un recodo del camino, divisaron el grupo de arboles que había quedado alrededor del rancho Al llegar, se apearon y no buscaron mucho, porque allí cerca, bajo las ramas, el gaucho infortunado dormía el último sueño Las lluvias habían formado un charco bajo su cuerpo y algunas manchas grasosas empañaban el agua El perro aullaba desde la puerta del rancho, y el viejo lapacho parecía haber enmudecido para siempre sin nidos y sin hojas

# LA SIESTA

Pretextando una indisposición repentina, Laurencio salió del galpón, antes de terminar el almuerzo Los peones de la estancia que le vieron marchar tan a prisa, no creyeron en aquella enfermedad fulminante, y se miraron socarronamente, como sabe expresar el gaucho las picardías que le retozan por dentro Uno de ellos, menos prudente que los otros, por ser más joven, se rió con ganas, mereciendo la desaprobación de sus compañeros Él, se excusó diciendo

—Hay que reírse cuando se ve a un hombre encelao y por puro lujo, porque la china y el están uñidos guampa con guampa.

La frase, a pesar de todo, provocó hilaridad, y el viejo capataz no pudo contenerse, riéndose también, despacio, para que el otro no fuera a caer en la cuenta de que allí se estaba haciendo mofa de sus tribulaciones Todos conocían la historia de estos amores silvestres Laurencio era un mozo fuerte, aficionado a los trabajos camperos y muy vaquiano en todo lo que se relacionaba con la doma Un lindo tipo de paisano, alto, delgado y ágil, sus ojos pequeños y obscuros revelaban viveza, y sus labios finos y apretados acusaban un carácter firme y decidido

En la estancia, su obligación se reducía a la limpieza y adiestramiento de los caballos, por eso se le veía a menudo montando el pingo más bravo o el redomón que todavía se bolea cuando las nazarenas le rayan el cuero, pero siempre bien sentado en el animal, domándole sin castigo, largándolo después, en el potrero, dócil a la rienda, piafando y arrojando espuma por las fauces abiertas Su contracción al trabajo fue motivo para que el patrón le perdonara la mala acción de haber alzado en ancas a la hija del puestero, que estaba al servicio de la casa, una muchacha bonitilla de color trigueño despercudido, alegre y entusiasta por todo lo que hería su imaginación de criolla impresionable Voluntariosa, sin que nadie la hubiera mimado nunca, no cejaba hasta conseguir lo que se proponía, y fue ella quien insinuó a Laurencio que la sacase de la estancia, después de haberle dado celos con un joven que la perseguía tenazmente, estimulado por sus miradas provocativas A tres leguas de las casas, se hallaba el rancho de su prenda, pobre hogar que construyó en un retazo de campo ajeno, con adobes cubiertos de trebol y cumbreras de coronilla verde, porque, como gaucho poco *enrialao*, no podía hospedar a su china en un palacio de terron y paja, con soleras pintadas de blanco, resguardadas del sol por enredaderas de campanillas azules Le daba todo lo que tenía, su alma, su existencia, y no era culpa suya si la puerta resultaba estrecha, y si el dormitorio se llenaba de humo cuando ardía el espinillo para calentar el agua o asar el churrasco El amor que hiere la fantasía, sabe dorar la pobreza, y mientras dura, las cosas más feas parecen hermosas pues todo adquiere color de ilusiones, un tinte que está en el iris del alma Él la

quería locamente, pero la muchacha tenía un temperamento diabólico, y aunque joven, conocía, por instinto, las coqueterías de su sexo, y la mozada del pago hacía mentas de su caracter veleidoso El pobre Laurencio sospechaba algo, pero hasta entonces no había podido descubrir nada Del que recelaba mucho, era del hijo del patrón un moceton mitad paisano, mitad pueblero estudiante en vacaciones, aficionado al caballo y a tomar mate en los ranchos donde habia buenas mozas, dejando en todos huellas indelebles de su bizarra persona Ese dia Laurencio no vio al niño, aunque le busco por todas partes, y en la mesa se le ocurrio que si no habia salido su caballo se encontraria en el pesebre Por eso se levanto sin concluir de comer, decidido a saber la verdad, aun a costa de su dicha El caballo no estaba y el recado tampoco Ya no tenia duda ella le engañaba, porque, a esa hora era imposible que el mozo no estuviese en su compañia ¿Dónde podia hallarse no siendo allí? La certidumbre de su desgracia tomo la forma de obsesion y solo la prueba en contra le haria cambiar de creencia Miro en torno de el, buscando algun dato, y solo vio al viejo deschalador, sentado a la sombra de la enramada, entre un monton de espigas, trabajando pacientemente como buey habituado a la coyunda Aquel hombre podria decirle algo pero no se animó a interrogarle, por temor de descubrirse y resolvio esperar a que todos se acostaran a dormir la siesta Entonces, aprovechando el silencio, se pondria en su casa en una galopada, aunque el sol lo derritiera en el camino ¿Que le importaba el calor de afuera, si él llevaba otro en el corazon que le estaba quemando la vida? De ese modo, sabria con certeza lo que

presentía, lo que había entrevisto en las miradas y en las bromas picantes de sus compañeros

—A la fija, —exclamaba—, tiene que haber algo en tanto enriedo

Sin hacer más investigaciones, inquieto, aunque aparentando perfecta tranquilidad, volvió al galpón y se puso a comer, sin apetito, el pedazo de carne asada, cubierta de grasa fría Los amigos se miraron, y bajaron la cabeza, como culpables Él los miró también con fijeza, seguro de que se estaban ocupando de su persona y por primera vez experimentó rabia No pudo reprimirse y se paró, gritando

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Por que arrollan el lazo? Lárguelon, maulas, que el que tiene flor la canta, si no, es un zonzo

Ninguno le contestó, para evitar explicaciones, pero el volvió a insistir, apostrofándoles, hiriendoles con palabras duras

—Son unos cobardes, lenguas largas, —les dijo— Hablen si tienen que A ver, saquesen el freno

El más joven, sin moverse de su asiento, le contestó.

—Mirá, hablábamos de vos, pero sin intención de ofenderte

—¿Y qué decían?

—Decíamos que tu china te engaña

—Mentís y lo vas a probar aura mesmo

—No tenes mas que agarrar el flete y dir a tu rancho Dispués me contarás como estuvo el baile

Laurencio lo atropello, pero los demás se interpusieron y el domador se echó en el banco, apretándose las sienes, resollando, todavía enfurecido

Cuando los peones se levantaron, el permaneció

sentado un rato Los vio extender las pilchas en el suelo, dentro del cuarto, y en el patio, a la sombra de las paredes, y acostarse, quedando dormidos inmediatamente, fatigados por la tarea de aquella mañana calurosa En las casas, la familia del patron se había recogido igualmente en los dormitorios y sólo quedaba en pie la negra cocinera, dando la ultima mano al fregoteo de su monstruosa bateria culinaria En cuanto al viejo deschalador, roncaba estrepitosamente sobre las espigas, el sol le daba de lleno en los tamangos, y el sudor le corria por la frente y el pescuezo rameado de arrugas Pocos momentos despues, la morena tomó el camino del rancho viejo, donde tenía su guarida, dispuesta a descansar en su camarachón, revuelto como una vizcachera, y la casa quedó silenciosa como si nadie la habitara El corpulento ombú resistiendo al fuego que caia a plomo de lo alto, ostentaba victorioso el verde obscuro de su follaje, movido imperceptiblemente por el aletazo fugitivo de una racha No había un rincon agradable donde poder reposar a gusto, pues la brisa que soplaba venía caliente, cual si hubiera pasado por un incendio La chicharra, siempre invisible, oculta al parecer en la pila de leña, ensayaba su cavatina a frote de elitros, del barril lleno de agua, colocado en la rastra, salia un vapor blanquecino, y el charco de los patos se consumia, absorbido por la tierra caldeada Las gallinas con los picos abiertos, esponjadas las alas, las crestas encendidas, escarbaban el polvo, buscando la humedad, para darse un baño de frescura, y en el chiquero, proximo a la cocina, un cerdo, acostado en el barro, dormitaba con agitado sueño, entreabriendo los ojos, sin despertarse, resollando fuertemente por los agujeros del hocico Más

allá, las mangueras, con las porteras caídas, tenían el aspecto de circos abandonados, y en un palo a pique, un casal de carpinteros, en pleno coloquio, daba la única nota de actividad, en medio del sopor que todo lo invadía. El pasto tierno y jugoso, de color esmeralda, que empezaba a brotar junto al rancho, provocaba una ilusión de oasis, creando en la imaginación visiones de cosas frescas, de hamacas vegetales tendidas en el bosque, de aguas cristalinas corriendo sobre álveos de arena, de cardenales azules cantando en las umbrías, visiones que pronto se esfumaban bajo la impresión de aquella claridad profusa, que hacía insoportable hasta la misma sombra.

Laurencio ensilló precipitadamente su caballo, lo montó, haciéndolo caminar sobre el pasto, para amortiguar el ruido de las pisadas, y cuando calculó que se había alejado lo bastante, le cerró piernas, en dirección a su choza, galopando por el camino reseco, levantando oleadas de polvo, en una carrera vertiginosa que demostraba la ansiedad de su espíritu. A media legua, el caballo empezó a aflojar resoplando su fatiga, humedecido por la transpiración espumosa, atacado ferozmente por los tábanos, que le hincaban el aguijón en las ancas, sangrándole. Dos veces le pasó el mango del rebenque por el pescuezo para desprenderle los insectos, pero convencido de que su trabajo era inútil, dejó que le chuparan, poniéndole al trote para que resollara un poco. A los costados del camino el campo se dilataba, ondulado, destacándose la mancha negra de las tierras labradas, la planicie amarilla de los rastrojos, los declives mullidos de las faldas y lejos, el monte frondoso, como una franja movible que cortaba la llanura, velada a esa hora por la bruma de

la inmensa lejanía. La proximidad del bañado hizo relinchar al animal atacado por la sed, él mismo tuvo deseos de echarse en aquella agua impura que transparentaba la vegetación marchita del fondo, pero el propósito de llegar cuanto antes, era superior a todas las necesidades del momento, y como para ahuyentar la tentación, castigó al caballo lanzándole de nuevo al galope. El chasquido del rebenquazo espantó a un lagarto que tomaba el sol, a la orilla del camino, sobre el espartillo aplastado por su cuerpo, y un carao alzó el vuelo majestuoso, posándose luego en medio del estero1, mientras que los mangangaes, de trompa afelpada y élitros de oro, zumbaban girando en torno de los postes del alambrado. Sobre su cabeza, como siguiéndole, un enjambre de hormigas con alas, flotaba en el aire y en todas partes, en los lienzos de gramillas y tréboles, en las colinas, en los altos pedregales de la sierra, reverberaba la luz intensa del mediodía, como si el calor volatizara los jugos de la tierra transformándolos en un éter vibrante.

—¡Día bravo! —dijo Laurencio secándose con la mano el sudor de la cara, y miró a su alrededor buscando instintivamente la sombra. Sobre una loma, a dos cuadras de distancia, en un ángulo del potrero, se divisaba un rancho sin un árbol que lo cobijara, una casa al descampado, sacudida en invierno por los temporales, y en verano caliente como un horno. Así tenía la paja del techo negra y los adobes del muro cuarteados. Otros ranchos se veían también diseminados, presentando todos aquel aspecto de desolación. En el llano, muy lejos, en el término del monte, subía una columna de humo, recta como un penacho blanco, porque el aire se había adormecido

como los moradores de aquellos hogares Era un pajonal que ardía Pronto estuvo junto al arroyo, angosto, pero profundo, con un poco de monte en las márgenes Busco la picada y paso, apurado, no dejándole beber al caballo que, desviandose, se había internado en el remanso, estirando el pescuezo para alcanzar el agua Al azotarse sintio un golpe tras un gruñido breve un carpincho que se arrojaba a la laguna desde la orilla, y otros golpes más suaves las tarariras que saltaban, saliendo de los huecos barrosos, viendoselas nadar, a favor de la luz que iluminaba el lecho de la corriente Subió la barranca por la senda abierta entre los pedregales de la sierra cuyas puntas vienen a morir en el paraje y siguió su marcha, inclinado el cuerpo hacia adelante para zafarse de las ramas punzantes de los talas y espinillos que allí crecen, aglomerados como islas entre las rosas Encima de la más alta, un cuervo, con la cabeza caida sobre la pechuga, dormitaba, soñando, acaso, con un proximo festin de carne viva, y de lo mas espeso del bosque surgían arrullos de palomas torcaces preparando los ultimos nidos Conocia el rumbo ¡lo habia seguido tantas veces! Del otro lado, a una legua escasa estaba su rancho, y éste que ahora seguía era el camino que terminaba en la misma tranquera para bifurcarse ramificándose hasta los ranchos vecinos En cuanto salvara el predregal, desde allí le vería, a su diestra, mas nuevo que todos los otros recien quinchado, arrimado al cerco, con el horno a la entrada y el corral de las ovejas cerrando la chacra

En todo el trecho que había recorrido, no encontró a nadie Era la hora en que el paisanaje se guarece bajo techo y deja que el sol calcine los pastizales

y madure los frutos A la tarde, cuando la luz mortecina proyecta la sombra de los picachos y de los montes sobre el tapiz del llano, y los rumores crepusculares pueblan el aire aún tibio y vienen de las barrancas emanaciones de plantas odoríferas, perfumes de margaritas blancas, esencias acres de vegetaciones esterales, volverían los paisanos a salir de sus viviendas, amodorrados por el sueño y por el calor, afanándose antes de que llegue la noche, para arrear las majadas y asegurar los bueyes en las estacas junto a las *pirvas* de chala Una melancolía indefinible se apoderó de su espíritu y sintió como un espasmo interior, ansias de llorar, pero ni una lágrima llego a nublar sus ojos Era enérgico y ejercía poder sobre sus emociones Ya a la vista de su casa, tuvo la intención de volverse Era mejor ignorarlo todo, que hallar la certidumbre de su desgracia, porque ahora, que había meditado fríamente abrigaba el convencimiento de que ella le engañaba, recordaba las ocasiones en que la había sorprendido conversando con el estudiante, mientras le daba el mate, y las ardientes miradas que le dirigía, como respondiendo a sus palabras

¡La indigna! —dijo, de pronto, rebenqueando con rabia el caballo sudoriento— Me las ha de pagar tuitas juntas, y esta vez no le han de valer suspiros

A una cuadra se apeó y ató el caballo por el cabestro en un alambre Con el rebenque colgado de la muñeca, siguió andando agazapándose entre los cardales, para no ser descubierto, observando sin detenerse, no importándole las hincaduras de las espinas en las rodillas y en los brazos Al abrir la portera, volvió a experimentar la misma angustia que

le atacara en el camino y esta vez sintió el calor de las lágrimas en el rostro y un nudo que le oprimía la garganta Silencio absoluto imperaba allí y en las inmediaciones La puerta del rancho se hallaba entreabierta y en el patio, el perro dormía con la cabeza entre las patas A intervalos, interrumpía la calma, el canto monótono de un gallo, debilitado por la pereza Un gato barcino se frotaba la cara encima de un banco de ceibo, mientras que las hormigas coloradas, en marcha interminable, seguían su ruta, orillando el muro, y subiendo por el marco de la ventana Nada extraordinario llamó su atención en el primer momento, pero así que avanzó hasta el mismo centro del corral, vio en el bajo, por el camino que iba al monte, a un jinete que huía Conoció al caballo era el del estudiante Se sintió acometido por la cólera, al verse traicionado tan miserablemente y atropelló a la puerta, abriéndola de un golpe Se abalanzó a la cama y a la claridad escasa que penetraba por las rendijas, vio a su china que dormía la siesta, tranquilamente, con la placidez de una conciencia que no perturbara el delito Un brazo pequeño, pero bien formado, asomaba bajo la sábana, y su boca de labios sensuales estaba más encendida que nunca, como si fuera a estallar en una erupción de besos Él, ya fuera de sí, la despertó, apretándola el brazo, con un estrujón brutal, y ella aparentando sorpresa, se incorporó despavorida en el lecho

—¿Quien estuvo aquí? Contestá aura mesmo y no negues la verdad, porque yo lo vide al dentrar, disparando p'al monte Hablá, —repetía, oprimiendola las muñecas, impelido inconscientemente por un vértigo de violencia.

Ella le respondió con voz desfallecida

—Aquí no había naide, yo estaba sestiando

—¿Estabas sestiando? Gueno Entonces seguí durmiendo —le dijo, y sin que ella se diera cuenta, él levantó el brazo con ímpetu y le partió el corazón de una puñalada

Momentos después, Laurencio montó en su caballo y partió al galope en dirección a la sierra La luz seguía irradiando con más fuerza, y el viento que entonces comenzaba a soplar, traía bocanadas de fuego, como si la tierra se hubiera convertido en un ascua Era el sol de la siesta que enerva la vida y enciende la sangre

## EL "DEGENERAO"

Don Rosalío Mayada no estaba satisfecho de su hijo por cuyo motivo se le veía constantemente caviloso Era el viejo, un hombre de *caracter,* en la acepción más usual de la palabra, de una severidad extremosa para juzgar los actos ajenos y suspicaz, como ningún otro paisano, y eso que el tipo silvestre, acaso, por su propia ignorancia, es desconfiado y receloso No era mal parecido, a pesar de su color trigueño, su estatura bastante elevada, le daba cierta majestad, y sus ojos negros y grandes, de mirada energica, revelaban firmeza y obstinacion Su rectitud pasaba por ejemplar, aunque se narraban anecdotas suyas que le eran muy poco favorables En su hogar, le respetaban y hasta le temian Su mujer, una criolla amable, más joven que el pero vencida por las rudas tareas del campo, se había convertido en un instrumento docil a los caprichos de su hombre, sin más gustos ni mas deseos, que los deseos y gustos que el tenia Sin embargo, esa grata sumision sufría constantes eclipses Ña Nicasia solia contrariar a don Rosalio, y a su edad, esto era un remordimiento Pero, ¿qué madre no sacrifica un poco la paz del matrimonio para atenuar los defectos de un hijo?

Rudecindo, el único vástago que Dios les había concedido, era un mocetón algo voluntarioso, no feo, de pequeña talla, ojos castaños, de cara pálida, y cabellos undosos Su boca se hacia notar por una ligera caída del labio inferior, que para la generalidad, era indicio de altivo desdén, pues el vecindario le consideraba ajeno a sus costumbres, como una planta exótica que no echaria raíces en el pago No era malo ni de conducta desarreglada, pero ya fuera porque el viejo se mostrase demasiado exigente, o se achacase a la índole del joven, el caso era que desde que este empezo a mirar interesadamente a las muchachas, la armonia casera experimento quebrantos considerables El temperamento intransigente de don Rosalio, no permitía, dentro de sus dominios ningun pujo de libertad e independencia, por mas que su heredero contaba ya la edad suficiente para declararse constituído Y ese imperio, públicamente ejercido, —porque el gaucho no se reprimia delante de nadie—, le habia creado reputacion de hombre dificil de llevar Más de una vez fue promotor de reyertas injustificadas, porque era muy amigo de dar bromas, casi siempre chocantes, pero todos sabian que era incapaz de recibirlas Para velar sus intenciones en una fraseologia al parecer inocente, no habia quien le superase Asi, cuando alguien resultaba victima de una de sus sátiras, el aludido se quedaba un rato desenredando las palabras que oia, a fin de encontrar la punta que forzosamente ocultaban Otros, más listos, barajaban la frase en el aire y se la devolvían de un reves Don Rosalio retrucaba, o sorprendido por la rapidez de la contestacion, enmudecia, reservandose en este ultimo caso, el derecho de cobrarse con reditos el agravio recibido No era vengativo, sino rencoroso, aunque

en alguna ocasión, la venganza se enseñoreó de su espíritu, pero sólo por motivos de ofensa grave Lo típico en él era que tanto sus odios como sus afecciones, no tenían terminos medios Amaba o aborrecía con toda la intensidad de los extremos

Era don Rosalío un gaucho de rancio cuño, aferrado a las tradiciones camperas, con un amor fanático a lo que te criaste, enemigo implacable de mixturas, como él decía, que echan a perder el linaje y convierten a la mozada en una tropilla de *contramarcaos* Como el castellano viejo, había hecho de la memoria de sus antepasados una reliquia, a la cual tributaba férvida adoración De sus tatarabuelos, repetía a menudo la historia, casi legendaria Fueron luchadores al estilo de la tierra, honra del gauchaje, que supieron levantar con su heroica bravura el nombre de la raza Sus abuelos y sus padres, no desmintieron jamás el origen, y el quería seguir siendo digno de los suyos Por eso, aunque no era pobre, pues poseía una suerte de campo flor y magníficas haciendas, no se había alterado en su feudo el sistema de vivir de la familia El vacaje era criollo, los caballos, criollos tambien, y don Rosalío, cada vez que paraba rodeo, sentía un placer tan grande al ver aquellos animales de cuerpo chico, pero bien conformados, en buenas carnes y de cornamenta larga y puntiaguda, que se quedaba con la boca abierta, como embobado de satisfacción y orgullo Sí ésa era su obra la influencia de su voluntad, de sus habitos, —la tradicion misma—, dilatándose por su intermedio, a traves de dos siglos Para que nada desentonase en aquel concierto atávico, hasta las ropas que vestía no habían variado de corte Aún usaba poncho primitivo, chiripá, cal-

zoncillos *cribaos* y botas de potro, resultando un anacronismo de la moda, entre el paisanaje seducido por los primores de la bombacha y el saco En los dias de hierra o de esquila, su conversación pintoresca no cesaba de rumorear en las orejas de aquellos cristianos, "renegaos de las costumbres camperas" y no podía contenerse, cuando veia a un gaucho pialar a un novillo, "embretao' en las pilchas nuevas Se desbordaba en alusiones picantes, con verdadera rabia, pues le tenía de mal humor aquella invasión de vestimentas extrañas El aludido, de verguenza, al sentirse objeto de burla delante de sus compañeros, rezongaba una frase de amenaza

—No tenés por que enojarte, —replicaba don Rosalío—, pero mirá como te arreglas pa tirar el pial, no te vayás a enriedar en los elásticos

Los demas paisanos bajaban la cabeza, porque a todos les tocaba algo de la broma y hacían lo posible por no ponerse a tiro de bola de sus criticas mordaces No obstante su pretension de querer pasar por hombre grave, cometía ligerezas infantiles No había uno solo de sus conocidos a quien no hubiera puesto un mote, sucediendo que a la larga, el sobrenombre suplantaba al apellido verdadero, por la exactitud de la aplicación

El rancho que habitaba, era el megaterio de su especie Largo, enormemente largo y bajo de techo, con una puerta de entrada tan pequeña, que para salvar la cabeza de un choque mortal en el dintel, había necesidad de agacharse, como cuando se penetra en un agujero subterráneo Por una abertura, que recibia nombre de ventana, y que más bien parecía un mechinal, se colaba toda la luz que disfrutaban los moradores de aquel tubo cubierto de paja Bien ca-

lificada, no era luz, tampoco, sino una penumbra crepuscular, que apenas contornaba los objetos Las paredes tenían más costurones y remiendos, que poncho de pobre, según la expresión de un paisano, y los adobes de algunas partes del muro, se habían aflojado, reverdeciendo en todas las primaveras, lujuriosamente, pues echaban por las junturas y grietas, una profusión de lenguas de vaca, de llantenes y cepas de caballo, tomando el rancho, entonces, el aspecto de un erizo cubierto de cerdas verdes Las soleras, a punto de derrumbarse, se habían hinchado hacia afuera, y mirando el edificio de perfil, se notaba la misma turgencia en todo un costado, saliendo violentamente de la línea, como si aquella dilatación fuese un abdomen con algo sospechoso adentro

Don Ciriaco Viñoles, compadre de don Rosalío, hombre campechano y alegre, que había sido en sus tiempos lanza brava del ejército nacional y que tenía singular ingenio para dar con el símil de las cosas al ver aquel rancho tan barrigón, no pudo menos que decir a su propietario cierto día, suprimiendo letras consonantes de las palabras como era su costumbre

—Compadre, lo felicito, en devera

—¿Por qué, cumpa?

—Poque veo que pronto e rancho va a tené cria

El militar, que era casado hacía treinta años, sin haber logrado sucesion, recibió la respuesta incontinentemente

—¡Que quiere, amigo, hasta el árbol más ruin echa gajos!

—Ese palo no e pa mi rancho, —contestó don Ciriaco

—¡Qué va a ser cumpa! ¡Si ya sabemos que no

precisa puntal, porque el suyo es de los que nunca echan panza!

Pero ni las indirectas, ni las críticas más punzantes, lograron cambiar sus hábitos, y la casa *solariega* siguió como estaba, con la totora ennegrecida, jibosa, reblandecida como una pasta por las lluvias Las enredaderas habían hallado inmejorable la tierra que los vientos depositaron entre las quinchas, y se reprodujeron con una frondosidad tropical, cayendo de las cumbreras en formas de trenzas multicolores, que parecían de lejos partículas de iris El mueblaje que adornaba el interior de aquella mansión prehistorica, era una rara colección de antiguedades Sillas, no había más que una de altura y configuracion extraordinaria Era de madera blanca, conservando aún en los sitios menos usados, rastros de pintura negra y algunos filetes de amarillo vergonzante El respaldo lo constituían dos varillas verticales, lisas, sostenidas en la parte superior por una pieza lustrada a frote de espaldas, ostentando en el mismo centro, una flor hecha con fragmentos de nácar, y el asiento, que cuando nuevo fuera de esterilla de paja, era entonces de cuero sin curtir, con el pelo a la vista, y hundido por el peso de tantos años El resto lo componian una serie de bancos tallados en troncos de ceibo, muy bajos, y cuatro cabezas vacunas, secas, pulidas y blancas En la sala estaba el dormitorio La cama era de la clase que antaño se llamaban marquesas, enchapada en caoba, veteada en la cabecera, imitando ramajes semejantes a plantas marinas de gigantescas proporciones, con patas voluminosas, y perillas, que, por su enorme amplitud y forma, ahuecándolas un poco, hubieran podido servirle a don Rosalío, de urnas funerarias para guar-

dar las cenizas de todos sus ascendientes Una imagen de santo, bastante deteriorada, se veía colgada en la pared, y debajo de esta, se destacaba, a manera de altar, un bosque de plantas artificiales con muchas hojas de pasta barnizada de verde, y como salpicando las copas, gran cantidad de camelias rojas con estambres azules Los otros cuartos apenas se veian, pues la luz no daba para tanto Enfrente, y en el límite del patio, estaba la cocina —un caso de longevidad— mostrando por entre las pajas, el costillar de cañas de Castilla, doradas por el humo

En esta mansion, todo tenía el sello de la vida patriarcal Su dueño, el gaucho más celoso de su estirpe fustigador constante de las costumbres puebleras, habia recibido en los últimos años, el golpe mas rudo que podía aplicarle la traviesa fortuna Su hijo, su orgullo, el conductor del arca santa de su linaje, no pensaba como su padre en estos asuntos, y desde que se consideró dueño de sus pocas ideas, demostró una indiferencia casi desdeñosa por lo que era el deleite de su progenitor Hasta los quince años, el muchacho, mal que bien, parecia inclinado a empuñar el cetro del imperio bucólico y siempre se le veía apareado al viejo, en su hermoso alazán, piafador y coscojero, y cuando se trataba de preparar una hierra o una trilla, el paisanaje no hacía nada sin la presencia del mozo, pues su experiencia suprimía inconvenientes y aunaba voluntades Tales disposiciones para la vida del campo, tenían encantado a don Rosalio, que se veia reproducido fielmente en aquel muchacho, que le superaba en muchas cosas, pues era un artista del "tiento" no habiendo nadie capaz de aventajarle en el trenzado, haciendo verdaderas filigranas con aquellos fila-

mentos de lonja, transparentes como pergaminos Pero sin que se supiera la causa, Rudecindo empezó a torcerse, a desviarse, como cañada que busca otros declives, para correr en zonas donde la claridad irradia con mayor intensidad, y ni el campo, la brillante planicie, cubierta de gramillas afelpadas con esmaltes de margaritas rojas y blancas, de macachines rosados y amarillos, de mios-mios pálidos, de flores de patito celestes, ni las ondulantes lomas, donde los pedregales se amontonan, formando grutas, por entre cuyas hendiduras se alza un pabellón de helechos y una glorieta de lianas, ni el espectáculo admirable de las innumeras haciendas desfilando en dirección al rodeo, en marcha lenta, arreadas a fuerza de gritos y silbidos, ni el resplandor de los anchos tajamares, heridos en las movibles lunas de sus espejos, por el rayo de los soles de estío, tenía para el el atractivo poderoso de otras épocas Su casa le aburría, los trabajos manuales le producían un malestar inexplicable, y cuando los iniciaba para cumplir órdenes de su padre, precipitábase por acabarlos cuanto antes y mal, lo que contrariaba grandemente a don Rosalío El primer viaje que hizo a la ciudad, en donde permaneció seis meses, determinó la transformación completa de sus gustos Su temperamento nervioso le empujó a violentar la evolución que de mucho tiempo atrás venía operándose en él Así, cuando regresó al pago y se presentó en el rancho, la desesperación del viejo llegó a sus últimos límites Don Rosalío se quedó perplejo

—¿Pero, este es Rudecindo? —se preguntó

Su cabellera larga había desaparecido, y el pescuezo afeitado a navaja, le subía hasta la misma nuca Tenía puesto un sombrero de alas cortas, —un cham-

bergo recortado, de marca orillera—, y el poncho que antes se colocaba sobre la camisa, lo traía doblado sobre el brazo izquierdo y en su lugar un saco de casimir obscuro, en vez de chiripa, unos pantalones del mismo color, anchos y campanudos Las botas habían sido reemplazadas por botines de cabritilla, de una sola pieza, con tacos altos y finos De su antiguo apero, sólo conservaba el pañuelo de golilla, pero ya no estaba anudado, sino sostenido por un anillo adornado de amatistas y zafiros industriales Rudecindo, antes caminaba airosamente, realzada su pequeña figura por el traje nativo, que le sentaba muy bien, pero después de su regreso, su gallardía se había trocado en un amaneramiento ridículo Se balanceaba al andar, quebrándose visiblemente por la cintura y cuando se paraba sobre los tacones de sus botines, no podía quedar en posicion vertical, sino que se inclinaba más a un lado que a otro Pero lo que llamaba la atención de todos sus amigos, era su nuevo modo de hablar Aquello no era lenguaje criollo aunque algo se le parecia Las reticencias, los arrastramientos de la frase, el tono extraño de su voz, los términos y modismos que empleaba para expresar pensamientos comunes, le singularizaban de tal modo, que las gentes no se ocuparon de otra cosa, —en mucho tiempo—, que de comentar su metamorfosis

Cuando le vio llegar, don Rosalío se quedó espantado

—Vení pa quí, disgraciao, —le dijo—, ¿con quién te has juntao en el pueblo, qui has criao esas mañas? Aura mesmo te vas a sacar las pilchas de mascarao que te has puesto ¡Si parecés ñandú desplumao!

Rudecindo formuló una excusa, pero su padre no

quiso oirle, volviendo a repetir la orden, señalándole con el brazo extendido el dormitorio

—Aura mesmo, te digo

El pobre mozo bajo la cabeza y obedeció, aunque herido profundamente en su amor propio Ña Nicasia, que presenciaba la escena, fuertemente impresionada, quiso interceder, pero más bien no lo hubiera hecho, porque el gaucho descargo sobre ella el resto de cólera que le quedaba, que por cierto no era muy poca, y ella,— como siempre vencida por el ataque conyugal—, se puso a llorar en un rincón, diciendo entre soponcios y gemidos

—El muchacho no está mal asi así se ha vestido de pueblero

—¡Qui ha de ser de pueblero! —rugio don Rosalío—. ¡Si eso no es guey ni toro! ¡Si es un traje tarjao, entre gringo, orillero y paisano! Si lo guelvo a ver de esa suerte, le trasquilo la ropa y lo echo al campo en cueros

Luego, en un segundo acceso de rabia, hizo comparecer de nuevo a su hijo, exclamando al verle en mangas de camisa

—¡Ay juna si da verguenza!

Después se encaro con la víctima y le gritó

—¿Vos sabes quién fue mi aguelo y el tuyo? Los dos murieron de viejos pero en su ley, y no porque jueran unos disgraciaos, —que lo que yo tengo me lo dejaron ellos— sino porque eran hombres aquerenciaos al pago, sin ninguna laya de mextura Gauchos nacieron, gauchos se criaron, y gauchos les dieron sepultura en el camposanto en la cuchilla Y yo, ¡canejo! no me he avergonzao de mi padre y no he de mirar en menos ni al chiripa ni a la bota e potro, que me asientan más mejor, que a vos esos cañutos

como embudos, y esos tacos que te hacen caminar como ternero desgarretao Andá prontito al cuarto y sacate las caronas, y tuitas las bajeras

.Mientras el viejo desahogaba su indignación sobre el muchacho, juzgando sus nuevos gustos, con el criterio que emplea una generacion para apreciar las costumbres de otra que se inicia, este, por la puerta abierta de par en par, substraido completamente a la escena que tan cerca de él se desarrollaba, contemplaba el inmenso campo, en aquella tarde de otoño, serena y deslumbrante aún, pues había lienzos inconmensurables de bañado, que brillaban con fulgores de oro muerto, y tajamares que parecían un ascua, reverberando la última claridad del muriente crepúsculo Bajando la cuesta, por el camino angosto que sus pequeñas patas trazaron en el cotidiano ir y venir de las mangueras al llano y del llano a sus corrales, se veía avanzar despacio a la numerosa majada, y los balidos de los corderos vibraban en el silencio vespertino, aumentando la melancolia de la infinita llanura, que en ese instante parecía envolverse en un velo impalpable de nieblas azuladas Pero más alla todavia, mucho más alla del árbol que se divisaba en un recodo de la sierra, se encontraba el camino por donde se iba a la ciudad, y de donde Rudecindo habia vuelto, sin amor al pago, sin entusiasmo alguno por aquella vida monótona, que tan pocos atractivos ofrece al que por primera vez siente la influencia dominante del poblado Además, para el la ciudad tenía otros encantos En ella residia la mujer que conmovió por primera vez su espíritu Era ella una muchacha hija de italianos, que se habian dedicado al comercio menor en un barrio apartado de la ciudad La novia no era ni bella ni simpática, pero Rudecindo

la encontró diferente a las otras que él había conocido hasta entonces Le cautivaron los ojos azules y el cabello de oro, no muy acrisolado de la dama, y sin titubear, sus amoríos echaron raices, hasta el extremo de que sin decir nada a sus padres, se comprometió a casarse Una orden terminante de don Rosalio, cortó temporariamente el idilio que ya había entrado en su faz peligrosa, y el mocetón se puso en viaje para la estancia, decidido a jugar su suerte, contándole primero a su madre lo que le sucedia, a fin de obtener el consentimiento del viejo Pero el principio de su plan diplomático había fracasado La nota de su extraña vestimenta, anuló de un golpe sus propósitos, pues si su padre no quería que se vistiese al estilo pueblero, ¿cómo iba a querer que entrase en la familia, una muchacha que era más extranjera que su ropa? Sin embargo, no se desesperanzo, pues su pasión le infundía coraje, y pensaba que su padre le negase el consentimiento, se dispuso a no cejar, aunque tuviese que huir de su casa Ña Nicasia, al saber la resolución de su hijo, se enfermo de veras y solamente el amor inmenso que le tenía, pudo darle alientos para llenar una comisión tan grave

Todo marchaba aparentemente tranquilo, a pesar de la cara fosca de don Rosalio, quien no olvidaba que el muchacho, si bien había cambiado de vestido, no variaba de maneras, cuando una noche, se repitió la escena tumultuosa del principio, en un baile que dio don Ciriaco Viñoles solemnizando sus bodas de plata El pericón había entrado en el cuadro de las relaciones, y las parejas, agarradas de las manos, esperaban que acabara el bordoneo interminable de las guitarras y empezaran de una vez los primeros compases que señalan la rueda Al fin dio comienzo el

preludio, en un picar de notas graves, sobresaliendo a intervalos la vibración de las cuartas y primas, que se empujaban al salir de los instrumentos, derramandose en profusión melodica, mientras los cuerpos de las mozas se balanceaban de izquierda a derecha y los mozos las tomaban de las manos, haciéndolas dar una vuelta rápida Don Ciriaco, que tambien bailaba, haciéndose el sorprendido, fue echado al medio, en compañía de una paisana arrogante, ampulosa de plástica y con unos ojazos picarescos, que el veterano, al empezar su verso, hizo un ademán de desenganche, como si estuviese revoleando la lanza en un ataque furibundo

—¡Pare la rueda! —gritó en el mismo tono que empleaba cuando atropellaba al enemigo

Después, encarándose con su compañera, repitio uno de los versos que sabía, más antiguo que su arma de combate

*Si vo juera banderola*
*de mi lanza, y yo e lancero,*
*¡como téiba a hacé luci*
*en medio de un entrevero!*

Y cuando cesó un poco la algazara que produjo la copla del veterano, la china le contesto con enfasis

*No me venga, don Ciriaco,*
*con cuentos de ánima en pena,*
*que una linda banderola*
*precisa lanza muy güena*

Desbordáronse los aplausos y siguieron los sonoros rasgueos de las guitarras, intensos y sostenidos, como

si las primas fueran a estallar de tanto quejarse, y las parejas giraron otra vez, taconeando acompasadamente en el piso y levantando nubes de polvo, en el veloz sacudimiento de las polleras.

Rudecindo, que no había querido tomar parte en el holgorio general, porque el pericón no le hacía feliz, según la frase que había aprendido en el pueblo, y que dijo delante del paisanaje, dejándole asombrado, miraba distraído la pared blanqueada del rancho, que de vieja estaba descascarándose, y en un rincón del cuarto, la lanza heroica del guerrero, cuando don Rosalío se le acercó, exclamando, visiblemente alterado:

—¡Pero vos no queres bailar, y eso que te lo he mandao! Salí inmediatamente, y dejate de estar áhi, echando pa tras la cabeza, lo mesmo que mancarron sofrenao. Andá te digo, y agarrá aquella muchacha, que está como vos, a estaca, y media deslomada por el recao. Movete, que si no me obedeces, te vi a sacar a picana.

Rudecindo, hostigado por la persecución que su padre le hacía, e indignado por los términos ofensivos en que se expresaba, se levantó del asiento y quiso irse, pero el viejo le tomó del brazo y le empujó hacia adentro. Él forcejeó para desprenderse de la garra paterna, hasta que consiguió su objeto. Su madre acudió y al presenciar el triste espectáculo, se puso a llorar como de costumbre, cuando se consideraba impotente para contrarrestar las demasías de su esposo. Don Ciriaco se dispuso a intervenir, pero al ver disparar al mozo se contuvo diciendo:

—Dejelo, compadre. Po ma qui estire e sobeo, no conseguirá alargarlo. Y a fin e muchacho sigue su inclinación y ni a golpe le va a quitá e sobrepaso

Dipué de tuito, gaucho va quedando poco, po que la cevilizació ha desterrao la bota e potro y e paisano e una mextura de tuito pelaje

Usté mesmo, cumpa, —prosiguio— que se tiene po tan criollo, ya no pica naco, y compra tabaco picaó, y e cojinillo de su mancarró, no e de cuero crudo, sino de vaqueta, y pa comé, usa tenedo, y pa cotá e palo tiene serrucho y no duerme en e suelo, sino en cuja, y ya no cose e traje con tiento, sino con hilo

Don Rosalío cayó entonces en la cuenta, de que para ser un gaucho realmente primitivo, como él lo deseaba, tenía que desterrar de sus costumbres una porción de cosas que se habían ido introduciendo poco a poco en su estancia, impuestas por las necesidades de la época Pero no dio su brazo a torcer y se retiro del baile muy disgustado, y con el corazon oprimido por una angustia indecible Sí, era verdad, el ya no era un gaucho puro, estaba corrompido por los otros, dominado por hábitos adquiridos, sin saber como Recordo lo que le había dicho su compadre y comprendio que en parte tenía razón, pero no en todo Él, se resistía a aquella invasión de procedimientos extraños Todavia se burlaba del ferrocarril y del telegrafo y se sentía con fuerza y con derecho para seguir burlándose de lo nuevo Lo que no aguantaria, de ningún modo —eso no—, era lo que él llamaba el retobamiento de su hijo Se hallaba resuelto a tomar una resolucion definitiva, para corregirle

De lejos, andando silencioso, al lado de su mujer, que también callaba, oyó los compases de una pieza que en nada se parecía a las que el conocía, y clara y distintamente sonó la voz del *payador,* que cantaba en el baile

*¿Dónde vas con mantón de Manila?*
*¿Dónde ves con vestido chiné?*

—¡Ay juna! — dijo a gritos don Rosalío — ése es el traje de mijo, el mismo vestido chiné

Cuando llegó a su rancho, buscó en vano a Rudecindo Éste, convencido de que el encono del viejo no se calmaría nunca y de que él tampoco cambiaría su modo de ser, ensilló su caballo, y se puso en camino para la ciudad, resuelto a no volver al pago hasta que su padre variase de opinión y le llamara Pero pasaron muchos años antes de que esto sucediera Rudecindo se había casado hacía mucho tiempo, con la muchacha de ojos azules y cabellos de oro, no muy acrisolado, que conociera en los arrabales del pueblo, antes de su metamorfosis completa Tenía dos hijos, cuando recibió una carta en la que su madre le decía que fuera inmediatamente a la estancia porque don Rosalío estaba muy grave, y ella había conseguido que le perdonase Volvió el hijo pródigo al hogar abandonado, en compañía de su mujer, que a semejanza suya, ni era extranjera ni criolla Efectivamente el viejo estaba gravemente enfermo Cuando Rudecindo penetró en el dormitorio de su padre, experimentó una impresión dolorosa Don Rosalío, acostado en su antiguo lecho, flaco y amarillo, parecía un cadáver Solamente sus ojos, profundamente abiertos, relampagueaban al fulgor de la luz artificial, como si su alma toda, se hubiera refugiado en sus pupilas, último rincón habitable de su organismo Pero lo que más emoción causó al mozo, fue aquella armonía que él creyó ver entre la

muerte de su padre, y el estado deplorable de su casa Las paredes agrietadas, los muebles atacados por la polilla, disolviéndose en polvo, aquella vela de baño, ancha en la base, y angosta cerca del pabilo, las cabezas de vacunos, amarillentas, con las quijadas desunidas, mostrando los alveolos donde un tiempo se arraigaron los molares, la paja del techo, húmeda y negra todo revelaba una agonía próxima, pues si no era cambiado en breve, se derrumbaría sin estrépito, como una ceniza que se derrama

Contempló al moribundo y sin hablar, le besó, mojándole el rostro, casi frío, con sus lágrimas En el silencio fúnebre, se oyeron los pasos de Rosina, la mujer de Rudecindo Se acercó al lecho, imitando a su marido la luz vacilante le daba de lleno en la cara, lívida por la emoción real que experimentaba Su traje nativo, de talle corto y de género azul a cuadros, sus ojos azules y su pelo, rubio como las barbas del choclo, la denunciaban como tipo de mujer extranjera Habló con Rudecindo haciendole preguntas sobre el mal del enfermo, pronunciando palabras que eran una mezcla de genovés y criollo

Cuando ambos terminaron de dialogar, miraron a don Rosalio y vieron que éste había puesto la cabeza bajo la almohada Trataron de colocarlo debidamente, y al notar que tenía el cuello algo rigido, le entreabrieron los ojos Los párpados permanecieron inmóviles Estaba muerto

# EL COMISARIO DEL PAGO

Era más conocido que la taba y mas feo que pegarle a Cristo, segun la expresión del juez de paz, que no le quería mucho, a pesar de sus demostraciones amistosas Don Emeterio Neyra, era un gaucho corpulento, de cabeza voluminosa, amplia la espalda, de largas tibias y algo cacunda, debido probablemente, a su desmesurada longitud En cuanto a las condiciones plasticas de su persona, había que poner algunos reparos, porque los brazos no guardaban la proporcion debida con relacion al área del cuerpo, principalmente con la medida lineal de las extremidades inferiores En lo que habia verdadero contraste era entre sus manos y sus pies Dichas piezas resultaban contradictorias, porque mientras las primeras semejaban dos polipos de nudosos tentaculos, con sus correspondientes dorsos de piel rugosa y dura, los segundos eran ridiculamente pequeños, anchos, casi redondos y de elevado empeine, tanto, que cuando se ponía botas nuevas, la turgencia aparecía en toda su plenitud, tomando aspecto de inflamacion crónica El paisanaje apreciaba cumplidamente la belleza de sus plintos, por la fuerza que desarrollaban movidos en columpio El tejido adiposo, se le

había pronunciado, desfigurándole la cintura y ahondándole extremadamente la zanja del lomo, como él decía en su lenguaje pintoresco. Al andar, describía un semicírculo, balanceándose, no pudiendo ponerse bien derecho, por insuficiencia de apoyo. Su cara, de indio crudo, impresionaba desagradablemente. Tenía la frente estrecha y deprimida, la cerda del cabello le caía sobre las orejas, sus ojos eran pequeños y rara vez miraba de frente, aunque, cuando conversaba con alguno, trataba de *calarle*, enfocándole sus pupilas centellantes de felino. La nariz, irrisoria por lo insignificante, estaba casi borrada del mapa gráfico de su fisonomía, y su boca, de labios carnosos y grandes, parecía una hendidura, en el fondo de la cual se descubría como yacimiento calcáreo, su recia dentadura de indígena, su bigote había brotado escasamente, lo mismo que los pelos de la barba, ralos y gruesos, como vegetación de pantano.

Traído y llevado por el flujo y reflujo de las revoluciones, fue subiendo a la superficie, primero como baquiano conocedor de la campaña que había recorrido desde muchacho en todas direcciones, impelido por sus aficiones de vagabundo incorregible. Después, siguió su marcha, sin rumbos, haciéndose milico, peleando en los entreveros con mentas de guapo. Era un lancero terrible y sanguinario, irrespetuoso con sus jefes, altanero y vengativo, un malevo, con autorización militar para saciar sus apetitos bestiales. Con este conjunto de cualidades viriles, logró destacar en breve tiempo su estatua ecuestre de guerrillero, para quien el caballo era parte integrante de su persona, y el lanzón de agudas moharras, una prolongación mortífera de su diestra. Pero todavía creció más, porque estos ejemplares de

la fauna silvestre, con instintos de fiera, aumentan de volumen a maravilla, fecundizados por la sangre que vierten sus manos en los campos de batalla o en las misteriosas luchas de las encrucijadas Su torso colosal era imponente, su voz cavernosa, se enronquecía cuando entraba en pelea y sus gritos se convertían en resuellos, a poco de atacar al enemigo, como si surgieran de alguna herida abierta en la garganta Su brazo derecho se contraía y se estiraba con elasticidad de muelle, arrojando su enorme instrumento de matanza al pecho de su enemigo, certero como un venablo Su naturaleza salvaje tenía un refinamiento sabía matar, ocasionando a la víctima, la mayor intensidad de sufrimiento, y experimentaba el más supremo de los deleites, presenciando las dolorosas y largas agonías Su cara, de pomulos salientes, cetrina de ordinario, se animaba en medio del ataque, como si el liquido que manaba de las arterias rotas, enriqueciera el exiguo caudal de las suyas Y no se crea que la fatiga y el enardecimiento, produjera este fenomeno, que podría llamarse de transfusion, porque aquella máquina de exterminio nunca fue vencida por el cansancio, siendo capaz de lancear de sol a sol, sin que se le aflojaran los tendones

No perdonaba, sino por circunstancias ajenas a su voluntad En cierta ocasion dejo de ultimar a un prisionero, porque la ropa que este llevaba puesta no valia la pena de tanto trabajo, pero en cambio, había asesinado a muchos infelices, con el exclusivo objeto de carcharlos No obstante esa ingénita ferocidad, era apreciado por sus jefes, pues cuando se le necesitaba para una empresa temeraria, no había otro como el, para acometerla con exito Se intro-

ducía en el campo enemigo, sin precaución alguna, a plena luz Peleaba, hería con ensañamiento, cruzaba por entre la masa de soldados, abriéndose camino a pechadas de caballo y a punta de lanza, los desgarrones que las medias lunas dejaban en su piel, se curaban solos, y no le incomodaron, ni las rodadas, ni las heridas más profundas Como su alma, su carne era insensible para el dolor

Su ignorancia era tan grande como su valor personal Un viernes santo, el general en jefe, que era muy religioso, dispuso que nadie comiese carne La soldadesca se sometió a la orden, pero el, en perpetua rebelión con la raza humana, negóse a cumplirla Un chasqui que le vio en la puerta de un rancho próximo, comiendo un peludo, le gritó al pasar

—¿Qué hace sargento? Si el general sabe, que Dios lo libre del empacho

—Esto no es carne, —contestó Neyra, con voz que parecía salir de un precipicio, y agregó— los peludos son batatas de la tierra

Exigencias imperiosas de la guerra, obligaron al gobierno a nombrarle comandante militar de un departamento La casa policial, modestamente decorada, le causaba desesperación y andaba dentro de ella, *medio boliao*, segun su propia frase El salón de recibo, alfombrado, le producía un malestar indecible, y aunque acostumbrado a pisar el tapiz de la grama, como dicen los poetas, el caso era diferente, porque el pasto verde o seco, no ponía resistencia a la presión de sus botas, mientras la alfombra, era tan dura como las suelas, sirviendo sólo para amortiguar el rumor de sus trancos En un rin-

cón de la sala puso un catre y junto a él, hacía clavar diariamente el asador con el churrasco destilando el jugo sanguinolento, que caía formando un círculo de grasa sobre los florones del tripe. Su imperio duró poco y bajo del trono de su autoridad, no dejando más rastros que unos cuantos atropellos, y las manchas consabidas en el salón de audiencias. Otra conmoción política le empujó nuevamente al entrevero. Su lanza todavía empapada en la sangre del último combate, volvió a ser esgrimida con más vigor, como si quisiera desquitarse de todo el tiempo que estuvo inactiva, aunque no olvidada por su dueño. Los años pudieron morigerar sus ímpetus, pero no lo enfrenaron. Antes, mataba como *loco,* después lo hacía reflexivamente. He ahí la única diferencia.

La guerra había terminado y nadie oyó hablar más del comandante Neyra. ¿Qué se había hecho? El que tantos golpes distribuyó, ¿había, por fin, recibido el suyo? ¿Acaso, la muerte, siquiera por una sola vez, era la tardía aunque ineludible justicia?

Sería cosa de ver, —decía el juez de paz—, que saliera el comandante hecho criba de un entrevero! ¡Hombre suertudo! ¡Si parece que tiene pato con Mandinga!

Y así era, en verdad. El guerrillero implacable, pernoctaba en su vieja guarida, como tigre que se resigna a esperar mejor ocasión para ejercitar sus garras. En su ausencia, no hubo un solo gaucho bastante atrevido para acercarse a su rancho. De modo que a su regreso, lo encontró intacto como él lo había dejado, oculto en un recodo de la cuchilla, como una trampa, resguardado de los vientos y lo

más distante posible de las otras poblaciones. Al poco tiempo de permanecer en su casa, el jefe le hizo bajar al pueblo, para encomendarle funciones delicadas que él solamente podía desempeñar de una manera cumplida.

—Comandante, —le dijo el jefe—. El gobierno quiere premiar sus importantes servicios y tengo autorización pa nombrarle comisario de su pago. Pero albierta que aura no se trata de peliar a lanza brava, sino de mandar con tiento. Haga respetar la autoridá, pero no menudee los planchazos.

—Asigún, jefe —contestó el indio—, el gauchaje anda muy retobao y hay que hacerle agachar el lomo a juerza de punta y filo.

—Pero no pinche amigazo.

—¿Ni pa despuntar el vicio? —interrogó, riendo y guiñando un ojo.

—Ni pa eso.

—Entonces, no sé pa que me da el empleo. Yo no se lo pedí, puede quedarse con el, que lo que no sirve, estorba.

Y no hubo forma de reducirle. Se le confirió el cargo, dejando a su criterio la apreciación de los casos en que hubiera necesidad de apelar a la violencia, pues, como elemento pacificador, el hombre resultaba insustituible. Y se le dio posesión, ante el asombro significativo del vecindario.

El edificio de la comisaria, era un caserón viejo con mirador pintado de azul, y techo de zinc. Desde cuatro leguas se le veía, como un castillo en ruinas, las paredes sucias y sin revoques confundiéndose con el pardo color de los rastrojos quemados. Frente a la casa estaba el corral, una manguera deforme,

en donde se encerraba todas las noches la caballada de los milicos, y un poco más lejos la enramada, de construcción primitiva, sostenida por cuatro postes de sauces pelados a diente de matungo, y encima un monton de ramas de coronilla y sombra de toro, cuyas hojas tostadas por los soles de estío, se habían convertido en refugio de todos los insectos voladores de la comarca Dentro del enorme edificio, los pasos vibraban sonoramente y la voz del comandante Neyra, de suyo misteriosa, se esparcía en ecos fúnebres sostenidos, como si las habitaciones fueran cajas armonicas, expresamente construídas para dar tono solemne a su autoridad Por lo demás, aquel estrepitoso rumor, era un efecto razonable del vacio, porque los cuartos no tenían casi muebles, y unicamente el salon de audiencias, como denominaba el comisario, al local en donde administraba *justicia,* podía decirse que tenía algo adentro, porque era receptáculo de una mesa escritorio, vieja, descascarada, grande, en forma de arca de Noé, sobre cuyo techo se echaban, don Emeterio, para dictar sus decretos insulares, y el auxiliar para escribirlos, con una caligrafía, que por los rasgos y ramazones que ostentaba, parecia un bosque cubierto de enredaderas Completaban el ajuar cinco sillas, lisiadas en su mayor parte, porque tanto ellas como la mesa arqueológica, antes de llegar a los dominios oficiales del lancero, habían recorrido un *via crucis* de cinco lustros, a traves de las oficinas publicas del Estado

Mientras el amanuense, un mocetón flaco, de pelo muy lacio y renegrido, que él usaba dejándolo caer sobre el ojo izquierdo, escribía, con rasgueos ru-

morosos, el comandante le pegaba al verde, casi sin solucion de continuidad. Solo cuando se trataba de un asunto grave, dejaba el mate sobre el arca, y empuñaba el rebenque que en sus manos era como un símbolo de justicia. Pero era un simbolo primorosamente trabajado. El cabo estaba tejido con tientos, sobre un trozo de ballena cimbradora, adornado con virolas de metal amarillo, rematando en una argolla de hierro algo desproporcionada por el tamaño, muy brillante por el roce de los dedos, a pesar de la lonja atada al aro y por entre la cual apenas pasaba su mano de tentáculos nudosos. El que se arriesgaba a demandar amparo al comandante, lo hacia, seguramente porque calculaba que no podia venirle un mal todavía mayor del que iba a quejarse. El comisario oía, al parecer con algún cuidado la declaración del exponente, sentado en un banco de patas cortas, la mano siniestra apovada en el muslo, golpeándose acompasadamente las cañas acordeonadas de las botas, con la suela del rebenque, como si de sus extremidades inferiores fuese a surgir el espiritu de Astrea. Despues de escuchar y de golpearse los cilindros de cuero de bufalo, y de acompañar al narrador con movimientos de cabeza, que el interesado tomaba como una manifestación de asentimiento se levantaba de pronto estirando su gigantesca armazón, como si saltase del fondo de una caja de sorpresa. El pobre paisano se inmutaba, ante aquel ruido insolito, de huesos de articulaciones, de carne y de charol, y daba un paso hacia atras, preparandose para la embestida, pero el comisario, cuando no pegaba al mismo tiempo de ponerse en guardia, se podía tener la seguridad de que

todavía quedaba tiempo para resollar un poco Así sucedía en efecto

El hombre se dirigía incontinentemente a su mesa de despacho, sin cuyo requisito, no tomaba jamas ninguna resolución que tuviese que ver con su mandato Luego ladeando la cabeza sobre el hombro derecho, achicando los ojos, como si quisiera afinar la mirada y sacarle punta para clavarla en lo más hondo, contemplaba al acusador, quien esperaba con espanto el resultado de aquellos movimientos impulsivos Por fin, el guerrero, abria su bocaza y salian a relucir, junto con la anhelada sentencia, sus dientes ferozmente agudos, tan agudos que no parecia sino que los frotaba en la misma piedra en que afilaba la hoja de su facon legendario

—¡Mirá, ché, —gritaba encarándose con la víctima— mejor sera que te largues de aquí, porque vos sos tan trompeta como el otro que te corrio pa matarte ¿Te crees que yo inoro que hacés malos acuerdos míos, junto con el juez de paz, que se vende por mi amigo, y que no es mas que un lengua larga sarnoso, que anda mascando el freno?

El agredido se excusaba como podia, de tamaños cargos, y cuando se le presentaba coyuntura, saludaba humildemente, salia del recinto y huia a todo lo que daban las patas de su caballo

El comandante, una vez solo, todo enconado se dirigía al copista, desfogandose en frases explosivas

—Yo no se, ¡canejo! —decia— que se han creido esta gente, que el comisario está pa meterse en sus asuntos Si el otro lo atropelló ¿por que no hizo la pata ancha y le marco un barbijo? Cuando menos se ha pensao, que por el yo vi a tomar la parada ¡No sea zonzo!

—Y mesmo, —contestaba el amanuense, echandose para atrás la crin, en un movimiento brusco de cabeza—, usted tiene bastante que hacer pa ocuparse de cosas de esa laya

—Y aunque no tuviera, ¡qué necesidá hay de andar cuidándole el cuero a tuitos estos gauchos, maulas y desagradecidos!

El copista, nunca decía que no ¡Qué iba a decir! De modo que como no negaba ni se oponía, el comisario andaba desconfiado de su sinceridad y le buscaba *la lengua,* para descubrir terreno Pero su empeño era infructuoso, porque la adulación, como decía el juez de paz, es igual al abrojo que prende en todas partes

Don Emeterio, al cabo de dos años de ejercitar su autoridad, se había afirmado en los estribos, como el a menudo lo decía, y había pacificado de tal manera su vasta sección policial, que el silencio era el principal atributo de su justicia Las manifestaciones de vida eran muy escasas, y los rancherios diseminados en las planicies, o coronando las empinadas lomas, a la hora en que el sol alumbra los mas ocultos intersticios, parecian completamente deshabitados, tal era la tranquilidad que reinaba dentro de sus muros También, es cierto, que el número de seres humanos había disminuído visiblemente, en razón directa del aumento de vacas que se notaba en el campo del temible lancero El juez de paz, como un Maquiavelo silvestre, trataba de voltear al comandante, de la única manera que podía ejecutando un plan de intrigas y denunciando a la prensa de la ciudad, los atentados cometidos Don Emeterio recelaba y cada vez que el juez le estrechaba la mano efusivamente, no podía menos que hun-

dirle la mirada hasta el corazón, y que sonreirse, con una socarronería desesperante, cuya intención el representante de la justicia civil, traducía con alguna dificultad La mirada quería decir, probablemente

—Vos has de tener algún entripao adentro, pedazo e trompeta, o lo negués porque se advierte hasta en el modo de agachar el cogote

Y la sonrisa, era más elocuente, expresaba

—Ande ha de dir el guey, que no are Ya sé que estás abriendo cueva, mulita, pero te via caer en el lomo, como carancho en el nido

Y nada más, porque el juez se sentaba y el asistente, un negrazo casi tan voluminoso como su jefe, aparecia con el mate en la mano, haciendo crujir la gramilla bajo la suela de sus botas, y mientras el cimarrón se repetía, hasta hora avanzada, el comandante, así que daba a la bombilla el último beso, bajo la placidez de la tarde, y a la sombra que proyectaba el caserón sobre el verdegueante trebolar, ensayaba su destreza de campero, tirando el lazo, de trenza cruda, a una cabeza de vacuno, con larga y puntiaguda cornamenta, que había clavado en un poste Nadie le aventajaba en esa ruda tarea Lo hacía dar vueltas v vueltas, jugando la flexible muñeca, e imprimiéndole un ligero balanceo, para evitar que la guasca se enredase en los dedos, firme el cuerpo, en alto el brazo, el cuello algo inclinado hacia adelante y la bocaza abierta de par en par, arrojaba por fin el lazo, que salía

*Cual silbadora sierpe, de su mano*

Y si algún milico descuidado o torpe, pasaba por la zona de sus operaciones, caía sin remision dentro de la armada, recibiendo el tiron y la cinchada de estilo, el policiano, intentaba guardar el equilibrio, tranqueando en dirección al enlazador, pero eso de nada le valía, porque no habia astucia posible, cuando se luchaba con los músculos poderosos del comandante Neyra

El juez se despedia, bajo la misma significativa mirada y la sonrisa desesperante, pero menos pronunciada del comisario Él procuraba hacer otra traduccion

—Gueno —exclamaba— ahora quiere decirme que ande alvertido y que lo que menos me va a hacer, sera abrirme una docena de ojales en el cuero

Entretanto, la seccion se despoblaba rapidamente Los potreros bien empastados, no contenian ningun animal y los ranchos empezaban a echar por las paredes ortigas y lenguas de vaca, y la chacra, sin arar, se llenaba de hinojos y visnagas

De modo, que antes de un año, solo quedaron, frente a frente, mirándose con oculta rabia, enemigos a muerte aunque reservando sus malos designios, el juez y el comisario El primero, que además de sus funciones públicas de magistrado, ejercitaba las de pulpero se vio en situacion muy comprometida, porque fuera del peligro a que estaba expuesto, de caer en las garras del tigre policial, su comercio resultaba nulo, desde que el vecindario habia ido a construir sus chozas en otro pago donde la autoridad fuese menos guerrera y mas amiga del paisanaje trabajador Él huyo tambien y mas pronto de lo que suponia, porque le llego aviso de que el comandante estaba

resuelto a que se quedara en la sección por toda la eternidad, realizando así, por primera vez, de un modo personal, el objeto del cargo que desempeñaba, que consistía en establecer la paz entre los hombres El pobre juez, amigo de los términos sonoros y de las frases parabólicas, —pues a la primera citación, le llamaba primer tiro de bolas, al acto de la conciliación parar rodeo, y a la sentencia, carneada—, con el serio contraste de la huida, hasta se había olvidado de sus metáforas pintorescas Sólo atinaba a contestar cuando alguno le preguntaba por qué había abandonado su pago

—Qué quiere, cuñao, la balanza andaba fieramente

Nunca se supo si hacía referencia a la justicia o a su casa de negocio

El comandante, fue sumariado y se le hizo bajar a la capital donde tuvo oportunidad de reírse mucho de las formas policiales que en ella se usan No podía volver de su asombro, cuando estando de visita en una comisaría, cuyo funcionario principal era muy su amigo vio a éste sentado en su elegante mesa de despacho, amable y atento con todos resolviendo las cuestiones más delicadas, sin estrépito, con verdadera justicia paternal Aquel comisario gentil de bien repartido cuerpo, correctamente vestido, con su cara de buen muchacho, le parecía la negación de toda autoridad, y se decía para sus adentros golpeándose como de costumbre, las cañas acordeonadas de las botas

—Jue pucha con el comisario charabón Si ni bigote tiene el hombre ¿Quién va a respetar a un cajetilla como éste? De juro que en el primer entrevero, si no dispara es porque lo han desocao

Como del sumario, prolijamente levantado, no resultó comprobado ningún cargo, el comandante volvió a sus pagos encontrándolos tan solitarios como antes, aunque más frondosas y crecidas las visnagas, los abrojos y las chircas, y más duros los albardones del rastrojo. Recorrió, en compañía de su asistente, todo el perímetro de la sección, sin encontrar un paisano en el camino, ni siquiera cortando a campo traviesa. Cuando regresó al caserón de la policía, hizo redactar una nota para el jefe.

—¿Qué le pongo, comandante? —preguntó el amanuense.

—Póngale, que la sesión está tranquila, y que no ha ocurrido ninguna contravención.

Y se fue a tirar el lazo.

# RUDECINDO AMORES

Ese día, Rudecindo se consideró un hombre desgraciado Sus ilusiones de mozo inexperto, sufrieron un gran golpe y cayeron de su alma como hermosos cristales fragmentados, y ni un resto de esperanza proyectó un poco de claridad sobre las ruinas de sus recuerdos, hacinados en su memoria como objetos valiosos en el fondo de un arca Era el primer contratiempo, la primera derrota que experimentaba en sus campañas de amor, porque aunque el no se vanagloriaba de sus triunfos, como guerrero de buena ley, la ausencia absoluta de ostentación no le quitaba el aplomo y la serenidad, que son atributos de vencedores Todos sabían que era un rival temible en esa clase de lucha, porque aparte de sus excelencias plásticas de mocetón arrogante y lindo, poseía una llave mágica, que era como ganzúa de oro para abrir corazones

—Ahí viene el payador, —decía la mozada, y los guitarreros cortaban el chorro melifluo de sus bordoneos y en un instante, los instrumentos descansaban en los rincones como el arpa de la rima becqueriana, las parejas se agitaban con trepidación de rodeo, y el baile se volvía un desbarajuste, porque las criollas no

ocultaban la emoción que aquel nombre prestigioso las producía, a trueque de herir el orgullo de los danzantes Rudecindo penetraba en el local, serio sin gravedad, complacido por las demostraciones que se le tributaban, y mucho más por las que descubría, —chispeando deseos— en los negros ojos de las sensibles paisanas Un rumoreo de nueva alegría se alzaba entonces, y la concurrencia enfilada a lo largo de las paredes, esperaba la novedad de la noche, no pareciendo sino que comenzaba la fiesta, en tanto que en la puerta del rancho se juntaba el paisanaje de mayor edad, sin intención de tomar parte activa en el holgorio El dueño de casa molestado por la obstrucción, que dificultaba el acarreo del mate, se encaraba con los mirones y les gritaba amablemente

—Dentren, aparceros, que están amontonaos en la puerta, lo mesmo que ganao chucaro

Una risotada general sonaba en el guardapatio, y algunos momentos después se oía una voz de viejo, que provocaba otro desbordamiento de risas

—Si quiere que dentremos a la manga, mande una guena moza pa siñuelo

El promotor del baile se resignaba y concluía por dejar que el pelotón humano engrosara tapando el único agujero de ventilación que tenía el cuarto

Rudecindo, para desviar la atención de todos fija casi exclusivamente sobre su persona, exclamaba

—Sigan bailando, que aquí no hay dijunto pa tanto velorio

Pero su intento se frustraba, porque la gente quería oír los primores de su voz y especialmente sus improvisaciones, el mozo no tenía mas remedio que someterse, y aunque no venía preparado, según lo hacía constar, pedía su guitarra, y empezaba a cantar

acompañándose diestramente, arrancando notas de aquellas cuerdas, que bajo la presion de sus dedos reían o lloraban sin ronqueras de trasteos y sin chillidos de prima desafinada Los aplausos desde el principio, estallaban con estrepito, repercutiendo en las barrancas proximas conmoviendo el silencio habitual de las noches y ahuyentando a las lechuzas, que atraídas por la luz, revoloteaban en torno de las casas Cansado de cantar, Rudecindo atropellaba a la puerta, agachándose para salir, seguido de algunos admiradores, que nunca le abandonaban Luego, se formaba rueda al aire libre y el escaso o mucho viento que pasaba, recogia los sonidos armoniosos del trovador y de su instrumento, derramandolos en forma de murmullos por la infinita llanura, llevandolos más allá del bañado, desde donde los chajaes y los teros hacían notar su condicion de oyentes, lanzando estridentes gritos

El payador era un gaucho de raza De estatura regular, más bien parecia alto por la flacura de su cuerpo Era pequeña su cabeza de músico rudimentario, y larga y undosa su melena Sus ojos, obscuros, pensativos y tristones, tenian vaguedades de crepusculo Su nariz era recta y su boca de labios finos, estaba sombreada por un bigote poco abundoso, y el conjunto de su persona resultaba elegante y simpático Su voz era vibrante y dulce, y cuando cantaba tenia un timbre melancolico, como si su alma padeciera del mal de la nostalgia Sin embargo, no había motivos para que el hombre se mostrase tan desconsolado, y al decir de sus amigos, se quejaba por puro lujo Así, cuando le oían cantar, con mucho acompañamiento quejumbroso de bordoneo

*No encuentro en el mundo un ser*
*mas disgraciao que yo*
*creo que me recibio*
*la desventura al nacer*
*corro en busca del plancer*
*y el dolor se ceba en mí,*
*triste y humilde nací,*
*y cansado y solitario,*
*sólo recuerdo el calvario,*
*de las penas que sentí*

aunque todos sabían que esto no era verdad, le escuchaban no obstante con atención, y cada uno de los presentes se creía en el deber de mostrar cara de afligido, para dar mayor solemnidad al acto Su fisonomia, en relación con su temperamento sentimental, rara vez expresaba regocijo, y cuando sonreia, su aspecto hacia pensar en un alumbramiento doloroso Era pobre, pues toda su riqueza se reducía al caballo que montaba, a su guitarra y a su apero Vestía pulcramente, y su orgullo consistia en llevar limpias las botas de cañas de charol y finos tacones, lo mismo que el poncho de vicuña y el chambergo con barbijo de seda Su caballo, de cola atada y atusada crin, anunciábase desde lejos por el ruido de las coscojas Su dueño le ponia al trote, y el rosillo levantaba y bajaba la cabeza, arqueando el cuello, con movimientos rápidos y airosos, mordiendo de vicioso la pierna del freno, cruzándose en el camino, hasta galopar de costado, arrojando, de tanto escarcear, copos de blanquísima espuma No tenia vivienda fija, y en el extenso campo donde es tan fácil construir cuatro paredes de terron, techándolas con unos cuantos mazos de totora, nunca tuvo la oportunidad de poseer una

guarida propia De modo que el que le precisaba, le buscaba en la estancia ajena, en la población de un amigo No se sabía con exactitud su paradero, pero galopando, galopando, se le encontraría forzosamente

Si la imaginación criolla fuese tan fecunda para crear símbolos, como en otro tiempo fue la musa griega, ya habría visto en el gaucho payador, la encarnación de la música agreste, porque su alma vibrante como una caja armónica, estaba formada, acaso, de todos los sonidos melodiosos del terruño El eco de su voz, en ocasiones, semejaba el rumor del viento en los ramajes, o el que produce el pampero al cortarse en el filo de las pajas bravas Su lento y suave decir, evocaba recuerdos de tardes serenas en el descampado, de crepúsculos murientes en el silencio de las abras, de resonancias nocturnales, cuando el llano se esfuma, y los caminos apenas se distinguen como cintas descoloridas, ya parecen y se ocultan las fogatas de los ranchos distantes y los árboles del monte destacan su negrura en línea recta, como un escuadrón de colosos que marchara a la sordina, costeando el arroyo y perdiéndose bruscamente en la cuesta En unión de la guitarra, que tiene bravías notas en la prima y sordo rumor de correntada en las bordonas, su canto era como una música imitativa, cuyos secretos conocían los paisanos, porque la habían oído muchas veces, en los rincones apartados, donde la naturaleza se insinúa sin misterios, modulando ella también el poema de la Creación, como una inspirada salvaje

¡Alma candorosa y susceptible! Cualquier inconveniente, de esos que redoblan la tenacidad de los verdaderos luchadores, le anonadaba, quitándole fuerzas, poniéndole en un estado de angustia muy próxi-

mo al llanto Y ¡extraña faz de su carácter! las pasiones echaban hondas raíces en su corazón, pero no resistían al desengaño, sucediendo que mientras el obstaculo debilitaba sus ímpetus, sus esperanzas crecían más lozanas, pero le faltaba resolucion y terminaba por someterse a su destino, sufriendo en decimas y en coplas distintas, los rigores de la suerte Pero sus amoríos rurales, fueron impresiones pasajeras, simples libaciones de tentenelaire, en cálices de flores campesinas, comparados con su gran amor, romántico, digno del poema bucolico El nuevo objeto de sus cavilaciones era un ser casi impalpable para él, a pesar de tener uno de los mas hermosos cuerpos conocidos, porque aquella criatura interesantísima poseía un torso que era la misma tentacion mundana Estatua de carne animada por el fuego artístico de Pigmalion, con una cintura tan esbelta que cuando caminaba, infundía el temor de que iba a romperse, y unas caderas amoldadas a la curva sensual del amor terreno Pero todos estos encantos con ser muchos, no eran mas que humilde zocalo de la cabeza mas linda y más adorable que pudieron esculpir en carne viva, el cincel griego en colaboracion con el buril criollo Su elegancia era helenica, pero era de la *tierra* su hermosura ¿Quien sino el ambiente del terruño, podia haberle dado la gracia picante, que era como un reflejo de toda su persona, y el color moreno con tinte sonrosado de su piel, la profunda, intensa mirada de sus negros ojos y su sonrisa, que iluminaba, como si en su rostro se encendiese un alba de primavera?

Era la única hija del dueño de la estancia en que Rudecindo se hospedaba cuando habia fiestas o trabajos camperos Don Ubaldino Lopez, el acaudalado

estanciero, viejo paisano muy amable y bonachón, que residía en la ciudad con su familia, así que el invierno dejaba de escarchar los campos, aprontaba su tren de viaje y se trasladaba a su valiosa propiedad, en donde pasaba todo el verano, entregado con afán a la tarea antigua, ufano al verse otra vez en la querencia El paisanaje respetuoso, guardando la distancia debida, al tener noticia de su regreso, se apresuraba a visitarle, demostrándole su afecto desinteresado El hombre, que no había variado de conducta en medio de la riqueza, porque, como el decia, no había humo capaz de ponerle ciego, trataba a sus camaradas de otro tiempo con el mismo cariño de siempre, y aun con mayor agasajo, porque como el gaucho es suspicaz, no le gustaba que interpretasen mal cualquier falta de atencion involuntaria Rudecindo, que ya habia conquistado mentas de payador, hizo su entrada triunfal en la estancia de Los Trojes, siendo muy bien recibido La familia del estanciero, a falta de otras diversiones filarmonicas, asistia a las sesiones musicales que daba el payador bajo la enramada Siempre se encontraba un comedido, que para estimular la vena poetica del vate silvestre, se prestase a cantar con el de contrapunto, y entonces era asombroso ver al paisanito desarrollar su estro al compás de la guitarra, cantando estrofas de variadas estructuras, recién nacidas en su incubadora intelectual, bien redondeadas y constantemente melancolicas

La primera vez que vio a la hija del estanciero, sintio una impresion extraña y se quedó lo mismo que si mirase fijamente al sol viendo manchas obscuras en todas partes Las cuerdas sentimentales de su

corazón vibraron en acordes nunca sentidos, como si las hubiese pulsado una mano angélica No atinó a saludarla y se quedó cortado, cuando don Ubaldino le dijo cortésmente

—Amigo Amores, le presento a mi hija

Instintivamente buscó una silla para sentarse, porque se encontraba muy mal Una especie de síncope raro le ataco de pronto y creyo de veras que iba a caer Pero abrio los ojos con fuerza y se paso la mano por la frente, apretándose las sienes un poco, y recobro algo las fuerzas que empezaban a abandonarle Al cabo de unos minutos pudo contestar

—Tanto gusto

Ella, sonriente, como de costumbre, le saludo con amabilidad, pero de un modo que el pobre mozo concluyo por creer que la joven era la misma seducción, que por capricho se había echado a pasear en aquellas soledades en busca de nuevas emociones Pero su afán aumento al saber por boca del padre, que Isabel tocaba bien la guitarra y cantaba algunos aires españoles y nacionales, y se quedó atontado, cuando a sus ruegos, la hermosa tomo el instrumento, lo afinó y colocándolo sobre el muslo derecho, cruzó la pierna y comenzó a modular con soberbia voz, un estilo lleno de fugas y rasgueos Pero no fue sólo la musica y la voz lo que tanto le conmovieron La muchacha vestia un traje de seda claro adornado de encajes, y así, con la guitarra posada como un ave de canto armonioso, sobre su falda, mostrando por entre nubes sutiles de puntillas y blondas los diminutos zapatos de gamuza blanca y la media del mismo albo color, transparentando suavemente por el calado el vago tinte sonrosado de la carne, le pareció una visión, mas que una persona, no obstante las

morbideces artísticas de la joven, que no dejaban dudas respecto de su condición humana

Después del deslumbramiento, solamente le restó la persuasión de que la moza, a pesar de hallarse tan próxima a él, estaba inmensamente lejos

Pero su pasion, que aunque explosiva, tenía trazas de no amenguar jamás, le llevo a un falso terreno, en el que las conjeturas hicieron posible lo que era absolutamente irrealizable Su inspiración, por lo común fluyente, se acrecentó como un rio y amenazó rebasar sus barrancas naturales, con el aumento de caudal, multiplicáronse igualmente sus tristezas Cada verso era un gemido y cada estrofa un llanto puesto en rima Ella, entretanto, no se daba por advertida de aquella adoración poetica Parecíale que la música llorosa del payador, era un atractivo más de la campaña, como la brisa, como el gorjeo, como el rumor de la cañada como el perfume del espinillo, condensado en aromas y se dejaba acariciar, porque además de ser grata la caricia no había motivo grave para cortarla Cuando Rudecindo tardaba algo en presentarse, ella preguntaba con cierta curiosidad

—¿El boyero no canta hoy en la enramada?

Para la hija del estanciero, el payador tenia, pues, el mérito de un pájaro silvestre

Don Ubaldino escuchaba con arrobamiento las payadas, sintiendo resurgir en su alma sombras imborrables de lo pasado, toda la vida de otros tiempos mejores, porque eran más simples, más sencilla, sin las complicaciones de lo presente, y sobre todo, sin la dependencia mortificante de las modernas costumbres, y aplaudia, agasajaba a aquel muchacho, cuya inteligencia había brotado fuerte y lozana, como cualquier arbusto nutrido por la savia de la tierra

Así pasaron los días

Hacía mucho tiempo que no se marcaba en la estancia de Los Trojes Don Ubaldino fue aplazando esta operacion engorrosa, hasta que se decidió, por fin, a ejecutarla con todas las formalidades que se usaban en aquella epoca De modo que el día de la hierra, no bien empezó a aclarar, ya la humareda de los fogones se embolsaba en las mangas y tomaba campo afuera, llenando el pasto, como una evaporación de relente El ganado dividido en puntas, venía de la extensa planicie, convergiendo al lugar designado, en un rincón, al abrigo de los arboles La llanura se extendia, cortada por el arroyo, distinguiéndose en la brumosa lejanía, el bulto informe de la sierra, semejando una faja de nubes tempestuosas Las tropas avanzaban con lentitud, y a intervalos, se oia las voces y silbidos de los peones que arreaban a los animales, en su mayor parte chucaros, pues la semana anterior habían sido extraidos con señuelos de las mesetas ocultas por murallas de pedregales, y del monte en cuyas islas se procrean sin notar la presencia del hombre

El vecindario de los alrededores, habia concurrido a prestar su ayuda y a disfrutar de las emociones que brindaba el espectáculo que tanto sirve para retemplar el carácter nativo

La escena se animaba, y en todo lo que abarcaba la vista, el movimiento era incesante Los paisanos se diseminaban, afluyendo a los parajes en que podrían ser mas utiles y en cuanto a la novillada se disponia a rompei el circulo de jinetes, el griterío arreciaba con violencia mezclado al ladrido de los perros, y en un instante el potrero se conmocionaba corrian vertiginosamente los caballos, viboreaban los lazos, una

nube de polvo flotaba sobre hombres y reses, y el ganado se disparaba compacto, como una aglomeración multicolor de piezas móviles. Luego, al verse cortado por sus perseguidores, daba vuelta, tratando de escapar, aunque inútilmente, hasta que su fiereza se calmaba, sometiendose a la astucia del gaucho, enderezando para el rodeo. Los novillos mugian como si quisieran mostrar su desconsuelo y las vacas bajaban el testuz contemplando la hierba fresca que dejaban al paso. Gran empresa fue reunir aquellos animales en un solo grupo colosal y mantenerlos en reposo, evitando que alguno huyese, porque entonces la tropa entera dispararia, arrollando y pisoteando a los jinetes.

Los pobres bueyes, acostumbrados al yugo, pacientes y tranquilos, miraban a sus congeneres con ojos de sorpresa, y rumiaban filosoficamente, sin cuidarse del jugo verde que les caia de la boca espumante, manchandoles el hocico, mientras al lado de ellos, algunos toros inquietos se empinaban, alzando las astas sobre el nivel de las otras, produciendo una repentina oscilacion de ancas y lomos.

Entretanto, el sol, dominando las cumbres de la sierra, derramaba su oro fluido desde las cuestas a los valles, de los valles a los cerros, anegando nuevamente las alturas, de donde se precipitaba como un Iguazu resplandeciente, llameando en lagunas, rastrojos y tajamares. A la luz plena se activo el trabajo, multiplicáronse las fogatas y el ramaje ardia en ellas, con chisporroteo de fuegos artificiales. Las marcas se calentaban en el mismo centro de las hogueras, y los costillares, ensartados en los asadores, se oreaban al viento fresco de la mañana. Abundaba la gente inne-

cesaria y rapaz, de esa que carcha en la guerra y achura en la carneada, representantes genuinos de la pereza criolla que caen como caranchos al olor de la carnaza y que desuellan la res, acribillando a tajos el cuero, incapaces de hacer nada derecho Éstos eran los ruidosos incorregibles que se reian a carcajadas, con la boca llena de chinchulines a medio asar y las manos chorreando grasa, dando lugar a que los peones les impusieran silencio, gritándoles

—Cállense, chimangos, que el ganao es bravo y aura no mas, por causa de ustedes, da la atropellada y nos basurea

Y ellos, acostumbrados a soportar insultos y bromas, callaban, para volver a ser sorprendidos Sólo el indio Chala se incomodo con la reprension y no pudo menos que decir a un paisano, que a cada instante les chistaba enojado

—Mire, amigazo Leiva, no castigue tanto al pingo, que se le va a poner loco

Y se agacho, como si se hubiera desahogado, continuando la tarea con seguridad de mano, desollando un buen pedazo de cuero, a cada pasada de la hoja

Las chinas poco se ocupaban de los hombres, entretenidas como estaban en soplar el fuego, que no quería prender, oprimida la charamusca bajo los trebedes, y redoblaban afanosamente el esfuerzo hinchando los carrillos, inclinando la cabeza hasta el nivel del fogon, con las melenas caídas sobre los ojos lagrimeantes

¡Lindo día! En todo el campo no se veia ni un copo de bruma, y era la diafanidad tan perfecta, que a gran distancia se distinguían las bandadas de palomas torcaces, posándose en las tierras recién labradas

De pronto apareció el mayordomo de la estancia, bien empilchado, con sus botas amarillas de tropero, y mejor montado en un lobuno arrogante Dijo con voz estentórea

—Muchachos, áhi viene el patron con la familia.

Y luego agregó, dirigiendose a dos negras que cebaban mate

—A ver, cuervos, escarben el juego que esta por apagarse y alcancen un verde, que tengo el tragadero medio quemao

Pero no pudo tomarlo porque en seguida apareció el viejo carromato de la estancia, deteniendose Venían en él don Ubaldino y su familia El payador, que recien llegaba, en cuanto vio a la moza, se dirigió al vehículo para saludarla, dando a todos la bienvenida, con timidez infantil

Inmediatamente se inicio la hierra, y como si no esperaran otra cosa, los gauchos lanzaron sus caballos al galope y arrojaron sus lazos, arrastrando a los animales bravios, que tan pronto atropellaban a los enlazadores, como se desviaban estirando la trenza de lonja, vibrante como si fuera una cuerda de guitarra Por fin, cansados de embestir inútilmente, dando resuellos breves jadeantes, doblaban las patas delanteras y caían con las posteriores sujetas por el pial, en el instante mismo en que otros piales azotaban sus flancos con ondulaciones de sierpe Simultáneamente con la caida, el hierro, hecho un ascua, humeaba en las ancas de los animales, que al sentir el fuego se estremecían de dolor, revolviendo los ojos y mugiendo con angustia Luego, aflojabanse los lazos, un peón los desprendia con destreza y los vacunos quedaban en libertad, parándose atolondrados Antes de

que se repusiesen, varios jinetes los espantaban a gritos y a rebencazos, hasta que los echaban a gran distancia del rodeo

Ya era mediodía, cuando don Ubaldino notó que venía hacia el un novillo esplendido con la cabeza erguida, la cola flotante, chispeantes los ojos Sobre su ancho lomo, caían los lazos de sus perseguidores, sin lograr aprisionarle

El dueño de la estancia, impelido por sus viejas aficiones de campero, gritó a la gente

—Dejenmelo a mí

Ágil, a pesar de sus años, montó en el primer caballo que hallo listo y agarro el lazo, desenrollandolo con elegancia y rapidez, lanzose a la carrera alcanzando al toro El lazo, bien tirado, corto silbando el aire y la armada cerrose de un tiron sobre las astas del fugitivo Cimbro la trenza crujiendo sobre las caronas y el parejero cincho, dando balances El toro mugia y resollaba, atropellando a los perros que le mordian los garrones

—Cuidao con la embestida, —gritaron de todas partes

Pero don Ubaldino, seguro de su éxito espoleo al caballo, y arrastró al novillo, que tan pronto se paraba, escarbando el suelo, como se adelantaba, enredándose torpemente en el lazo, y se abalanzaba con furia haciendo brillar al sol el lustre de su aguda cornamenta Algunos hombres le arrearon para llevarle a los fogones, un pial certero le tumbo, la carne chirrio bajo la ardiente marca, y el capataz, excediendose, le castró de un solo tajo

Como si el animal se hubiera dado cuenta de la salvaje humillación, se levanto de súbito, ciego de

fiereza, atropellando a todos los que se le acercaban El lazo que le tenia sujeto, rompióse junto a la argolla, elevándose como un elástico soltado bruscamente El estanciero comprendio el peligro en que estaba y quiso desviarse, pero no tuvo tiempo, su caballo recibio la cornada cayendo herido Un jinete se acercó entonces, llamando la atencion del animal, para atraerle, pero él siguio corriendo en línea recta Se produjo un movimiento de espanto, cuando algunos gauchos quisieron salirle al encuentro, sin poder conseguirlo

Las mujeres, que aún permanecían dentro del carruaje, consternadas, vieron al novillo dirigirse a ellas, bufando, con las astas rojas de sangre y las fauces llenas de espuma El payador, que se encontraba cerca, se puso de pie instintivamente y se interpuso estirando los brazos para amortiguar el choque Se le vio bambolear y caer herido en el pecho Un grito se alzó sobre todos los clamores en el instante mismo en que un tiro de lazo rapido y bien dirigido aprisionó a la res, que se desplomó con los jarretes cortados y los ojos aún velados por la rabia

Cuando Rudecindo Amores se desperto, pasando la fiebre de los primeros dias, vio a don Ubaldino despidiendo al médico, y no pudo menos que agradecer intimamente las atenciones que se le habían prodigado El estanciero acercóse a la cama del enfermo, y le dijo

—Bueno, amigo, ahora esta del otro lado

—Gracias, contesto el payador, enternecido

Entonces, supo que había estado muy grave, y que la familia le había velado, reconocida su abne-

gación y sacrificio Él pensaba que nada tenían que agradecerle Lo que él había hecho ya estaba recompensado, aunque en realidad la recompensa a que se refería era incomprensible, meramente platónica

Una noche, oyó el rumoreo de una conversación, junto a su cama En ese momento despertaba de un largo sueño y miró a su alrededor para inquirir la causa de aquel ruido

En la penumbra distinguió a su guitarra, en un rincón del cuarto, con las cintas caídas sobre las cuerdas, a don Ubaldino que hablaba con su mujer, y en la parte más obscura, a su amada ideal, como una visión que surgía, blanca y bella, del seno de la sombra Pero notó que a su lado estaba un joven que le decía al oído cosas probablemente muy agradables, porque la visión se animaba, y los ojos le resplandecían, expresando un gozo infinito

Él los contempló un momento, azorado, y al escuchar una frase expresiva de coloquio, la más insinuante de todas, le vino como un vértigo, como un desmayo Sus fantasías de poeta errante, sus ensueños hechos de trovas pastoriles y de arpegios de guitarra, cayeron como hojas amarillas, ante aquel desengaño que le atería el alma, como un cierzo invernal Porque ya no dudaba aquel buen mozo era el novio, acaso el prometido de la ingrata, venido recientemente de la ciudad, para proseguir el arrullo comenzado y repetido al calor de los salones, en el ambiente de invernáculo de esos nidos deliciosos, donde el amor echa todas sus flores, como una divina orquídea

Entornó otra vez los párpados y si no lloró, fue por temor de que le oyeran, pero todos los presentes se alarmaron al sentir su fatiga El pobre paisano no

pudo conformarse con el derrumbe completo de aquella esperanza, que aunque remota, era el único aliciente de su vida

Por eso cuando se vio solo, y se convenció de que todos dormían en la casa, hizo un esfuerzo, y a pesar de la debilidad que le postraba, se vistió y salió al patio, tambaleándose, con el propósito de huir de la estancia

Al otro día, el capataz le encontró caído, exánime, con la guitarra fuertemente oprimida en la diestra, entre un charco de sangre, que manaba de su vieja herida, aún no cicatrizada

Buenos Aires de 1901

FIN